Absolución

RAQUEL GIL ESPEJO



Club de Caballeros 4

Selecta

Absolución

SERIE
Club de caballeros 4

Raquel Gil Espejo

Selecta

Escribo para ti

El amor los encontraría, los arrollaría,
redimiría aquello que su pasado no supo perdonar.

Prólogo

Londres, mayo de 1865

Andrew llevaba semanas dándole vueltas a ese día. Cuando Elijah le pidió ser el padrino de bautismo de Jane —nacida dos meses atrás — apenas pudo digerirlo; aún le costaba hacerlo.

—¿Por qué yo?

—Pensé que te haría ilusión. —El duque se hizo acompañar de una mueca de desencanto.

—No me malinterpretes, por favor. —Lo miró con afecto—. Es la hija de Abbi.

—Olvidas que también es mi hija.

—No, no lo hago; pero sabes tan bien como yo que...

—Mi esposa elige a una persona; yo, a otra. Es así de sencillo.

—¿Y te decides por mí?

—Exacto.

—¿Por qué?

—Porque eres mi hermano.

—También lo son Thaddeus, Hugh y Cameron.

—¿Olvidas que fuimos los primeros en conocernos?

—Claro que no. —Se mantuvo en silencio unos instantes—. Hay

algo más, ¿verdad?

—En absoluto.

—Nos conocemos, Elijah.

—Bueno, es posible que... Imagino que Abbi elegirá a Caroline.

—Sabes perfectamente que va a ser así.

—Ya, ¿y...? ¿Te supone algún problema?

—¿Y a ellas?

—Ya te he dicho que no me importa.

—¿Lo saben?

—¿Deben?

—Pues sí. —Sacudió la cabeza.

—En ese caso, se enterarán... un día de estos. ¿Aceptas, hermano?

—Acepto, hermano.

Ambos se sonrieron y sellaron su acuerdo con un abrazo.

***

Una semana más tarde, Caroline acunaba a la pequeña Jane entre sus brazos ante la atenta mirada de sus padres y de sus abuelas.

—Sigo pensado que es igualita a su padre.

—En realidad, es clavada a la hermana de su padre —Abbi sonrió a Marguerite—, aunque espero que su personalidad se parezca a la de su madrina.

—¿Y quién va a ser?

—¿En serio me lo preguntas?, ¿tú?, ¿mi alma gemela?, ¿mi otra mitad?

—¿Quieres decir que...?

—Ay, hermanita, ¿quién podría serlo sino tú?

—Oh, Abbi, yo...

La duquesa rodeó a su hermana por la cintura y la besó en la mejilla.

—Aprovecho para anunciaros que Andrew será el padrino.

—Acabas de romper la magia del momento. —Abbi lo miró con el ceño fruncido—. ¿Por qué él?

—Es mi decisión.

—Pero...

—Está bien, Abbi. A mí no me supone inconveniente alguno —manifestó Caroline.

—¿Seguro que no lo dices para congraciarte con mi esposo?

Su hermana lo negó, pero su melliza no las tenía todas consigo.

***

Caroline fingió. Llevaba toda una vida haciéndolo. No le agradaba que Andrew compartiera ese privilegio con ella, pero era la decisión de Elijah y debía respetarla. No se comunicó con él, no hablaron del presente que le entregarían y se reunieron con el capellán por separado.

En ocasiones, pidió con todas sus energías que el tiempo se ralentizase, pero el día había llegado, y ella estaba tan nerviosa como el vizconde de Berkeley.

***

Era una mañana de mayo y el jardín había amanecido cubierto por una niebla tenue que el sol había ido disipando. Al final de un sendero de grava blanca, rodeada por rosales trepadores, se alzaba la pequeña capilla privada de la familia Cromwell: un edificio de

piedra clara, con vidrieras de estilo neogótico que filtraban la luz en tonos ámbar y azul celeste.

En su interior, el silencio era solemne. El altar estaba adornado con lirios blancos y un crucifijo de plata. Sobre una mesa, junto al altar, una pila bautismal de mármol blanco, traída especialmente desde Florencia a petición de Marguerite —en ella habían recibido el sacramento del bautismo tanto Elijah como Jane—, esperaba con agua recién bendecida.

Lady Marguerite Cromwell —quien había sonreído y llorado cuando sostuvo a su nieta entre sus brazos por primera vez—, la condesa Candford y Reginald —Geraldine se había desposado con el maestro esgrimista el invierno pasado sin importarle perder su título nobiliario de cara a la sociedad— ocupaban el primer banco situado a la izquierda del altar. En el lado derecho, se sentaban los padres de la pequeña Jane, Andrew y Caroline, quienes no habían intercambiado una sola mirada. La madrina sostenía a su ahijada en brazos.

Al tratarse de una ceremonia íntima, tan solo los acompañaban Thaddeus, Ebba, Hugh, Christine y Cameron, así como Edmund y Louise. El mayordomo y el ama de llaves habían contraído matrimonio en ese mismo lugar en el mes de enero. Elijah y su madre quisieron que tomaran parte de un momento tan especial.

La pequeña, vestida con un largo faldón blanco de lino bordado, parecía querer agarrar los mechones castaños cobrizos que caían a ambos lados del rostro de la menor de las Candford. Andrew las observaba de soslayo y sonreía.

—No va a venir —susurró Caroline.

Abbi no dejaba de girarse para mirar hacia la entrada.

—Lo sé, pero la quiero aquí, con nosotras. Ese maldito...

—Shhhhh... No emplees esa palabra en un lugar sagrado —la silenció—. Recuperaremos a Violet.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

El sacerdote, con quien habían estado conversando animadamente antes de la ceremonia, accedió a la capilla y se detuvo frente al altar, donde hizo una reverencia solemne. Acto seguido, echó a andar hacia la pila bautismal de mármol blanco tallado, situada en uno de los laterales, junto a una columna, seguido de los padres y los padrinos. Caroline continuaba sosteniendo a la bebé.

El maestro de ceremonias abrió el Libro de Oración Común y leyó algunos textos bíblicos que hacían alusión al momento que se estaba viviendo.

—Vosotros, que traéis a esta niña para el santo bautismo, debéis aseguraros de que, mientras aprenda a hablar, se le enseñe lo más pronto posible el credo de los apóstoles, el padrenuestro y los diez mandamientos; y que sea enseñada en las demás partes de la doctrina cristiana, según lo contenido en el Catecismo del Libro de Oración Común... Por tanto, pregunto: ¿renuncias al diablo y a todas sus obras, al mundo y a la carne? —añadió dirigiéndose a los padrinos.

—Renuncio —respondieron al unísono.

—¿Crees en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra; y en Jesucristo su Hijo, nuestro señor; y en el Espíritu Santo?

—Sí, creo —volvieron a responder a un tiempo.

—¿Prometes obedecer la santa voluntad y mandamientos de Dios, y andar en estos todos los días de tu vida?

—Así lo prometo con la ayuda de Dios —concluyeron.

El capellán consagró el agua.

—Jane Cromwell, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén —dijo mientras vertía agua con un cuenco de plata sobre la frente de la pequeña, quien no emitió un

solo sollozo.

Al escuchar su nombre, lady Marguerite no pudo evitar romper a llorar. Geraldine apretó su mano con fuerza.

—Recibimos a esta niña en la congregación del rebaño de Cristo —finalizó el rito tomando un poco de aceite perfumado y trazando una cruz en su frente.

Sin previo aviso, y sin querer rozar su piel, aunque sin poder evitarlo, Caroline miró a Andrew a los ojos por primera vez desde que se vieran en la mañana y le entregó a la pequeña. Ella tenía una última misión: interpretar *All Things Bright and Beautiful*, como cierre del bautismo. Abbi se lo había pedido y no pudo negarse.

Al vizconde de Berkeley se le formó un nudo en el estómago. Incapaz de elevar la mirada y observar su faz, se limitó a sostener con fuerza a su ahijada y a dejarse embriagar por la dulzura de Caroline, su vecina, la joven que, junto con su hermana melliza, más animadversión sentía hacia él; tanta que había llegado a pensar que su odio era enfermizo, irreparable..., imposible de sanar.

Capítulo 1

—¿Dónde anda tu cabeza, hijo?

Andrew se giró hacia su derecha y se encontró con el rostro afable, a pesar del dolor que venía padeciendo, de su madre. Elinor Montgomery, la condesa de Berkeley, llevaba dos años postrada en una silla de ruedas. Aquejada del mal de Pott, una especie de tuberculosis pulmonar que primero había deformado su columna y más tarde le había provocado parálisis en las piernas, pasaba los días tumbada en la cama o en los jardines, en compañía de alguna de las doncellas; de Ethel, el ama de llaves; o de su hijo, quien procuraba pasar el mayor tiempo posible junto a ella.

Ferdinand, el conde, no aceptaba la enfermedad de su esposa y se recluía largas temporadas fuera de Londres, en una de las casas de campo que la familia poseía en el condado de Essex.

Andrew no había hecho partícipes a sus cuatro amigos, a sus hermanos, del empeoramiento de su madre. Sabían que su estado de salud era delicado, pero no podían imaginar su alcance y la rapidez con la que su cuerpo se iba deteriorando.

El último año estaba siendo especialmente duro. Apenas había confraternizado con el resto de los caballeros y sus salidas al club

habían sido escasas. Lo único que no había desatendido eran los negocios. Las fábricas de producción de acero para la construcción de líneas de ferrocarril, en las que tenían participaciones Elijah y Cameron, estaban en constante expansión, por lo que requerían de su trabajo y compromiso.

Lo mejor que le había sucedido en esos meses fue la petición del duque de Warrington mediante la que acababa de convertirse en el padrino de Jane. Fue una sorpresa para él y continuaba pensando que su buen amigo tramaba algo; pero ostentar ese privilegio había templado un alma maltrecha y atormentada por la debilidad de la mujer que le había dado todo el amor del mundo y por esa otra de la que tan solo obtenía rechazo y hastío.

—Aquí, madre, con usted.

—No me mientas, cariño. —Lo miró con ternura.

—Comienza a refrescar, ¿entramos?

—Me apetece quedarme un poquito más, hijo... Estos jardines me hacen sentir que continúo viva.

—Y lo está, madre.

—¿De qué modo? Tu padre huye para no verme y siento que te estoy robando la vida.

—Madre... —Andrew sostuvo sus manos—. No quiero que vuelva a pensarlo nunca más. Es la mejor persona que conozco y no es justo por lo que está pasando. Le juro que me cambiaría por usted sin pensarlo.

—No digas eso, cariño. Tú tienes toda una vida por delante; en cambio, yo...

—Usted merece vivir con dignidad —le tembló la voz.

—¿Y no es lo que hago?

—Lo es —admitió.

—Aunque...

—No, no, por favor, madre. —Cerró fuerte los ojos.

Sabía lo que iba a decir. Elinor le aseguraría que prefería abandonar este mundo para poder descansar y dejar en paz a los vivos; y, en cierta medida, podía llegar a entenderla. El dolor que soportaba a diario era terrible, así se lo hizo saber el doctor. Ella, que había sido una mujer intrépida y adelantada a su tiempo, siempre volcada hacia los más débiles, ofreciendo su ayuda y su dinero a obras de caridad, se veía impedida, alejada de esa sociedad ante la que llegó a ser conocida como la Incansable Condesa de Berkeley o como Elinor Montgomery, la Benevolente.

—¿Me vas a contar qué te ocurre? ¿No fue bien la fiesta?

—Ser el padrino de Jane es un orgullo —trató de sonreír.

—Pero mi hijo arrastra una pena de amor.

—No, madre... ¿De dónde saca eso?

—Te he dicho muchas veces que...

—Puedo engañar al mismísimo diablo, pero no a mi madre. —Apretó los labios.

—Caroline... Siempre es ella —suspiró Elinor.

—Yo no...

—No quieres hablar de ese asunto, lo sé; siempre lo rehúyes, hijo... ¿Sabes? Hay algo que no entiendo.

—¿Me lo va a decir? —La miró con cariño.

—De pequeños pasabais mucho tiempo juntos, los tres —incluyó a Abbi—, pero un buen día esa amistad se rompió. Ellas dejaron de venir a casa y tú dejaste de ir a buscarlas. ¿Por qué, Andrew? ¿Qué pasó?

—No sé, madre; supongo que crecimos y la diferencia de edad nos fue alejando. No es tan extraño.

—¿Por qué te odian?

—No... me... odian —se vio sorprendido ante la pregunta de su

madre.

—Hijo, como bien sabes, en ocasiones las paredes tienen oídos y...

—Una de las doncellas se ha pasado de alcahueta —afirmó.

—Lo escuchó por accidente —quiso excusarla.

—Ya... Madre, yo... Es tarde, sigue refrescando y sabe que en su estado no puede coger frío. Vamos adentro, por favor.

—Está bien.

Andrew empujó la silla de ruedas por el camino hasta llegar a la escalinata que llevaba a la puerta principal de la mansión. Echó el freno, se colocó delante de ella y la sostuvo en brazos. Siempre era él quien la llevaba de vuelta a su alcoba.

—¿Está bien así, madre? —le preguntó mientras colocaba los cojines de manera que la ayudaran a mantener su espalda lo más recta posible.

—Sí, cariño.

—Le pediré a Ethel que le suba la cena.

—Gracias, hijo.

—¿Gracias... por qué?

—Por todo lo que haces por mí, por no abandonarme, por...

—La quiero con toda mi alma, madre. Mi lugar está a su lado, siempre lo estará. Yo jamás...

—Lo sé —sonrió—, lo sé.

Andrew abandonó la recámara y necesitó apoyarse unos instantes sobre la pared de aquel angosto pasillo. Cerró los ojos y maldijo a ese destino tan cruel, tan inmisericorde.

—Señor...

—Ethel, iba a buscarla —le dijo y terminó de bajar las escaleras que conectaban la planta baja con la noble.

—¿Cómo se ha sentido?

—¿Ella o yo?

—Ambos —le respondió.

Ante sí tenía a una mujer que había pasado la cincuentena, delgada, con el cabello negro recogido en un moño alto y vestimenta austera.

—Mi madre intenta disimular el dolor y... siento que a mí cada día me cuesta más enmascarar ese otro, el emocional —suspiró.

—La medicación palia su sufrimiento, aunque también padece de ese otro mal que lo está consumiendo a usted.

—Avanza demasiado rápido, Ethel.

—Lo sé. —Agachó la mirada.

El ama de llaves llevaba siendo la persona de confianza de la condesa desde que se desposó y se trasladó a la mansión Montgomery.

—No se lo merece. —Apretó los puños.

—Ella menos que nadie.

—Y el miserable de mi padre... ¿Cómo puede actuar de un modo tan ruin?

—No todo el mundo afronta las situaciones del mismo modo, señor.

—No trate de excusarlo.

—No lo hago, tan solo intento hacerle ver que usted está muy por encima de él. Es un gran hombre, jovencito, nunca lo olvide.

—Me gusta más cuando me llama así que cuando se refiere a mí como señor... Y, bueno, yo... tengo muchas fallas, Ethel.

—Como todos, pero nadie jamás podrá acusarle de no amar a su madre, de no estar a su lado, de no hacer todo lo posible, y me atrevería a asegurar que incluso lo imposible, para tratar de mantener y mejorar su calidad de vida dadas las circunstancias. No se culpe de nada.

—Yo... —A Andrew se le había nublado la mirada—. Súbale la cena

y que nunca falten rosas amarillas en su recámara.

—Nunca.

El vizconde de Berkeley salió de la mansión, deambuló por uno de los caminos, hasta internarse en el corazón de los jardines, se sentó sobre un banco y clavó sus ojos turquesa, con esa mezcla de azul y verde perfecta, en el cielo.

—¿Por qué a ella? ¡Maldita sea! ¿Por qué? —gritó con desgarro.

***

—Tu madre me ha dicho que te encontraría aquí.

—Sabes que siempre estoy aquí, Reginald... ¿O debería llamarte padre?

—Muy graciosa, Caroline... ¿O debería llamarte hija?

—¿Quién es el chistoso ahora?

La melliza se limpió las manos en el mandil que su madre le obligaba a utilizar con la intención de que no ensuciara sus vestidos, aunque era en vano. Los bajos siempre acababan manchados de tierra.

—¿Hoy no vas a ver a la pequeña Jane?

—No quiero ser un incordio.

—Sabes muy bien que no lo eres. Si dependiera de Abbi, te habría llevado a vivir con ella.

—Tú lo has dicho: si dependiera de Abbi; pero, en todo caso, yo sería la única con potestad para decidir sobre mi propia vida y jamás me mudaría a la mansión Cromwell.

—¿Puedo conocer el motivo?

—Resulta obvio, maestro esgrimista —sonrió—: este es mi hogar.

El propio Reginald le había pedido que no se trataran con formalismos. Quería ganarse su estima —contaba con ella— y que

Caroline lo viera como a un amigo, como a una persona en la que poder confiar, y no como al marido de su madre; algo que, a fin de cuentas, era. Geraldine se había desposado con él en segundas nupcias en diciembre del año anterior, coincidiendo con las fiestas navideñas, en una ceremonia íntima, para evitar las habladurías y que su reputación se viera dañada, aunque por su cabeza no pasó en ningún momento la posibilidad de esconderse. Que la llamaran condesa, viuda de Candford o Geraldine Benson a secas era algo que en absoluto podía importarle. Ella sabía quién era, y eso le bastaba.

—¿Y no tendrá nada que ver...?

—Cuidado con lo que dices —lo interrumpió.

—En el bautizo de Jane vi a Andrew muy pendiente de ti. En realidad, siempre lo está, aunque trata de ocultarlo.

—Entre él y yo jamás ha existido nada, ni existirá —añadió.

—¿Qué pasó entre vosotros? Tu madre me ha dicho que hubo un tiempo en que fuisteis inseparables.

—Yo no diría que tanto... —Apretó los labios—. Y si no lo he hablado ni con ella ni con Abbi no lo haré contigo.

—Tenía que intentarlo. —La miró con cariño.

—¿Qué tenías que intentar? —los sorprendió Geraldine.

—Le decía a Caroline que me dejara trasplantar esas lilas, pero...

—Se ha negado. —Reginald asintió—. Mírate, hija, ¿de qué sirve que te pongas un delantal si sigues ensuciando tus vestidos cada día?

—¿Dejo de usarlos, entonces?

—Oh, no... Supongo que algo de mugre te quitarán —le dijo antes de que su semblante se tornara más sombrío—. Creo que Andrew no está bien.

—¿El vecino? —preguntó Caroline con indiferencia.

—¿De quién va a tratarse si no?

—No creo que sea el único Andrew de todo Londres, madre.

—Pero sí es el único que me importa.

—No entiendo...

—Yo también lo noté taciturno en la fiesta —intervino Reginald antes de que madre e hija se enzarzaran en una batalla dialéctica.

—Creo que tiene problemas —musitó la condesa.

—Sé de muy buena fuente que los negocios le van muy bien —señaló Caroline.

—Andrew es un joven de corazón, hija. Para él el dinero y los lujos no son una prioridad.

—¿Mal de amores? —interpeló el maestro esgrimista.

—De eso no me cabe la menor duda —le respondió al tiempo que clavaba su mirada en Caroline.

No se dio por aludida y optó por guardar silencio. No iba a entrar en su juego.

—Se le nota, ¿verdad?

—Mucho más de lo que le gustaría, pobre... Aunque empiezo a pensar que hay algo más.

—¿Problemas familiares?

—No lo sé.

—¿Y si les hacemos una visita? Al fin y al cabo, somos vecinos.

—No procede, Reginald —lo reprobó Caroline—. Madre, lleva años sin pisar esa casa, ¿con qué excusa o propósito lo haría en este momento?

—Solo deseo saber qué le sucede.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho: es un joven que me importa.

—¿Más que yo, madre?

—Pero ¿qué clase de pregunta es esa, hija?

—Lo siento, me ha salido así. Yo... Si me disculpan.

No estaba dispuesta a seguir escuchando una sola palabra más y no deseaba enfrentarse a su madre. Por otro lado, Caroline se esforzaba por mostrar una seguridad que no era tal, que se tambaleaba, que le mostraba lo vulnerable que era.

—Hija...

—Déjala, cariño. —Reginald tomó su mano—. Se le pasará.

—Ella tampoco es feliz.

—Lo que suceda o haya sucedido lo tienen que solucionar ellos.

—¿Y si no lo hacen?

—Serán infelices el resto de sus vidas —sentenció.

Capítulo 2

Una semana más tarde

Andrew miró por enésima vez su reloj de bolsillo. De pie, en mitad del *hall*, aún se debatía entre salir de la mansión o volver a encerrarse en su despacho. Acababa de tomar el almuerzo, a solas, como cada día desde que el estado de salud de Elinor fue deteriorándose. Las sillas eran demasiado rígidas para su espalda, por lo que la cama, apoyada sobre cojines o almohadones, era el lugar óptimo para ella.

—¿A qué espera? ¡Vaya! —lo animó Ethel.

—No sé si quiero hacerlo —dijo con desánimo.

—¿Desde cuándo rechaza una invitación del duque?

—Desde que sé que trama algo y desde que...

—Su madre espera y desea que siga adelante con su vida, pero ya lo sabe.

—Me lo ha repetido hasta la saciedad —reconoció.

—¿Y piensa contravenirla?

—Me necesita.

—Y usted necesita despejarse. Además, no olvide que la deja en las mejores manos.

—Lo sé, pero...

—No pasará nada. Vaya tranquilo, trate de evadirse, le vendrá bien. —Lo miró fijamente—. A ver, dígame desde cuándo no se mira en un espejo.

—Puf... —resopló—. Creo que me he olvidado de mi cara.

—Entonces, no será consciente de lo demacrado que luce. ¿Quiere que le pida polvos a Lottie que le ayuden a disimular esas ojeras?

—Los hombres no nos maquillamos, Ethel.

—Nadie lo notará.

—Se lo agradezco, pero he de rechazar su ofrecimiento —se hizo el ceremonioso.

—¿Está seguro? ¡Lottieeeeeee!

—Me marcho.

Andrew salió despavorido y Ethel sonrió. Había logrado su cometido y él lo sabía. Esa mujer era como una segunda madre para él. Siempre lo había cuidado y protegido de la severidad de un padre que nunca había estado a la altura. Su huida ante la enfermedad de su esposa, por cruel que resultase, tampoco había sorprendido a uno solo de los inquilinos de la mansión Montgomery. Nunca fue afectuoso, ni con Elinor ni con su único hijo y heredero. Ferdinand llevaba años dándose a la bebida y despilfarrando parte de la fortuna que le legaron sus antepasados. De no ser por su primogénito, quien se había hecho con el control de las finanzas familiares, ganándose el hastío de su padre, habría llevado a la ruina a la condesa de Berkeley, y eso era algo que no podía consentir. Nadie perjudicaría a su madre. Era algo inconcebible. Bastante daño le había hecho ya, yendo de cama en cama, no privándose del placer y la lujuria en alcobas ajenas, ganándose una reputación que excedía sobremanera a la que pudieran tener o haber tenido el propio Andrew y sus amigos. Al fin y al cabo, las suyas eran correrías

de solteros; el conde era un hombre casado que no había respetado los votos matrimoniales.

***

—Como siga así, también caerá enfermo —dijo Clarence, el mayordomo, un hombre de aspecto serio y refinado, que también adoraba al vizconde y a su madre.

—Me tiene tan preocupado como la condesa.

—¿Podemos hacer más por ellos?

—Me temo que no. —Ethel respiró muy profundo—. Solo estar a su lado, apoyarlos y tratar de cuidarlos, como siempre.

—Pienso que el joven Andrew necesita una esposa.

—¿Esa es tu conclusión?

—Una de tantas. Una vez estuve enamorado y, créeme, es el mejor antídoto posible.

—¿Y... qué sucedió?

—Ella murió y yo prometí amarla y honrar su recuerdo el resto de mi vida.

—Oh, Clarence, yo...

—No tienes que decir nada, pasó hace mucho tiempo... Como has dicho, ahora lo único importante son ellos dos, a quienes tanto les debemos.

—Tienes toda la razón. —Le dedicó una media sonrisa.

***

Geraldine observaba la ternura con la que Marguerite acunaba a su nieta. La duquesa de Warrington veía en esa pequeña al bebé que

un día llevó en su vientre. Como dijera Abbi —lo había escuchado de labios de su esposo—, era un calco de la Jane en cuyo honor había recibido ese nombre. Tampoco mentía cuando aseguró que deseaba que su carácter fuera una copia de Caroline.

—Suéltelo, madre.

—¿Me hablas a mí?

—¿Acaso tengo otra madre? —bromeó Abbi.

La melliza Candford, la de ojos turquesa, se revolvió en su asiento. Llevaba días rehuyendo a su progenitora. También a Reginald. Ambos parecían haberse confabulado para sacarla de quicio.

—No, claro que no —sonrió con apatía—. Tu hermana...

—A mí no me meta, madre.

—¿Qué está pasando? —Abbi las miró con el ceño fruncido.

—¿Quieren que salgamos? —se ofreció Elijah—. Creo que necesitan intimidad.

—No es necesario, cuñado; y no sucede nada en absoluto, hermana.

—Veréis, en realidad...

—Madre...

Geraldine era muy consciente de que volvería a ganarse la animadversión de su hija, pero no mentía cuando expresaba su preocupación hacia el vizconde de Berkeley.

—Se trata de Andrew...

—¿Andrew? —se sorprendió Elijah.

—¿El vecino? —inquirió Abbi.

—¿El padrino de nuestra Jane? —preguntó Marguerite.

—¿La némesis de Caroline Candford? —quiso bromear Reginald.

Todos entendieron que no había estado nada acertado.

—Eres... —La aludida lo fulminó con la mirada.

—A ver, Geraldine, lo que concierna a Andrew es de vital

importancia para mí... Él es mi...

—... hermano —lo interrumpió su esposa con retintín.

—Eso mismo. —No quiso entrar en disputas—. Lleva un tiempo distante. Thaddeus, Hugh y Cameron también lo han notado. Apenas se ha dejado ver más allá de las reuniones de negocios y en algún encuentro en el club. Cuando le preguntamos siempre nos responde con monosílabos y con evasivas. ¿Qué sabe?

—Nada en absoluto —respondió con pesar—. He querido personarme en su mansión, pero...

—No lo ha hecho —intervino Reginald.

Caroline comenzaba a mover las piernas de manera compulsiva.

—¿Tendrá algo que ver con la salud de su madre? —se preguntó Elijah en voz alta.

—¿Elinor no se encuentra bien?

—Me sorprende que no lo sepa, Geraldine... Elinor Montgomery lleva postrada en una silla de ruedas al menos dos años, que yo sepa, aquejada de un mal que no tiene cura.

Caroline agachó la mirada. La había conocido y siempre la había tratado con cariño. De ella tan solo atesoraba bonitos recuerdos: los de una mujer audaz que regalaba sonrisas por doquier, amante de las causas perdidas y tan caritativa que, de niña, fantaseaba con parecerse a ella.

—Yo... lo desconocía —le tembló la voz.

—Tranquila. —Reginald posó su mano sobre su hombro.

—La recuerdo como a una gran mujer —fue justa Abbi— y... no se lo merece.

—Siento interrumpir, señor, pero sus invitados comienzan a llegar —le anunció Edmund.

—¿Han venido los cuatro?

—Solo falta el vizconde de Berkeley.

—Cuando llegue, dígale que se reúna con nosotros en la biblioteca.

—Así lo haré, señor.

***

—¿Qué piensas de esto?

—¿Qué tengo que pensar, Abbi?

—Vamos, Caroline, no sigas fingiendo indiferencia. No digo que sientas lástima por Andrew, pero Elinor...

—Hace mucho tiempo que no la vemos y... —se le entrecortó la voz.

—Siempre fue cariñosa con nosotras y nos consentía... ¿Recuerdas sus pastelitos de manzana? Son los mejores que he probado.

—Los mejores —repitió.

—Sigo odiándolo a él, pero me preocupa lo que he escuchado sobre su madre.

—También a mí.

Abbi era la única persona con la que sentía que podía ser ella misma. En los últimos dos años se había abierto más. La amistad que mantenía con Ebba era imperecedera. Ambas sentían que se conocían de toda una vida. Christine había sido la última en llegar y se había pasado cuatro meses recorriendo Europa con Hugh. Aun así, era espontánea y cabezota —al estilo Abbi—, y también habían conectado. Si ellos habían formado su propio club de caballeros, ellas habían fundado algo así como una sociedad de damas en la que Violet era la pieza que faltaba.

—¿Habrá algo que podamos hacer?

—¿Qué, Abbi? —Elevó la mirada y su hermana sintió un pellizco en el corazón.

Caroline también sufría.

***

—¿Quién ha sido el último en estar con Andrew? —les preguntó Elijah.

A solas, en la biblioteca, podían hablar sin rodeos.

—Estuve con él la semana pasada, en el bautizo de Jane —dijo Hugh.

—Como todos —musitó Thaddeus.

—Yo lo vi hace tres días, en la firma del nuevo contrato —manifestó Cameron.

—¿Aún no lo había rubricado?

—No —le respondió al duque.

—¿Qué está pasando, Elijah? —interpeló Thaddeus.

—Eso es lo que trato de averiguar... ¿Cómo lo viste, Cameron?

—Pálido, parco en palabras, despistado y... también parecía cansado.

—¿Y no tenías pensado decírnoslo?

—Lleva así... ¿cuánto?, ¿siete meses?, ¿un año?

—Cameron tiene razón —convino Thaddeus—. Le hemos preguntado miles de veces y su respuesta siempre es la misma.

—Todo está en orden —les echó un cable Hugh—, pero el duque piensa que no es así, ¿verdad?

—Muy sagaz, vizconde —resopló.

—¿Caroline?

—Tal vez ella también tenga algo que ver. —Apretó los labios—. Me temo que se trata de su madre.

—¿Elinor ha empeorado? —inquirió Thaddeus.

Al igual que les sucediera a las mellizas Candford, ellos también

sentían cierta devoción por la condesa de Berkeley, aunque llevaran un tiempo sin dejarse ver por la mansión de los Montgomery. Fueron muchas las tardes que pasaron en sus jardines y Elinor siempre los trató con cariño y los consintió tanto o más que sus propias madres. El trato con Ferdinand nunca había sido tan cercano. Era un hombre reservado y áspero incluso con su hijo.

—Es cuanto temo —afirmó Elijah.

—¿Y el conde?

—¿Tú qué crees, Hugh? Tiende a desaparecer cuando las cosas se tuercen.

—Es un miserable —señaló Cameron—. Un hombre que no sabe valorar a la gran mujer que tiene a su lado no vale nada.

—Ese solo es uno de sus grandes defectos —declaró Thaddeus—. Si Elinor ha empeorado, Andrew nos necesita más que nunca.

—Lo sé, pero debe dejarse ayudar —dijo el duque.

—Es testarudo —les recordó el vizconde de Drake.

—También lo eran, y lo son, tu padre y tu suegro, y míralos, si parece que sean amigos de toda la vida.

—No exageres, Thaddeus... Creo que lo suyo es más apariencia que otra cosa, y más desde que saben que Christine está embarazada.

—Puede que tengas razón.

—Dinos, Elijah, ¿cómo lo hacemos? —Cameron lo miró directo a los ojos,

—Le demostraremos, más que nunca, que somos sus hermanos, y un hermano no deja a otro en la estacada. Le haremos entender, por las buenas o por las malas, que no nos vamos a apartar de su lado, que afrontaremos lo que venga unidos. Le brindaremos toda la ayuda que necesite y si se empeña en apartarnos... le enviaré a Jack.

—¿A tu chico para todo? —inquirió Hugh.
—A mi chico para todo —afirmó.
—Amén —selló su nuevo pacto Thaddeus y los demás sonrieron.

Capítulo 3

Andrew había rehusado el ofrecimiento de Hubert, el cochero, de trasladarlo hasta la mansión Cromwell. Le apetecía caminar, respirar ese aire algo cargado de la ciudad, dejar que el silencio lo embargara y tratar de hallar un resquicio de paz. No era posible. La imagen de Elinor, consumiéndose día tras día, y repudiada por un marido para quien nunca fue una prioridad, lo mantenía en una desazón constante. Los pocos momentos que pasaba junto a la pequeña Jane era cuanto agradecía a la vida mientras se preguntaba cómo se podía haber torcido tanto en los dos últimos años y, sobremanera, desde que comenzara el nuevo año.

Era muy consciente de que no existía cura alguna para el mal que aquejaba a su madre. El médico no se anduvo con rodeos: fue sincero y tajante. Aun así, jamás esperó que la enfermedad avanzara tan deprisa. Cuando estaba con ella, intentaba que no notara su angustia, pero comenzaba a resultarle muy difícil. También había estado fingiendo ante el resto de las personas que lo rodeaban. Era agotador. Se sabía en la cuerda floja, a un solo paso de caer.

***

—Ya viene y... andando —dijo Abbi.

La melliza llevaba largos minutos asomada a uno de los ventanales.

—Voy a ir a verlo.

—Madre.

—Caroline, quieras o no, por los motivos que sean y que desconozco, voy a saludar a Andrew.

La condesa Candford abandonó la estancia y abordó al vizconde a medio camino de la escalinata exterior.

—Geraldine... —se sorprendió al verla.

—Andrew, querido —sonrió con tristeza al tiempo que lo rodeaba entre sus brazos.

Él no supo cómo reaccionar. Estaba desconcertado.

***

—Madre acaba de abrazarlo.

—¿En serio? —cuestionó Caroline.

—Acércate y lo verás.

—Prefiero no hacerlo.

—¿Podemos saber el motivo?

—No, Reginald, no podéis... Marguerite, disculpe si le parezco inhumana, no es...

—Jamás pensaría algo así de ti, Caroline. Me has demostrado la gran mujer que eres. En cuanto a Andrew, lo lamento, pero soy de la misma opinión que tu madre.

—No lo lamente.

La menor de las mellizas Candford apretó los labios. Deseaba asomarse a esa ventana y ver cómo su progenitora le demostraba su afecto al vecino, pero no lo haría. No, no podía. No era una opción.

***

Pasados unos minutos, Geraldine lo dejó libre, pero no a solas. Tomó sus manos y lo miró directo a los ojos.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. —Fue escueto en su respuesta. Continuaba impactado.

—¿Y tu madre? Hace tiempo que no la veo ni tengo noticias de ella.

—Podría estar mejor, pero...

—¿Está enferma? —lo interrumpió.

—Algo delicada de salud —trató de restarle importancia.

Lo menos que deseaba era que esa mujer sintiera pena por él.

—¿Es grave?

—No —mintió.

—¿Y tu padre?

—En el condado de Essex.

—¿Y si Elinor está indispuesta por qué no está con ella?

—Bueno, verá...

—Madre, deje de interrogarlo, ¿no ve que lo está incomodando?

Que fuera Abbi quien apareciera en su auxilio lo turbó aún más.

—Hola, duquesa.

—Vamos, vecino, no me llames así... Elijah y los demás te esperan en la biblioteca. ¡Corre, huye! —lo apremió y logró hacerlo sonreír.

—¿Podré ver a Jane antes de marcharme?

—Por supuesto, eres su padrino.

—G-gracias.

Con sumo desconcierto, accedió a la mansión y se dirigió hacia el lugar que Abbi le había indicado.

—¿Se puede saber qué hace, madre?

—Me preocupo por él, ya os lo he dicho; y, de no haber aparecido,

le habría pedido que me permitiera hacerles una visita.

—Es inapropiado.

—¿Por qué?

—Por Caroline.

—¿Qué sucedió entre ellos?

—No lo sé... Le prometo que no lo sé.

***

—Al fin llegas —le dijo Hugh—. ¿Haciéndote de rogar, vizconde?

—Me acaba de ocurrir algo muy extraño. —Continuaba confuso.

—¿Una copa de whisky?

—Sí, por favor.

El propio duque se la sirvió.

—¿Nos lo vas a contar?

Andrew miró a Thaddeus. Desde que Ebba entrara en su vida y aceptara sus sentimientos, el temperamento del ayudante de banquero se había transformado. Se veía en calma, más jovial, feliz.

—Por su propio bien.

Observó a Hugh. Resuelta la disputa entre los Archer y los Cook, más o menos, había vuelto a ser el mismo de siempre, con sus ocurrencias y ese sentido del humor tan mordaz. Su amor por Christine, para quien había mandado construir esa casita en la zona del lago con la que soñaba, en Loveland, era envidiable. Quién habría dicho que el vizconde de Drake iba a sentar la cabeza... en cuanto a lealtad hacia su esposa, a quien amaba por encima de todo.

—La condesa Candford...

—¿Ahora la llamas así?

—¿Tu suegra está mejor, Elijah?

—Geraldine, a secas —le respondió.

—A ver..., pues..., resulta que Geraldine me ha abordado antes de entrar en la mansión, me ha abrazado y, realmente emocionada, ha comenzado a interrogarme.

—¿Acerca de...? —Cameron hizo la pregunta que había tomado forma en la mente de todos.

—Sobre todo de mi madre —continuaba confundido—, pero eso no es todo.

—¿Se te ha declarado, al fin?

—No seas idiota, Hugh, Geraldine y Reginald están casados.

—Pero te he hecho sonreír.

—Ya... —Sacudió la cabeza.

—¿Y... entonces?

—Abbi ha sido amable conmigo.

—¡No! ¿Mi esposa amable con el vecino infame? No me lo creo.

—¿Me sigue llamando así?

—Eso no es importante ahora.

—Sí lo es para mí.

—¿Por Caroline? —interpeló Thaddeus.

—Porque soy el padrino de su hija.

Andrew se acercó a uno de los ventanales y dio un largo trago a su copa de whisky.

—¿Cómo están las cosas en casa?

Elijah fue el primero en acercarse a él. Pasó un brazo por sus hombros y lo miró con afecto. Fue en ese momento cuando pudo apreciar esa tristeza que había estado ocultando.

—Bueno, ya sabéis...

—No, no lo sabemos.

—Yo...

—Vamos, Andrew, somos tus hermanos, estamos contigo —dijo

Cameron.

Al darse media vuelta, se vio rodeado de esos cuatro caballeros que había tratado de alejar del caos en que se estaba sumiendo.

—Nada está bien —admitió.

—¿Se trata de tu madre?

—No hay esperanzas, Elijah.

—No digas eso.

—Ojalá todo fuera distinto... Mi madre...

—Es una mujer extraordinaria —señaló Hugh.

—Lo es —le tembló la voz.

—¿Cuándo empezó a empeorar? —quiso saber Cameron.

—Un año, más o menos; pero en estos últimos meses...

—¿Por qué no nos has dicho nada?

—Sois felices, Thaddeus, tenéis vuestras vidas... Elijah ha sido padre y Hugh lo será muy pronto...

—Y tú eres nuestro hermano —señaló el marqués—, y no hay nada más importante que eso.

—Cameron tiene razón —convino Elijah—. Uno para todos y todos para uno, como Los Mosqueteros, de Dumas, ¿lo has olvidado?

—Bueno, sobra uno.

—Aquí no sobramos ninguno, hermano —le dijo Hugh—. ¿Cuál es el estado real de Elinor?

—Mi madre... —Necesitó respirar profundo—. Ella... vive postrada en una cama o en una silla de ruedas.

—¿Y no hay nada que se pueda hacer?

—Nada. —Miró al duque con aflicción. Sus ojos estaban enrojecidos.

—Dime que al menos cuenta con el apoyo de tu padre.

—Ese cobarde huyó en cuanto la situación se volvió irreversible, y lo prefiero, porque os juro que si me lo encuentro lo mato con mis

propias manos.

—No digas eso.

—¿Que no diga eso, Thaddeus? No la ha respetado ni querido nunca y cuando más lo necesita, ¿se larga? No vale nada.

—Dime, Andrew, ¿por qué has cargado solo con todo este peso, con tanto dolor? —preguntó Cameron.

—No quería ser una molestia.

—Nos ofendes, hermano —intervino Elijah—. Y olvídate de seguir viviendo esto en soledad, ya no más.

—Yo... —El vizconde agachó la mirada.

—Andrew... —musitó Thaddeus.

—Yo... veo como su vida expira y aun así continúa preocupándose por mí. Siento que me ahogo. —Las lágrimas le habían nublado la mirada—. Estoy roto.

Elijah fue el primero el cubrirlo con sus brazos. Uno a uno, se le fueron uniendo los demás.

—Estamos contigo, más que nunca. No vamos a permitir que te alejes y que pases por todo esto tú solo. Ya no más —repitió el duque.

—Yo...

—No seas testarudo, hermano. En las buenas, pero sobre todo en las malas, no vuelvas a olvidarlo —añadió Hugh.

—Necesito que me prometáis algo.

Volvieron a rodearlo y él respiró muy profundo.

—Lo que sea —declaró Cameron.

—Quiero que todo esto quede entre nosotros.

—No deseas que Abbi lo sepa —afirmó Elijah.

—No.

—Porque supondría que Caroline se enterase y...

—No quiero que nadie sienta pena por mí. Es lo que me ha

tocado, o lo que le ha tocado a mi madre, a la persona que menos se merecía un final como este. —Apretó los puños—. Necesito que me deis vuestra palabra.

—No diré nada —Thaddeus fue el primero en pronunciarse.

—Mis labios están sellados —lo secundó Hugh.

—Un escocés jamás quebranta un pacto de caballeros. Tienes mi lealtad —manifestó Cameron.

—Hágase según tu voluntad, hermano —cerró el acuerdo Elijah.

Capítulo 4

Abbi se había estado retorciendo en su asiento. La curiosidad la estaba matando. De repente, saber qué le estaba sucediendo a Andrew, al vecino infame a quien de buen grado le habría lanzado un rayo, se había convertido en una necesidad. También lo era para Geraldine. En contraposición a sus hijas, la condesa jamás había ocultado su afecto hacia el vizconde de Berkeley. Su preocupación era muy real y no estaba dispuesta a quedarse con la duda.

—¿Creéis que Angela estará al tanto de lo que ocurre de puertas para adentro de la mansión de los Montgomery? —sugirió lady Marguerite.

—¿La madre de Hugh?

—Sí, querida —le respondió la condesa Candford a la mayor de sus hijas—. Ahora que lo dices, parece que no se le escapa nada... ¿Organizamos una fiesta del té y la invitamos?

—¿Lo dice en serio, madre?

—Absolutamente, Caroline.

La joven, con fingida indiferencia ante lo que estuviera sucediendo en torno a Andrew, las observaba con estupor.

—Lo haremos, aquí, la semana próxima —afirmó Abbi al tiempo

que miraba a la duquesa, quien asintió—. También se lo diremos a Ebba, a Christine, a Ellen y a las hermanas y madre de Thaddeus. De ese modo, no levantaremos suspicacias.

—Bien visto, hija.

—¿Va a participar de todo esto, Marguerite? —le preguntó la menor de las mellizas.

—A mí también me preocupa Andrew.

—¿Y no es más fácil preguntárselo a Elijah?

—Mi esposo no me dirá nada, lo sabes.

—Ya... Esos cinco y sus pactos de caballeros. —Sacudió la cabeza.

—Exacto, hermanita; por eso debemos pasar a la acción.

—¿Desde cuándo te preocupas por... él? —rehusó pronunciar su nombre.

—Ya te lo he dicho, no es por él, sino por Elinor. Caroline, yo...

—Disculpen que las interrumpa, pero esta niñita se ha despertado y...

Amélie, a petición de Abbi, se había trasladado a la mansión Cromwell y se había convertido en la institutriz de Jane. Quién mejor para cuidar a su pequeña que la mujer que había cuidado de su hermana y de ella, y que contaba con toda su confianza.

—Y sus abuelas se mueren por darle cariños —la interrumpió Geraldine.

Jane pasó de los brazos de Amélie a los de la condesa.

—Ay, por Dios, cuánto ha crecido.

—La vio ayer, madre.

—Los bebés crecen muy deprisa.

Abbi sonrió, pero su semblante se tornó sombrío al encontrarse con el de su hermana, quien parecía estar muy lejos de allí.

***

—Tengo que regresar a casa pronto, hermano —dijo Andrew.

—¿Quieres ver a tu ahijada antes de marcharte?

—Me encantaría.

Elijah arqueó los labios ante una respuesta que ya conocía de antemano.

Se habían quedado a solas hacía un buen rato. Cameron tenía una reunión de trabajo y Thaddeus les había prometido a Ellen y a sus hermanas que las llevaría de compras a las tiendas más exclusivas de Oxford Street. Se arrepintió tan pronto como aquellas tres jovencitas se miraron entre sí y se sonrieron. La hermana de Ebba se había ido adaptando poco a poco a su nueva vida. Tener a Kate y a Amy a su lado, sin duda, había facilitado el proceso, pese a que aún eran recurrentes sus terrores nocturnos. En cuanto a Hugh, fue el primero en poner rumbo a su villa. Aunque el embarazo de Christine iba según lo previsto, sin apenas complicaciones para ella, no le gustaba dejarla a solas por mucho tiempo, aun a riesgo de que la joven Cook tuviera que pedirle que la dejara respirar, que saliera a dar un paseo por los jardines o que, directamente, se marchara de allí. Las nuevas disputas entre Rowland y Ernest se centraban en cuestionar a quién de los dos abuelos querría más el bebé que estaba de camino.

—Ahora que solo estamos tú y yo, dime qué puedo hacer por ti.

—Estar a mi lado, Elijah, no te pido nada más.

—¿Buscamos más opiniones médicas? He oído hablar de un especialista americano que trabaja en...

—Te lo agradezco, hermano; pero el mal que aqueja a mi madre no tiene remedio.

—Aun así, podemos intentarlo, no perdemos nada —insistió Elijah.

—Debes hacerlo a espaldas de Abbi.

—Lo sé, y no me supone problema alguno —afirmó—. En cuanto a

tu padre...

—No me hables de él, porque te juro que se me revuelven las tripas.

—Es un cobarde.

—Cobarde y miserable —añadió Andrew—. Por primera vez me alegro de no haber tenido hermanos de sangre.

—Te habría venido bien no cargar tú solo con todo esto.

—¿Y verlos pasar por este sufrimiento? No. —Sacudió la cabeza—. Por desgracia, tú sabes muy bien de qué te hablo.

—Lo sé —suspiró—; pero la vida nos da y nos quita.

—Yo creo que no tiene nada para mí.

—¿Y qué hay de mi hija?

—Excepto a mi pequeña Jane —matizó—. Y, ahora, ¿puedo verla?

—Es muy posible que Caroline todavía esté aquí.

—Caroline es el menor de mis problemas en este momento, créeme.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿Desde cuándo pides permiso para hacerlo?

—Tienes razón... ¿La amas?

Fue tan directo que llegó a sorprenderlo.

—Elijah, yo... solo puedo pensar en mi madre y...

—Está bien, no he dicho nada... ¿Vamos?

—Vamos —asintió.

***

Después de haber pasado de los brazos de Geraldine a los de Marguerite, Jane era acunada por Caroline.

—Vais a malcriarla —se había quejado Abbi en reiteradas ocasiones.

Su madre, su suegra y su hermana habían hecho caso omiso.

—Andrew sigue aquí, ¿verdad?

—Sí, madre —le respondió la joven duquesa—. He visto marcharse a Hugh, a Thaddeus y a Cameron, pero el vecino... aún está reunido con mi esposo.

No quiso volver a llamarlo infame o algo similar, como acostumbraba.

Abbi, sentada junto a uno de los ventanales que daba a la zona delantera de la mansión, se había puesto en pie cada vez que la silueta de alguno de ellos se había dibujado ante su curiosa mirada.

—¿Creéis que...? ¡Qué casualidad, hijo! —Marguerite sonrió a Elijah, quien, junto al vizconde, acababa de acceder al salón—. Me estaba preguntando si Andrew se pasaría a ver a Jane antes de irse.

—Es una parada obligada —respondió y su mirada turquesa recaló sobre Caroline.

La menor de las mellizas Candford no desvió su atención de la pequeña.

Andrew no supo muy bien cómo actuar. No deseaba quitarle a Jane, pero debía regresar a casa. Se debatió unos instantes y, movido por un impulso, echó a caminar en su dirección. No se detuvo hasta hallarse frente a ellas.

—Caroline, yo...

—Es tu ahijada y...

No supo cómo continuar. Sonrió a la bebé y se la ofreció. Él volvió a vacilar antes de acercarse y sostener aquella cabeza tan pequeña en su mano. Sin pretenderlo, y sin poder evitarlo, su piel rozó la de Caroline y ambos sintieron una especie de calambre, como una energía que había nacido en él y se había metido dentro de ella. Sus pechos comenzaron a palpitar muy deprisa. La melliza tragó saliva antes de elevar la mirada. Andrew no esperó encontrarse con esos

ojos violetas que llevaba tantos años sin atreverse a contemplar. Apenas estaban separados por unos centímetros.

Elijah, Abbi, Geraldine y Marguerite los observaban en completo silencio. La condesa contenía la respiración y su hija mayor, sin saber el porqué, estaba visiblemente emocionada. ¿Qué demonios estaba sucediendo?

—Disculpa... —se excusó Andrew cuando fue capaz de articular palabra.

—Vamos, cógela, ¿a qué esperas?

Jane pasó a estar entre los brazos de su padrino, y Caroline se fue alejando de ellos con paso decidido. Todos esperaban que volviera a ocupar uno de los sillones o sofás, pero no se detuvo. Abandonó el salón y la contrariedad del resto, incluido Andrew, se hizo más que evidente.

—Yo... ¡voy con ella! —Abbi sonrió antes de salir tras los pasos de su hermana.

***

Caroline se internó en los jardines y se sentó sobre la hierba, bajo la sombra de un roble. Ese contacto... ¿Se podía saber por qué lo había provocado? No tenía que tocarla. Jamás tendría que haberlo hecho.

—Hermaniiiiiiiitaaaaaaaa.

Abbi salió de detrás del tronco del árbol y se echó sobre ella.

—Ten cuidado, que me aplastas —gruñó.

—No seas quejica —le dijo al tiempo que la besaba en la mejilla—. ¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Lo que has visto.

—No sé lo que he visto.

—¿Ah, no? —se hizo la sorprendida.

—¿Me lo explicas?

—Es muy sencillo, Abbi... Me ha molestado tenerle que entregar a Jane. ¿Quién se ha creído que es?

—Su padrino —le recordó.

—Y yo, su madrina; y, que yo sepa, tengo los mismos derechos que él a pasar tiempo con tu hija, quien, además, es de mi sangre y no de la suya. Por otro lado...

—Ya, Caroline, para.

—¿No me has pedido que te cuente lo que ha ocurrido? —Su hermana asintió—. Pues es lo que estaba haciendo hasta que me has interrumpido.

—Os he visto, a los dos.

—Vaya, admiro tu agudeza visual —se burló.

—¿Estás enamorada de él? —fue tan directa como su esposo con Andrew.

—¿Tú te has vuelto loca, Abbi? ¿Te has escuchado?

—Sé muy bien lo que acabo de decir. —La miró directo a los ojos.

—Entonces, sabrás muy bien la respuesta. —Caroline se incorporó —. Odio con todas mis fuerzas a ese imbécil, lo odio..., ¡lo odio!

—El vecino...

—Claro que hablo del vecino, ¿de quién iba a hacerlo si no?

—Lo que quiero decirte es que...

—Solo quería ver un momento a Jane antes de marcharme, no era mi intención incomodarte, Caroline. —Andrew le entregó la pequeña a Elijah—. Si me disculpáis...

Los duques vieron cómo el vizconde se alejaba. Ella, con lágrimas en los ojos, fue incapaz de girarse.

—Hermanita...

—Abbi, por favor, dejadme a solas.

—Pero...

—Vámonos —le dijo su esposo.

—No está bien —sollozaba la mayor de las mellizas mientras era obligada a alejarse de su alma gemela.

—Tampoco Andrew.

—¿Me lo vas a contar?

—Yo...

—Tú y tus pactos de caballeros.

—¿No le debes lealtad a Caroline?

—Sí.

—Yo se la debo a Andrew —dio por zanjada la conversación.

***

Caroline se odiaba a sí misma más de lo que jamás había odiado a Andrew. Nunca había sido tan visceral y tan maleducada. En ese momento, se sentía ridícula. En cierta medida, estaba preocupada por él, sentimiento que no merecía; pero, por encima de todo, le turbaba la reacción de su cuerpo al sentir el tacto de su piel.

—Nunca, ¿me has oído? Te lo prometiste. Él no. Él jamás. O te centras o ya sabes lo que tienes que hacer —fue murmurando mientras se acercaba al carruaje—. Clifford, dígale a mi madre que la estoy esperando.

—Sí, señorita.

Se alzó la falda del vestido y subió. Se sentó y apoyó la cabeza en el respaldo. Cerró los ojos, los apretó muy fuerte y se negó a traerlo de vuelta a su mente.

Capítulo 5

Andrew se dirigió a la recámara de su madre. De camino a casa, se había negado a pensar en Caroline y en la vehemencia con que se hacía acompañar mientras declaraba, una vez más, cuánto lo odiaba. No quiso incomodarla en ningún momento; aunque, tal vez, sí que había buscado ese leve contacto, suficiente para removerlo por dentro y encender la ira de ella.

—¿Cómo ha pasado la tarde, Ethel?

—Algo intranquila a primera hora, después se ha ido serenando.

Se acercó al cabecero de la cama y besó su frente.

—No tiene fiebre —susurró—. ¿Ha cenado bien?

—Ha tomado algo de sopa, no demasiado; pero lo que no ha rechazado ha sido un trozo de pastel de grosellas.

—Siempre ha sido una golosa.

—Como usted, jovencito. —Lo miró con cariño—. ¿Cómo le ha ido en la mansión Cromwell?

—Bien y mal.

—¿Lo comparte conmigo? —le pidió el ama de llaves.

—¿Y conmigo?

—Madre, pensé que dormía. —Andrew se sentó sobre la cama,

volvió a besarla y estrechó sus manos. —Perdóneme, yo... les he hablado a Elijah y a los demás de su empeoramiento.

—No me pidas disculpas por tratar de aliviar tu carga. —Elinor presentaba dificultades para expresarse.

—No es una carga para mí, no vuelva a decirlo, por favor... Siento que me han hecho una encerrona.

—Se preocupan por usted.

—Lo sé, Ethel; y también por usted, madre. Elijah me ha ofrecido traer a un reputado especialista americano.

—No quiero ver a más médicos, hijo.

—¿Y que ellos la vean a usted?

—¿No es lo mismo?

Andrew y Ethel sonrieron.

La condesa de Berkeley mantenía sus facultades mentales intactas, era su cuerpo el que se iba deteriorando y lo estaba haciendo demasiado deprisa en los últimos meses.

—Es parecido.

—Se lo agradezco, pero necesito estar tranquila el tiempo que...

—Está bien —la interrumpió—. La entiendo y la respeto. No más médicos.

—Gracias, hijo... ¿Qué te ha hecho sentir mal?

—Se la ve cansada, madre... ¿Se lo cuento otro día?

—Quiere huir, Ethel.

—Me he dado cuenta, señora.

—Sois dos... mujeres maravillosas —se rindió ante ellas.

—Pues resulta que estas dos mujeres maravillosas son todo oídos —le sonrió el ama de llaves.

Andrew sacudió la cabeza. Sabía que no podría salir de allí sin contarles la verdad.

—Caroline ha vuelto a dejar muy claro cuánto me odia, esa ha

sido la parte negativa.

—¿Por qué lo ha hecho, hijo?

—Porque lo siente.

—Pero... ¿qué lo ha desencadenado? —preguntó Ethel.

—Mecía a Jane entre sus brazos y me la ha entregado. En realidad, se ha visto obligada a hacerlo. Ha abandonado el salón como alma que lleva el diablo y..., bueno, ha vuelto a despotricar en mi contra.

—La Caroline que yo conocí no actuaría así.

—Lleva años sin verla, madre; y por ese entonces yo aún no... —Se detuvo.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada... Trate de descansar, ya he soliviantado bastante su tranquilidad.

Ethel se puso de pie. Entendía que el joven Montgomery tenía razón. La señora de la casa necesitaba retomar su quietud y que el sueño le sobreviniera de nuevo.

—No, no te vayas, aún no —la detuvo Elinor.

—Mi señora, tiene que hacerle caso a su hijo.

—Y lo haré, pero antes de que os marchéis, necesito deciros algo, a los dos. —En la mirada que les dedicó se podía advertir dolor y cansancio—. ¿Me ayudas a incorporarme, hijo?

Andrew rodeó su cintura con sumo cuidado mientras el ama de llaves colocaba varios cojines en el cabecero con la intención de que su espalda quedase lo más recta posible.

—¿Qué necesita de nosotros, madre? Sabe que le será concedido todo cuanto nos pida.

—Lo sé, mi adorable Andrew —trató de sonreír, pero una punzada en la zona lumbar tornó ese gesto en angustia.

—Madre...

—Estoy bien, hijo.

—No, no lo está.

—Te preocupas demasiado... Ethel, acércate y siéntate a mi lado, como lo está nuestro pequeño —le pidió.

—Pero, mi señora, eso es del todo inapropiado.

—No cuando soy yo quien te lo pide. ¿No me vas a dar ese gusto?

Aquella afable mujer miró a Andrew y este le dedicó un gesto de asentimiento.

Elinor volteó sus manos y tanto su hijo como su asistenta y amiga entendieron lo que debían hacer: las taparon con las suyas y entrelazaron sus dedos.

—Mi señora...

A Ethel se le había formado un nudo en el estómago. El vizconde convivía con él a diario.

—Sé que no me queda mucho tiempo...

—Madre, sabe que...

—No te gusta que hable con tanta sinceridad... Lo sé, cariño; pero se me hace necesario en este momento. ¿Intentas escucharme en silencio? —Andrew asintió al tiempo que cerraba los ojos—. Cuando yo no esté, quiero que tú, Ethel, ocupes mi lugar.

—¿Su... lugar? —le tembló la voz.

—Me viste alumbrar a mi hijo y desde que nació has estado velando por él, como una segunda madre. Quiero, *necesito* —enfatizó—, que me prometáis que siempre vais a permanecer juntos. No quiero que con mi muerte se rompa el vínculo que habéis forjado durante todos estos años. Sé que tienes familia en Manchester. —Miró al ama de llaves—. En más de una ocasión me has expresado tu deseo de regresar allí en algún momento. En cambio, hoy te pido, te suplico, que no te alejes de él.

Andrew estaba roto. Siempre se había mantenido fuerte ante su

madre, pero esa conversación lo estaba sobrepasando. Las lágrimas bañaban su rostro. No pudo reprimirlas.

—No lo haré —acertó a decir Ethel entre sollozos.

La condesa acercó sus manos e hizo que las estrecharan. Ellos elevaron la cabeza y se miraron. Sus ojos estaban enrojecidos. Tras unos segundos, se giraron hacia ella.

—¿Me prometéis que siempre estaréis juntos?

—Madre, yo...

—Hijo, por favor.

—No, no llore, madre... Se lo prometo. —Agachó la mirada y rompió a llorar.

—Shhhh..., mi niño precioso, no sufras por mí. Yo siempre te estaré cuidando aunque no me puedas ver, tienes mi palabra. —Acarició su cabello claro.

—¿Me lo promete? —hizo suya su pregunta.

—Te lo prometo... ¿Ethel?

—Nunca me separaré de él, Elinor —se atrevió a llamarla por su nombre—. Tiene mi juramento.

—G-gracias... Ahora, siento que necesito ese descanso.

Andrew fue el primero en incorporarse. La recostó de nuevo, la besó en la frente y salió de la recámara. Estaba destrozado. Instantes más tarde, el ama de llaves se reunió con él en ese desangelado pasillo.

—Le acabo de dar la medicación.

—¿Se está muriendo? —se atrevió a preguntar.

—No lo sé... Espero que no. —Ethel volvió a tomar su mano—. Nunca lo dejaré, jovencito.

—No es justo para usted.

—Son mi familia, así es como lo siento.

—¿Y su deseo de retornar a Manchester?

—No es más grande que el de seguir cuidando de mi muchacho.

—¿Le he dicho alguna vez que es maravillosa?

—Alguna, pero me gusta escucharlo —sonrió—. Dese un baño y trate de descansar, también lo necesita.

—No podré dormir en toda la noche.

—¿Cuántas lleva así?

—No lo recuerdo... Ethel, ¿podría darme un abrazo?

—Claro que sí.

Entre lágrimas, el ama de llaves y aquel joven al que había visto nacer y crecer, hasta convertirse en el gran hombre que era, se estrecharon y lloraron juntos.

—Ejem, ejem... No deseo interrumpirlos, pero tiene visita, señor. —Escucharon decir a Clarence.

***

Andrew hizo un alto en su recámara. Se lavó la cara en un intento por borrar todo signo de sufrimiento. Pensó que aquella visita llegaba en el momento más inapropiado. Se colocó bien el cuello de la camisa y abandonó su alcoba.

—Thaddeus, no te esperaba.

—Necesitaba hablar contigo, hermano.

—¿Te sirvo un whisky?

—Nunca diré que no a un ofrecimiento como ese.

El vizconde rellenó dos copas y le entregó una al ayudante de banquero. Decidieron permanecer de pie, junto a uno de los ventanales.

—¿Y bien?

—Estoy muy preocupado por ti y por tu madre.

—Por eso precisamente no os dije nada. Mis problemas son míos.

—De eso nada, ya nos has escuchado a todos... No te vamos a dejar caer.

—Creo que lo he hecho ya. —Tomó un sorbo—. ¿A qué has venido, Thaddeus?

—Bueno, verás, yo...

—¿Qué has hecho?

—He hablado con mi esposa.

—No tenías derecho a hacerlo. —Lo miró con decepción.

—Le he explicado la situación y la ha entendido.

—Entender, ¿qué? —elevó el tono de voz.

—La enfermedad de tu madre y...

—¿Y?

—No me mires así, por favor.

—¿Y cómo quieres que lo haga? ¿Os pido que este asunto quede entre nosotros y te falta tiempo para contárselo a Ebba?

—Mi esposa es enfermera.

—¡Es amiga de Abbi y de Caroline!

—No les dirá nada, Andrew, cálmate.

—¿No ves que no puedo? No sé cuánta vida le queda a mi madre y uno de mis hermanos me traiciona en el momento en que más necesito su apoyo y su lealtad.

—No, no es así. Habla tu desesperación, nada más... Ebba se ha ofrecido a venir a ver a tu madre a diario. Puede darle masajes, que no la curarán, pero aliviarán su dolor. Lleva años haciéndolo con la señora Daft, una mujer que malvive en Southwark, y créeme cuando te digo que son muy beneficiosos.

—No.

—Vamos, hermano, permíteme ayudarte.

—No eres mi ángel de la guarda, Thaddeus, ¡maldita sea!

—No dirá nada. Ebba es una mujer de honor. Jamás me

traicionaría ni lo haría con alguien a quien quiero. Sabe lo que significas para mí.

—Es su amiga.

—Y mi esposa.

—Yo... Siento que no voy a poder con todo esto.

—Lo harás, estamos contigo —le dijo mientras lo estrechaba entre sus brazos—. Confía en mí y en Ebba, por favor.

—Elijah se ha ofrecido a contratar los servicios de un especialista. No me pareció apropiado, sé lo que hay; aun así, se lo he comentado a mi madre y se ha negado. Su afección no tiene cura.

—Lo sé —musitó.

—¿Por qué crees que va a aceptar los cuidados de Ebba?

—¿Perdemos algo con intentarlo?

—Supongo que no —acabó cediendo—. De aceptar, prefiero que quede entre nosotros.

—Así será, hermano.

Capítulo 6

La enfermera se dejó ver por la mansión de los Montgomery a primera hora de la mañana siguiente, sorprendiendo al propio Andrew, quien no había tenido ocasión de hablar con su madre.

—Ebba, no la esperaba tan... pronto; pero, pase, no se quede ahí. —La invitó a entrar en el salón donde terminaba de apurar su taza de café.

—Lamento importunarle...

—La esposa de mi hermano no debe tratarme con formalidades.

—¿Pero el hermano de mi esposo sí lo hace conmigo?

—Tienes razón. —Esbozo una media sonrisa.

—Andrew, sé que no recibiste con agrado que Thaddeus me informara acerca del estado de salud de tu madre, pero debes tener muy claro que no les diré nada ni a Abbi ni a Caroline, por mucho que las quiera.

—Te lo agradezco. Yo... no deseo que nadie se compadezca de mí, y menos ellas.

—¿Qué pasó entre Caroline y tú?

—Nada.

—Vamos, Andrew, una persona no odia a otra por nada...

Discúlpame, no estoy aquí para incomodarte.

—No lo has hecho —mantuvo el tipo.

Mentía y Ebba era muy consciente. Desde que entrara en la vida de Thaddeus y, por consiguiente, en la del resto de los caballeros, tenía en alta estima al vizconde de Berkeley. Además, para su esposo eran intocables; como las mellizas Candford, Ellen o sus cuñadas para ella. Aunque, en ese momento, su balanza moral se inclinase hacia aquel joven de cabello claro y ojos turquesa con apariencia de desvalido. A través de su rostro podía percibir esa pena que lo estaba ahogando.

La entrada de Ethel en la estancia fue bien recibida por ambos.

—Buenos días, señora...

—Ebba.

—Ebba —repitió el ama de llaves—. Su madre ya ha tomado el desayuno, señor. Me ha pedido salir a los jardines.

—No me llame así porque tengamos visita, Ethel.

Ni Andrew ni aquella mujer habían tenido tiempo de procesar la conversación tan íntima y desgarradora que habían mantenido con Elinor. Ambos habían llorado abrazados y, más tarde, lo habían hecho a solas, en la soledad de sus habitaciones. Ninguno de los dos había dormido bien. La emoción por la promesa, y la amargura por el modo en que la condesa parecía empezar a despedirse les había robado el sueño y atormentaba sus almas.

—¿Prefiere que le diga jovencito?

—Absolutamente —trató de sonreír—. Ebba es la esposa de Thaddeus y es enfermera. Trabaja en el Saint Thomas y ha venido a ver a mi madre.

—No me ha dicho nada.

—Porque no lo sabe... ¿Cómo cree que reaccionará?

—No sabría decirle, pero... salgamos de dudas.

—Acompáñanos, Ebba —le pidió Andrew.

Caminó a su lado. Por delante, lo hacía el ama de llaves. Era indiscutible que entre el vizconde y esa mujer existía un vínculo especial, se hacía evidente en el modo en que se trataban y se miraban.

***

—Buenos días, madre.

Como cada mañana, Andrew se sentó a su lado y la besó en la frente.

—Buenos días, cariño.

—¿Cómo ha dormido?

—En paz —respondió y su hijo entendió que aquella conversación, al menos, había mitigado parte de su tormento emocional. —¿Quién os acompaña?

—Ella es Ebba, madre. Es...

—La esposa de Thaddeus, recuerdo que me has hablado de ella.

—Cierto... Entonces, se acordará de que es enfermera.

—No lo he olvidado. Lo que no entiendo es qué hace aquí. —Se revolvió entre las sábanas.

—¿No está cómoda?

—Necesito incorporarme.

Andrew volvió a sostenerla mientras Ethel colocaba varias almohadas detrás de su espalda.

—Ebba, ¿puedo preguntarle algo?

—Por supuesto, condesa y, por favor, le pido que no me trate con formalismos.

—En ese caso, llámame tan solo Elinor, si es tan amable.

—Claro.

No quería ser indiscreta, pero no podía dejar de mirar ese rostro tan demacrado, y tan parecido al de Andrew, quien tampoco pasaba por su mejor momento, y unos ojos claros que parecían hablar sin necesidad de emplear palabras. En ellos había sufrimiento, pero también paz. Era una mezcla inusual, contradictoria, y muy bella a juicio de Ebba. Ella había visto a muchas personas en sus últimos días de vida, las había estado acompañando y las había reconfortado en la medida de sus posibilidades. En Elinor veía fortaleza a pesar del tormento.

—¿Le puedo hacer una pregunta? —ella asintió—. ¿Conoces a Caroline Candford?

—Madre, ¿a qué viene eso?

Su hijo no era el único sorprendido. Tanto la enfermera como el ama de llaves esperaban que preguntase por la presencia de la joven, no por la melliza.

—Quiero que me conteste ella, hijo. —Su mirada recaló en Ebba.

—Sí, la conozco —respondió.

—¿Puedes describírmela?

—Imagino que se refiere a su personalidad.

—Imagina bien —le dijo sin aspereza, todo lo contrario.

—Caroline es... Bueno, ella es una de las mejores personas que conozco.

—¿Por qué?

—Es dulce, se preocupa por los demás, jamás tiene un mal gesto para nadie...

—Excepto para mi hijo, parece ser —afirmó.

—Es posible —se sintió abrumada—. Sin su ayuda, es muy posible que hoy Hugh y Christine no estuvieran casados.

—Eso no me lo has contado, hijo.

—No lo creí importante —salió al paso.

—Lo es, porque esta sí es la Caroline que yo recuerdo. Me negaba a aceptar que hubiese cambiado tanto.

—Es un ángel, como la llama su hermana.

—¿Conoces el motivo que ha llevado a un ángel a odiar a mi Andrew? Hace años, pasaban juntos mucho tiempo y se los veía tan conectados..., pero todo cambió y mi hijo se niega a contarme el porqué de su distanciamiento y de esa animadversión que ella parece sentir hacia él.

—No lo parece, madre, es muy real.

—No las tengo todas conmigo. ¿Ebba?

—Lo desconozco, Elinor. Nadie sabe la razón que los ha llevado a esta tesitura, salvo ellos dos, y en lo que concierne a Caroline ni tan siquiera la ha compartido con Abbi o con su madre. Tiene que...

—Le creo —la interrumpió mientras se agitaba.

—¿Está incómoda, madre?

—Ya sabes que nunca estoy bien del todo, cariño. Imagino que por eso estás aquí. —Miró a la enfermera.

—Está en lo cierto —sonrió con timidez—. Mi esposo me habló de usted y sabe tan bien como yo el afecto que siente hacia Andrew. Yo misma me ofrecí a venir a verla.

—¿Cree que me puede ayudar, jovencita?

—Sé que su dolencia no tiene cura, Elinor, pero puedo aliviar su dolor con masajes en los que emplearé diferentes tipos de aceites... Si está de acuerdo, claro —añadió.

—Como bien ha dicho, mi mal no tiene remedio.

—Al igual que toma medicación, el aceite de lavanda o de trementina puede ayudarla. Al menos, déjeme intentarlo.

—No sea terca, madre, y acepte —le pidió Andrew. —Hágalo por mí.

—Mi hijo me sigue chantajeando, ¿lo veis? —acertó a sonreír.

—Yo también se lo suplico, mi señora —le dijo una Ethel que hasta ese momento se había mantenido en completo silencio.

—¿Piensas que me puedo negar, Ebba?

—Me atrevería a afirmar que no.

—Estás en lo cierto... Accedo.

—Gracias al cielo. —El vizconde emitió un profundo suspiro—. Estás contratada, Ebba. Ahora, salgamos y hablemos de tus honorarios.

—Oh, no, de eso nada. Lo haré de modo altruista y me gustaría empezar de inmediato.

—¿Sabías que aceptaría?

—Mantenía la esperanza, Elinor.

—Por eso has venido provista de tu maletín.

—Me ha pillado —sonrió y la condesa imitó su gesto.

—Gracias... —Andrew miró a la enfermera directo a los ojos—. Ethel y yo os dejamos a solas.

Antes de salir de la recámara de su madre, la besó en la mejilla.

***

—No puedo creer que haya accedido.

—Me da la sensación de que tu madre no lo hace tanto por ella como por usted —manifestó el ama de llaves.

—¿Qué quiere decir? —La observó con asombro.

—¿Por quién ha preguntado?

—¿Crees que esto tiene algo que ver con Caroline?

—Es lo que pienso, sí.

—¿Por qué?

—Tu madre está convencida de que vuestro destino es estar juntos.

—Tonterías.

—¿No le gustaría, jovencito?

—En absoluto.

—Ya...

—Yo, voy al despacho, tengo asuntos pendientes.

—¿Huye de una conversación incómoda?

—No.

—Vaya. Y alégrese de que su madre haya accedido; y... no olvide que se lo debe a Caroline.

—Sin ánimo de ofenderla, esto es lo más absurdo que he escuchado en mucho tiempo, Ethel.

Ella se limitó a sonreírle, para exasperación de Andrew, que se alejó raudo. Al entrar en su despacho, cerró la puerta y se apoyó sobre esta. En sus labios, sin poder evitarlo, se dibujó una sonrisa.

***

—¿Te envía mi madre una vez más?

Caroline ni tan siquiera se había girado para mirarlo. Al igual que le ocurriera con Geraldine o con Amélie, le habían bastado unos meses de convivencia para reconocer el caminar de Reginald.

—¿Piensas que soy su alcahueta?

—Algo así.

—Ay, muchachita, ¿qué voy a hacer contigo?

—Soy yo quien ha de tomar decisiones —musitó.

—¿Qué has querido decir?

—Nada, olvídalo... Solo trato de estar tranquila y en paz. Es lo único que pido.

—¿Y hay algo o alguien que te lo impide?

—Imagino que Abbi le habló a mi madre acerca de lo sucedido en

los jardines y que ella te lo ha contado. Es eso, ¿verdad?

—Sí.

—Me molestó que tuviera que entregarle a Jane, eso es todo.

—¿Intentas engañarme o solo lo haces contigo misma?

—No sé qué os ha dado a todos con él. Yo... estoy cansada de saberme observada e incluso enjuiciada.

—Nadie hace tal cosa.

—Oh, ya lo creo —sollozó.

Reginald se agachó a su lado y pasó un brazo por sus hombros.

—No, Caroline, quien quiera juzgarte que se ponga en tus zapatos —suspiró—. Estamos preocupados por ti, eso es todo.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. Mírate, estás llorando.

—No...

La menor de las mellizas Candford no había sido consciente del momento en que las lágrimas habían comenzado a caer por su rostro.

—¿De verdad lo odias?

—S-sí —le tembló la voz.

—¿Tan grave es?

—No voy a hablar de él ni contigo ni con nadie... Madre, no sea ridícula y salga de ahí.

—¿Cómo...? Hija mía, mi cielo, ¿qué te ocurre? Se me parte el alma al verte así y me siento impotente al no poder ayudarte.

Geraldine se arrodilló a su lado y tomó sus manos.

—Madre, se va a manchar el vestido.

—No me importa... Solo quiero que estés bien, cariño. ¿Qué te atormenta?

—Nada... Echo mucho de menos a Abbi y a veces me siento algo sola. Nada más.

—Nos tienes a Reginald y a mí, y también a tu hermana... Ya sabes que si por ella fuera vivirías en la mansión Cromwell.

—Me lo ha dicho en más de una ocasión, madre, pero sabe que no es lo que deseo.

—¿Y qué es lo que quieres? Dímelo y haré todo lo que esté en mis manos para hacer que suceda.

—Yo... deseo marcharme con la tía Marion.

Geraldine no supo cómo reaccionar. Caroline se puso de pie y se marchó.

La condesa posó ambas manos en el suelo y rompió a llorar. Ni el abrazo cálido de su esposo podría darle consuelo.

Capítulo 7

Días más tarde

Ebba aplicaba aceite de trementina en la espalda de la condesa de Berkeley, quien le había asegurado que estaba en lo cierto: esos ungüentos calmaban, aunque tan solo fuera durante unas horas, el dolor.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Siempre —respondió la enfermera.

—Llevo mucho tiempo dándole vueltas a un asunto...

—Con nombres propios, imagino.

—Estás en lo cierto... No logro entender qué ha podido suceder para que mi hijo y Caroline están tan distanciados. Siempre pensé que estaban hechos el uno para el otro. Si supieras cómo se miraban.

—Creo que nunca los he visto hacerlo, Elinor.

—Sé que Andrew debió hacer algo que le molestara, pero... ¿qué? Mi hijo es un buen hombre.

—Lo es; y Caroline, una gran mujer, que... le guarda rencor.

—¿No me miente cuando me dice que desconoce el motivo?

—Se lo prometo. Si mi esposo lo sabe, cosa que dudo, lo guarda

en secreto; y, como le aseguré, ni Abbi ni Geraldine están al tanto. Por cierto, pese a la animadversión de Caroline hacia su hijo, la condesa Candford lo tiene en muy alta estima y está muy preocupada por él y por usted.

—¿Está al tanto de mi enfermedad?

—No, pero sospecha que algo no marcha bien.

—Tú no...

—No, no diré nada... De hecho, Geraldine desea venir a verla, pero Caroline no está de acuerdo y, no sé, la he visto muy decaída.

—¿A la madre o a la hija?

—En realidad, a ambas; pero hablaba de Caroline.

—¿Es por Andrew? Sé que se sintió incómoda la última vez que se vieron.

—Tal vez... Se lo guarda todo para sí misma, Elinor.

—Me gustaría verla antes de marcharme.

—¿Piensa viajar? —Ebba la miró con cierto asombro.

—¡Qué inocente eres, jovencita! Hablo de mi muerte.

—No...

—Tranquila, sé que no me queda mucho tiempo, ya lo he asumido. —Se revolvió.

—¿Quiere que lo deje por hoy?

—Sí, por favor.

Ebba se lavó las manos en un aguamanil y las secó en una toalla de lino.

—¿Le pido a Andrew que nos ayude?

Era él quien acostumbraba a recostar a su madre boca abajo y volvía a incorporarla tras cada sesión.

—Creo que podré hacerlo con tu ayuda.

La enfermera dudó, pero Elinor parecía decidida a intentarlo.

—No quiero hacerle daño.

—No lo hará.

Sin demasiado convencimiento, la colocó de costado con sumo cuidado antes de que su espalda volviera a descansar sobre el colchón.

—¿Está bien?

—Perfectamente —quiso transmitirle seguridad—. Escúchame, Ebba, quiero que Caroline venga a verme.

—Pero... eso no es posible, Elinor.

—¿También me odia a mí?

—No, claro que no. —Sacudió la cabeza—. Cuando Andrew habló con sus hermanos, usted ya me entiende, de su empeoramiento, les pidió que no compartieran esa información tan delicada con nadie.

—Thaddeus lo hizo contigo —le recordó.

—Porque soy enfermera y sabía que podría ser de ayuda —añadió.

—No veo dónde reside el problema. Soy yo quien le está pidiendo verla.

—Su hijo no quiere que nadie sienta lástima por él, y menos Caroline, por lo que he podido entender. Entienda que no pueda quebrantar su confianza. Le prometí que no lo hablaría ni con las mellizas Candford ni con nadie.

—Lo entiendo y veo que es una mujer leal —convino Elinor.

—No le quepa la menor duda.

—Pero sigo necesitando verla y...

Unos sutiles toques en la puerta de la recámara la llevaron a guardar silencio. Fue Andrew quien se dejó ver.

—¿Por qué no me habéis esperado?

—Como ves, hijo, somos dos mujeres muy capaces.

—Eso es algo que jamás ha estado en tela de juicio, madre. —Se inclinó sobre ella y la besó en la frente—. ¿Desea salir a los jardines?

—Me encantaría.

—En ese caso, ¿me permite que la porte en brazos, princesa?

—Porque me lo pide un joven tan apuesto, si no, no aceptaría.

Ebba los observaba con emoción. El amor que madre e hijo se profesaban era tan puro y tan reconfortante... Y ambos cargaban con un dolor tan insoportable.

Andrew la tomó en brazos y salió de la recámara. Ebba caminaba unos pasos por detrás. No se detuvieron hasta hallarse fuera de la mansión, a los pies de la escalinata de acceso, donde esperaban Ethel y la silla de ruedas. La sentó con delicadeza y el ama de llaves la fue internando en los jardines. El vizconde se reuniría con ella tan pronto como se despidiera de Ebba.

—¿Cómo la has visto hoy?

—Está débil, pero continúa aferrándose a la vida.

—A veces, pienso que desea que todo acabe. —Posó sus ojos turquesa en el suelo.

—Me da la sensación de que tiene algo pendiente, Andrew.

—¿En qué estás pensando? —La miró con suspicacia.

—Me ha pedido ver a Caroline.

—¿Cómo?

—A mí me ha sorprendido tanto como a ti, pero está convencida de que estáis destinados y...

—Tonterías, Ebba.

—¿Lo son?

—No me mires así y, sí, lo son. Ya sabes que no puedes hablarle a nadie de esto.

—¿Aunque se tratase de su última voluntad? ¿Se la negarías?

—No es su última voluntad, solo está confusa. Piensa que estoy enamorado de ella.

—¿Y acaso no tiene razón?

—Claro que no.

—¡Vamos, Andrew! ¿A quién tratas de engañar?

—Voy a tener que prescindir de tus servicios, Ebba.

—No, no lo harás, y sé que no hablas en serio, lo hace tu miedo.

—¿Miedo a qué?

—Al rechazo de Caroline.

—¡Ja! Ella lleva repudiándome años, ¿acaso me has visto devastado por ese motivo? No, ¿verdad? Lo único que me importa, y lo único que me duele, es ver cómo a mi madre se le escapa la vida, así que no me vuelvas a hablar de Caroline.

—Andrew, yo... lo siento, no pretendía incomodarte. Elinor me lo ha pedido.

—Y harás caso omiso, lo prometiste —le recordó.

—No lo he olvidado y no, no voy a romper mi promesa.

—Gracias, Ebba... Te veo mañana.

—Hasta mañana, Andrew.

La enfermera lo observó en silencio mientras caminaba hacia los jardines.

—¿Qué demonios había pasado entre ellos? —se preguntó al tiempo que se giraba y echaba a andar.

***

Abbi se había trasladado al que, hasta hacía un año, había sido su hogar. Llevaba días sin recibir la visita de su madre y su hermana, un hecho nada común.

Encontró a Geraldine en uno de los salones y le sorprendió verla ante un caballete de pintura. La condesa aparcó la que fuera su gran pasión hacía más de una década y nunca manifestó su deseo de recuperarla.

—Madre, me sorprende verla con un pincel en la mano y... con la

cara pintada —añadió.

—Siempre me ha reportado paz.

—¿Y... hay algo que se la esté quitando en este momento?

—Yo... —Tragó saliva y agachó la mirada.

—¿Qué ocurre, madre? Hace días que Caroline y tú no venís por casa —se mostró visiblemente preocupada.

—Tu hermana vaga por estos pasillos como alma en pena, Abbi; y... me ha pedido marcharse de aquí.

—¿Irse?, ¿adónde?

—A Escocia —dijo en un susurro.

—¿Con la tía Marion?, ¿por qué?

—No habla conmigo, ni tan siquiera lo hace con Reginald.

—Caroline no va a ir a ningún sitio, madre, no se preocupe. —Sujetó sus manos y la miró con una mezcla de tristeza y de incomprensión—. Voy a hablar con ella.

—No te dirá nada.

—Eso está por verse... ¿Está en el invernadero?

—En la biblioteca.

—Tranquilícese, madre. Le pediré a Beatrice que le prepare una infusión y me reuniré con mi hermana.

—Me odiará por contártelo.

—No, no lo hará. Solo se preocupa por ella, como hago yo.

—Y yo. —Reginald acababa de acceder al salón—. He visto a Caroline caminar hacia los jardines. Ve con ella, yo me encargo de ir a la cocina.

—Gracias.

Abbi se apartó de su madre, besó a su maestro esgrimista en la mejilla y los dejó a solas.

—¿La escuchará? —A Geraldine le temblaban las manos.

—Confiemos en que así sea, mi amor. —Acarició los labios de su

esposa con los suyos.

—¿Qué he hecho tan mal, Reginald?

—Absolutamente nada... Caroline está librando una batalla interna y es algo en lo que no podemos ayudarla.

—¿Por Andrew?

—Es lo que pienso —afirmó.

—Elinor y yo siempre decíamos que estaban hechos el uno para el otro... Nos agradaba la idea —dijo antes de añadir—: Me gustaría verla, siento que debo hacerlo.

—Eres una mujer adulta, nadie puede obligarte a lo contario.

—Mi hija me odiará aún más.

—¿De verdad crees que dentro de Caroline puede vivir un sentimiento como ese?

—Lleva años odiando a Andrew.

—Eso es lo que dice.

—¿Y miente?

—Tal vez... No tengo la verdad absoluta sobre nada. —Apretó una sonrisa—. Si sientes que debes visitar a Elinor, hazlo.

—¿Me acompañarías?

—Siempre, aunque en este caso es algo que debes hacer sola. —La besó en los labios con dulzura.

***

Caroline llevaba varios días encerrada en sí misma. La reacción de su cuerpo al sentir el contacto de la piel de Andrew sobre la suya continuaba atormentándola. Su malestar no residía en tener que compartir el mismo espacio que él porque el retorcido de su cuñado lo había elegido como padrino de Jane. ¿Por qué diablos no eligió a cualquier otro? ¿Deseaba torturarla? Se sintió ridícula y pretenciosa.

No era el ombligo del mundo y jamás había sido presumida. Esa situación comenzaba a sacar lo peor de ella, y no deseaba perderse. En cuanto al vecino, ¿cómo se atrevía a mirarla de ese modo tan directo? En algún momento, durante esas largas jornadas en las que apenas había intercambiado unas palabras con las doncellas o con Melvin, había sentido la necesidad de saltar la tapia que separaba ambas propiedades y gritarle que no se acercara a ella nunca más, que la dejara en paz, que mirara hacia otro lado si se veían obligados a compartir el mismo espacio. Entonces, se refugiaba en el invernadero, sin importar la hora que fuera, y esos pensamientos tan invasivos y desgarradores se iban disipando.

Se detuvo junto a uno de los estanques y metió ambas manos en el agua. Su rostro se fue difuminado con las ondas y pensó que así era como estaba: deforme, perdida, dañada.

—¿De qué quieres huir, Caroline Candford?

Capítulo 8

Caroline la había escuchado acercarse. Si podía distinguir los pasos de su madre, de Amélie —también echaba de menos la compañía de la institutriz— o de Reginald, pasando por todo el personal de servicio, los de su hermana no iban a ser menos.

—Abbi, no te esperaba —dijo con serenidad y sin apartar la mirada del estanque—. Vuelve a haber peces.

—¿No los ha habido siempre? —preguntó mientras se acercaba.

—Es posible... ¿Has venido con Jane?

—No, aún es pequeña para sacarla de la mansión. Eres tú quien debía ir a verla.

—La he visto durante cada día desde que nació.

—No en los últimos tres.

—Te confundes.

—¿Se puede saber qué te ocurre, Caroline?

Abbi la sostuvo por los hombros y trató, en vano, de conectar con sus ojos.

—Mírame.

—Una leyenda griega dice que un pescador comió hierba mágica que daba vida a los peces que capturaba. Un día, decidió probarla él

mismo y sintió un deseo irrefrenable de lanzarse al mar. Al entrar en el agua se transformó en un ser marino inmortal, con aspecto de tritón, y fue acogido por los dioses del mar —le narró sin apartar la mirada del embalse.

—¿Qué me quieres decir con esto, hermana? ¿No estarás pensando...?

—No, no me voy a arrojar al Támesis.

—¿Nos sentamos en ese banco?

—No soy buena compañía, Abbi.

—Para mí siempre serás la mejor. —Tomó su mano y la condujo hacia el lugar señalado.

Caroline elevó su mirada hacia el cielo, inspiró profundo y exhaló una bocanada de aire.

—A veces, te escucho reír por estos caminos, aunque no estés.

—Yo siempre estoy a tu lado, si no en presencia... sí en pensamiento. La conexión que tengo contigo jamás podré tenerla con nadie más.

—Lo sé, Abbi.

—¿Me vas a contar qué está pasando por tu corazón?

—Nada.

—¿Y por tu cabeza?

—Miles de cosas.

—Quiero escucharlas.

—No deseo aburrirte.

—Tengo todo el tiempo del mundo para ti.

—¿Y Jane?

—Con su abuela, con Amélie, con su padre... y un largo etcétera. Mi hija está bien cuidada, aunque su abuela y su madrina hayan decidido desatenderla.

—No culpes a madre.

—No lo hago, Caroline; ni a ella, ni a ti —sonó complaciente. —Soy todo oídos.

—¿Qué quieres que te diga?

—Esas cosas que están en tu cabeza y que te impiden ser *mi* Caroline —enfatizó el posesivo.

—Muchos recuerdos se agolpan en mi mente —comenzó a decir—. Estos días he recordado a padre. Ahora sabemos que madre no se casó enamorada, pero pienso que fue un gran marido y un gran padre.

—Lo fue, sin duda.

—La presencia de Reginald en casa, y que conste que le aprecio y me alegra que nuestra madre y él se hayan encontrado, ha despertado algunos fantasmas que dormían.

—¿Cuáles?

—Nunca le dije que le quería.

—¿A padre? —Caroline asintió—. Yo tampoco lo hice, pero es algo que se da por sentado.

—No sé, Abbi; creo que deberíamos decirlo más a menudo a las personas que nos importan de verdad.

—Es posible... Yo se lo digo a Elijah, a Jane y a ti.

—Díselo a madre.

—¿Lo harás tú?

—Sí —dijo en su susurro.

—Sufre por ti —se detuvo un instante antes de continuar—. ¿Qué es eso de que te quieres marchar con la tía Marion?

—También he estado recordando las veces que nos hemos subido a los árboles o hemos hecho algo censurable. —Pasó por alto su pregunta—. ¿Recuerdas la vez en que propiciamos que los caballos salieran de las cuadras y camparon a sus anchas por los jardines?

—A padre casi le da un patatús.

—Y madre nos tuvo castigadas una semana...

—Sin tomar pasteles ni *puddings*... ¿Recuerdas el *spotted dick*?

—Oh, vaya si lo recuerdo... Con esas natillas calientes y las grosellas... Aún se me hace la boca agua al recordarlo.

—Le diré a Claire que prepare uno para la fiesta del té de mañana.

—¿Mañana?

—¿Lo has olvidado? —La miró con el ceño fruncido.

—Sí —admitió—, pero lo cierto es que...

—Vendrás, sin excusas.

—Soy un alma libre, Abbi.

—Que asistirá a la fiesta del té de mañana —dijo con rotundidad.

—No apruebo el motivo de su celebración.

—¿Por tratarse de Andrew?

—¿Ahora lo llamas por su nombre?

—Me guste más o menos, ahora es el padrino de Jane.

—Y estás preocupada por él, aunque lo niegues y afirmes que tan solo se trata de Elinor —aseguró Caroline.

—Es posible... No te quiero mentir, no a ti, a mi otra mitad. —Abbi tomó una de sus manos y la apretó fuerte—. ¿Por qué lo odiamos?

—Tú no lo haces.

—¿Y tú sí?

—Empiezo a sentirme incómoda.

—No, señorita, tú no vas a ningún sitio. —Le impidió ponerse de pie—. Aún no hemos terminado de hablar.

—¿Se puede saber qué demonios quieres? —elevó el tono de voz —. Abbi, yo... lo siento. No sé qué me pasa.

—¿No lo sabes o no quieres aceptarlo?

—Te voy a pedir que no trates de psicoanalizarme.

—No lo pretendo... ¿Sabes? Anoche estuve hablando con Elijah.

—Imagino que habláis todos los días.

—Muy graciosa, hermanita... Lo hicimos acerca de Andrew y de ti.

—No quiero escucharlo.

—¡Caroline Candford, vuelve a sentarte! —le ordenó y la menor de las mellizas lo acató.

—Mi esposo estuvo recordando... Me habló del momento en que Andrew y él se conocieron, en Eton, con trece años.

—No me interesan sus historias, Abbi.

—Me vas a escuchar de todos modos. —Le dedicó una sonrisa plena y Caroline puso los ojos en blanco.

—Puedes llegar a ser irritante.

—Yo también te quiero, mucho, muchísimo... Por ese entonces, nosotras tan solo teníamos cinco años, pero los años fueron pasando y comenzamos a visitar la casa de al lado, o a cotillear —añadió.

—Éramos unas insensatas.

—¿Y hemos dejado de serlo?

—Me atrevería a afirmar que no —se rindió ante la evidencia.

—Elijah nos recordaba vagamente; demasiadas mujeres en su vida —se atrevió a bromear—. Anoche me habló de un episodio que ninguna de las dos hemos vuelto a mencionar, no desde que sucedió.

—No sé de qué me hablas, Abbi.

—Lo sabes muy bien, estoy segura.

—En ese caso, no es necesario que hablemos de ello.

—Quiero hacerlo.

—Y mis deseos, ¿qué?

—Shhhhh... Silencio, jovencita, deja hablar a tu hermana mayor... Shhhhh —volvió a mandarla callar al ver que desplegaba los labios —. Habíamos entrado en la mansión de los Montgomery como quien accede a su propia casa y allí estaban esos cinco, en los jardines. Nos escondimos detrás de uno de los setos y los espiamos... Lo de

tirarles piedras ya llevábamos tiempo poniéndolo en práctica.

—Debimos hacerlo incluso antes —sugirió Caroline.

—Estoy muy de acuerdo contigo —sonrió—. Creo que teníamos unos catorce años, o así... Ahora que lo pienso, tampoco ha pasado tanto tiempo como para que mi esposo tan solo tuviera un vago recuerdo de mí; pero... no es lo importante ahora.

—Te estás dispersando.

—Ya veo que tienes prisa por que termine. ¿Te incomodo?

—Claro que no, Abbi; jamás podrías hacerlo. Es solo que...

—No te agrada que hablemos de él, lo sé; intentaré ser rápida.

—Gracias, supongo —suspiró.

—Elijah y los demás, especialmente Hugh, trataban de incitar a Andrew. Le decían que estaba coladito por ti, por una cría ocho años más pequeña que él, y lo negaba con ímpetu. —Caroline trataba de mantener la calma y aparentar indiferencia—. Fue entonces cuando habló del miedo que le provocaban tus ojos, que parecías una bruja y que jamás se podría fijar en alguien como tú. Siempre sospecharon que alguien los había escuchado. Le confirmé que sí, que lo hicimos... Dime algo, hermanita, ¿lo odiamos por eso?

—Tú no lo odias.

—Aún lo hago, créeme; pero tengo sentimientos encontrados hacia él. Lo siento.

—Puedo llegar a entenderte... No te juzgo, Abbi.

—Entonces, ¿por qué te alejas de mí?

—No lo hago.

—Por el amor de Dios, Caroline, te quieres marchar a Escocia. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Necesito irme.

—¿Me abandonarías así de fácil?

—Es por mí.

—¿Por qué? ¡Ayúdame a entenderlo!

—No puedo... Ni tan siquiera yo misma me entiendo. Solo sé que... —se le quebró la voz.

—Oh, no, no llores, por favor.

Abbi la cubrió con sus brazos.

—Ya le he escrito a la tía Marion.

—Muy mal hecho... Ahora tienes una sobrina y también a una madre y a una hermana que te necesitan; y no nos olvidemos de Violet. Prometimos luchar por ella.

—Me ahogo, Abbi.

—Déjame ayudarte.

—No puedes.

—¿Odiamos a Andrew por eso? —volvió a preguntarle.

—Hay mucho más, pero prometí no hablar nunca jamás de ello.

—¿Te ha hecho algo malo? ¿No me digas que...?

—No, no es lo que estás pensando... Una vez lo amé —entendió que le debía algo de verdad— y me rompió el corazón.

—¿Y vuelves a sentir lo mismo?

—No.

—Sé que me mientes y entiendo que no quieras aceptarlo... ¿Puedo saber qué pasó?

—No estoy preparada, lo siento. —Agachó la mirada.

—Está bien, no insistiré más. —Caroline apoyó la cabeza sobre su hombro—. Tienes que hablar con nuestra madre, sufre por ti.

—Lo haré.

—Y no te vas a marchar a ningún sitio.

—Necesito hacerlo, por una temporada, al menos.

—¿Y renunciar a toda tu vida?

—A veces, es necesario para poder avanzar.

—Tu lugar está aquí. Además, ¿qué vas a hacer sin mí?

—Seré más triste, seguramente; pero...

—Shhhh..., no digas nada más. Hablarás con la señora de esta casa —quiso distender el ambiente—, dejarás de pensar en el vecino...

—No pienso en él.

—Y mañana serás la primera en acudir a la fiesta del té, ¿me has oído? —ignoró su alegato.

—Alto y claro.

—Esta sí es mi hermana.

—¡Ay! —La apretó tan fuerte que llegó a oprimirle las costillas.

—Te aguantas... Te quiero, Caroline.

—Te quiero, Abbi —musitó.

Capítulo 9

El reloj del salón acababa de marcar las cuatro. El césped, recién cortado, desprendía un aroma húmedo y dulce que se mezclaba con el de las peonías en flor. Sombrillas de encaje danzaban al compás de una brisa ligera, y el murmullo del agua en la fuente central ofrecía un fondo constante, casi musical. Lady Cromwell presidía la mesa de té. A su alrededor, tazas de porcelana con bordes dorados descansaban sobre platos finamente labrados, y bandejas de plata ofrecían *scones* tibios con crema y mermelada, pastel de limón o sándwiches de huevo.

Geraldine observaba a su hija menor de soslayo desde una pérgola cubierta de glicinas. Caroline se había desmarcado del resto y acompañaba a Amélie, quien estaba al cuidado de la pequeña Jane. Había accedido a asistir a la fiesta, otra cosa bien distinta era participar en lo que consideraba un paripé absurdo.

***

Después de conversar con Abbi y de que esta regresara a la mansión Cromwell, Caroline se dirigió al salón. Encontró a Geraldine sentada

en uno de los sofás. Reginald estaba a su lado.

—Madre, necesito hablar con usted.

—Os dejo a solas.

—No será necesario, así que puedes volver a sentarte —le dijo al maestro esgrimista, quien agradeció su deferencia con un gesto de asentimiento—. Lamento mucho haber estado tan distante.

—Cariño mío, lo único que quiero es tu felicidad.

—Lo sé, madre; y no le habría expresado mi deseo de marcharme a Escocia de no ser cierto.

—No puedo renunciar a ti, soy tu madre. ¿Por qué no lo entiendes?

—Claro que lo entiendo, pero es lo que necesito.

—Tu hermana me dijo que habías desechado esa idea tan descabellada.

—No son los desvaríos de una loca, madre.

—No es lo que he dicho.

—Vamos a centrarnos —decidió intervenir Reginald—. Abbi nos aseguró que no te irás a ningún sitio.

—Solo le dije lo que quería escuchar. No he cambiado de parecer. Esta mañana, le pedí a Melvin que llevara mi misiva para la tía Marion a la oficina de correos. En cuanto tenga una respuesta, que espero afirmativa, me marcharé, madre; y me tiene que dejar ir.

—No...

—Se lo suplico. —Caroline se arrodilló delante de ella y tomó sus manos. Tenía lágrimas en los ojos—. Se lo suplico —repitió.

—¿Andrew tiene algo que ver en todo esto?

—Tal vez... —No se anduvo con tantas evasivas—. No se trata de nadie más que de mí misma, de lo que necesito, de lo que quiero hacer.

—Inverness está demasiado lejos.

—Por eso es el lugar ideal, madre. —Esbozó una sonrisa—. Le prometo que regresaré.

—¿Y si mi hermana rechaza acogerte?

—Sé que no lo hará —sonó segura—. Os pido que no le digáis nada de esto a Abbi.

Caroline se puso de pie, respiró profundo y volvió a dejarlos a solas.

—¿La has escuchado?

—Sí —le respondió su esposo.

—Tiene que haber algo que podamos hacer para impedirlo, Reginald.

—Escúchame con atención: su misiva tiene que llegar hasta Inverness y la respuesta tiene que hacer el mismo recorrido, pero a la inversa. Eso nos da un margen de unos... cinco o seis días.

—Es muy poco tiempo —se lamentó Geraldine.

—¿Quieres que me acerque a la oficina del General Post Office e intercepte la misiva?

—¿Puedes hacerlo?

—Sí, si es lo que deseas.

—No quiero que Caroline se marche, pero... ¿es moralmente aceptable?

—Hay ocasiones en las que hay que hacer a un lado los principios y jugársela, mi amor. Es tu hija, tú decides.

—Si se entera...

—Jamás lo haría.

—¿Me das tu palabra?

—Te di mi corazón hace más de un año, Geraldine Candford, mi alma te pertenece, ¿y me hablas de palabras?

—Te amo, Reginald Benson... —Lo besó en los labios—. No tenemos tiempo que perder. Ve, corre.

***

La condesa Candford miraba a la menor de sus hijas y no podía evitar sentirse culpable. Su esposo había llegado a tiempo y la carta había sido destruida. Fue su expreso deseo no abrirla, no quiso vulnerar la intimidad de Caroline.

—¿Té, Geraldine?

—Por favor —sonrió a Marguerite.

Una de las doncellas le sirvió té negro con leche. Ella lo endulzó a su gusto.

Ellen, Kate y Amy habían pedido un trozo de pastel de limón cada una y se habían sentado en la hierba, bajo la sombra de uno de los muchos árboles que poblaban los jardines.

Anne, la madre de Thaddeus, se había excusado a última hora. Su esposo y ella acudieron a una fiesta la noche anterior y se sentía indispuesta. Sus hijas no se lo habrían perdido por nada del mundo. Llegaron en el carruaje de su hermano, junto a Ebba y Ellen.

—Me sorprendió y me agradó muchísimo su invitación, lady Marguerite.

—No me trates con formalismos, querida... Nuestros hijos se tratan como hermanos, así que podemos dejar las etiquetas para cuando la ocasión lo requiera, ¿no crees, Angela?

—No puedo estar más de acuerdo —convino la condesa de Drake.

Ella era el comensal estrella. La enfermera también estaba al tanto del motivo que había llevado a la celebración de tal encuentro. Abbi se lo había confesado y ella se sintió un poco entre la espada y la pared. No llevaba un doble juego, pero esa sería la conclusión más plausible de descubrirse que acudía a diario a la mansión de los Montgomery.

—¡Qué lástima que la baronesa Campbell no nos haya podido

acompañar! —manifestó Geraldine.

—Le habría encantado. Estoy segura de que no faltará en la próxima —la excusó Ebba haciéndose acompañar de una sonrisa impostada.

De buen agrado, se levantaría de esa silla y se reuniría con Caroline.

—Eso espero —Marguerite se mostró condescendiente—. A quien no tenemos el gusto de conocer es a los padres de Cameron.

—Aberdeen nos queda un poco lejos —dijo Geraldine.

—Eso está en Escocia, como Inverness —declaró Abbi mientras detenía sus ojos verdes en su hermana.

—Pareces triste.

—Caroline ha manifestado su deseo de marcharse a las Tierras Altas con la tía Marion.

—Pero no lo hará —afirmó su madre.

—No me habías dicho nada.

—No he tenido ánimos, Ebba, discúlpame.

—Tampoco estaba al tanto.

—Lo siento, suegra. —Logró que las demás sonrieran, incluida Marguerite—. Solo lo he hablado con Elijah, quien también sufre por Andrew.

—¿Él tampoco se encuentra bien? —inquirió la duquesa.

—¿No lo ha hablado con usted?

—No.

—A ninguno nos ha pasado desapercibido que el vizconde anda algo taciturno y desmejorado, ha debido de perder bastante peso en los últimos meses...

—A decir verdad, mi hijo ha manifestado su preocupación por él en varias ocasiones, y no me extraña —añadió la condesa de Drake.

—¿Qué quieres decir, Angela?

El pez había mordido el anzuelo, y Geraldine fue la más avezada.

—Mi hijo se niega a hablarme del tema.

—Como hace Elijah conmigo —se mostró abatida Abbi.

—Thaddeus actúa igual... Esos cinco y sus pactos de caballeros. —Ebba trató se sonar contundente.

—Ni tan siquiera Robert ha logrado que su hermano suelte prenda —se lamentó la condesa—; en cambio, he escuchado algunos rumores.

—¿Rumores?, ¿qué sabe?

A Abbi le pudo la obligación que desde hacía unas horas se había autoimpuesto: Caroline le había confesado que estuvo enamorada de Andrew —estaba convencida de que esos sentimientos habían vuelto a florecer y que ese era el motivo por el que se le había pasado por la cabeza marcharse de Londres— y ya sí que no podía quedarse de brazos cruzados.

—Al parecer... —Las cuatro mujeres que la acompañaban alrededor de aquella mesa inclinaron sus cuerpos hacia adelante— el conde ha abandonado a su esposa y a su hijo y se ha recluido en una de sus casa de campo.

—¿Ferdinand ha hecho tal cosa? —Geraldine estaba horrorizada.

—No debería sorprenderte, todos hemos oído hablar de su gusto exacerbado por la bebida y por alcobas ajenas —continuó Angela.

—No creo que haya dejado desatendida a Elinor —la condesa Candford continuaba sin querer dar credibilidad a sus afirmaciones.

—Eres un tanto inocente, querida... Elinor es la razón por la que se ha escabullido.

—¿Cómo?

—Se rumorea que... —Ebba cerró los ojos— está muy enferma.

—Sabemos que su estado de salud no es el mejor, pero... ¿no exageras?

—¿Exagerar? Según tengo entendido, su situación es irreversible.

—¿Se va a morir? —Abbi elevó el tono de voz de tal manera que su eco llegó hasta Caroline, quien se giró y fijó sus ojos violetas en su hermana.

—Solo son rumores. —La condesa de Drake tomó un último sorbo de su taza de té.

***

Caroline sostenía a Jane entre sus brazos. Se imaginaba alejándose de Londres en apenas unos días y no deseaba seguir perdiendo el tiempo. Necesitó encerrarse en sí misma unos días, pero sabía que, en cuanto el tren que la llevaría hasta Inverness echara a andar, no habría marcha atrás. A su madre le había asegurado que sería algo pasajero. En cambio, en su mente no contemplaba el retorno. Haría su vida en Escocia, lejos de allí, en un lugar nuevo, rodeada de otras personas, aislada de ese mundo y sobre sobre todo de ese pasado que debía dejar atrás. La posibilidad de que regresara, para torturarla, estaba más latente que nunca; tanto que ya había comenzado a desestabilizarla. En realidad, llevaba más de un año haciéndolo, desde que Elijah y Abbi unieron sus vidas; y, por ende, Andrew regresó a la suya.

—¿Sabe de qué hablan?

—Ni idea —le respondió a Amélie.

—Creo haber escuchado la palabra *morir.*

—Abbi tiende a exagerar, ya la conoces —quiso restarle importancia.

—¿No tiene curiosidad?

—No, pero veo que tú sí —sonrió.

—Oh, no, yo... No me malinterprete —trató de excusarse.

—Solo bromeaba, Amélie... Es muy humano ser cotilla, o si no que se lo pregunten a ellas.

Ambas miraron hacia la pérgola y rompieron a reír.

***

—¿Desde cuándo no ves a Robert? —quiso saber Ellen.

—Desde... Ni lo recuerdo. —Kate se fue desinflando poco a poco.

—No sufras, hermana —le dijo Amy—, y cómete otro trozo de pastel.

—Si lo hago, reviento —exageró—. Al menos, continuamos escribiéndonos cada semana.

—Y... ¿te sigue queriendo?

—Por supuesto que sí. —La miró con los ojos entrecerrados.

La menor de las Campbell sintió un escalofrío. Mientras tanto, Ellen las miraba divertida.

***

—Madre, ¿qué opina de lo que nos ha contado la condesa de Drake?

Angela fue la primera en marcharse. Más tarde, lo hicieron Ebba y las tres jovencitas que se habían mantenido ajenas en todo momento a aquel trabajo de investigación.

—Me niego a aceptarlo.

—¿Y si es verdad?

—No tardaré en averiguarlo.

—¿Qué harás?

—Lo que debí hacer semanas atrás, hija: hacerle una visita a los

Montgomery —sentenció Geraldine.

Capítulo 10

Ebba tenía un nudo en el estómago. Una vez más, se sentía en una encrucijada. Sabía que las Candford no lo dejarían estar, querrían llegar hasta el final. A esas alturas, no sabía a quién debía más lealtad, si a su esposo y al vizconde de Berkeley, o a las mellizas.

Tras asistir a Elinor en la mañana del día siguiente a la fiesta del té —la condesa le había vuelto a hablar de Caroline y de su deseo de verla—, sintió que debía hacer partícipe a Andrew de aquella reunión orquestada por Abbi en connivencia con su madre y con su suegra.

Se reunió con él en uno de los salones. Sentado en un sillón, ojeaba el periódico. Ya se habían visto a su llegada y al término de los masajes. El primogénito y único hijo del matrimonio Montgomery les había pedido —o más bien exigido— que no hicieran esfuerzos innecesarios: él tumbaba a su madre y la volvía a recostar o a dejar sentada, según su necesidad. La condesa le había pedido a la enfermera que se quedara un rato más alegando que le gustaba conversar con ella.

—Andrew, me gustaría hablar contigo antes de marcharme.

—¿Te ha vuelto a insistir respecto a Caroline? —le dijo con aparente tranquilidad.

—Nunca desaprovecha la ocasión —sonrió—, pero no se trata de eso.

—¿La has visto aún más desmejorada?

El vizconde hizo a un lado el periódico y se puso de pie, enfrente de Ebba.

—No, no te preocupes. Tu madre se mantiene igual en los últimos días.

—¿Entonces?

—Verás, ayer... yo...

—¿Desde cuándo le cuesta expresarse, señora Campbell? —bromeó.

—Sé que no te va a agradar lo que tengo que contarte, ni tan siquiera sé si quiero o debo hacerlo.

—Ahora sí has logrado despertar todo mi interés...

—Bueno, resulta que ayer estuve en la mansión Cromwell, en una fiesta del té organizada por Abbi.

—No me perece nada fuera de lo común —declaró Andrew.

—Ya... Lo que desconoces es qué motivó esa reunión.

—¿Y... me lo vas a decir? —Arqueó las cejas.

—Tu madre y tú; en verdad, todo parte de ti.

—Acabo de perderme, Ebba.

—Geraldine lleva tiempo insistiendo en tu mal estado anímico, es algo que no ha pasado desapercibido para nadie. Abbi también está más curiosa que de costumbre tratándose de ti, ya me entiendes.

—Ambos sabemos que no despierto simpatía en ella —afirmó.

—Ya no parece sentir tanta animadversión —le hizo saber.

—¡Ah!, ¿no?

En ese momento, sí estaba sorprendido.

—No. La cuestión es que se han propuesto averiguar que está sucediendo en esta casa. Si Geraldine no ha hecho acto de presencia

es porque sabe que Caroline se opone. Al parecer, lo ha puesto de manifiesto en varias ocasiones.

—Es mejor así —fingió indiferencia.

—Si tú lo dices... —farfulló—. Ayer invitaron a la condesa de Drake.

—¿A la madre de Hugh?

—A la misma.

—Ahora que lo dices, tiene fama de enterarse de todo —manifestó Andrew.

—Y me atrevo a afirmar que así es.

—¿Qué les contó? —El vizconde comenzaba a incomodarse.

—Les habló de tu padre, de los rumores que aseguran que os ha abandonado y se ha dado a la bebida.

—Bueno, eso es cierto; pero me apena que su nombre, y entiendo que también el nuestro, esté en entredicho por su culpa.

—No dijo nada malo acerca de tu madre o de ti, Andrew; aunque dejó entrever que Elinor está muy enferma, tanto así que Abbi se alteró y llegó a preguntarle si estaba rozando la muerte.

—¿Caroline...? —fue incapaz de contenerse.

—No, ella no quiso participar de esa encerrona. Se encontraba en la mansión, pero no compartió mesa con nosotras. Se mantuvo alejada, en compañía de Amélie y de la pequeña Jane.

—Entiendo... —emitió un prolongado suspiro antes de añadir—: Confío en que no dijeras nada.

—Claro que no, ni afirmé ni desmentí. No podía hacerlo sin delatarme.

—Gracias por tu lealtad, Ebba.

—Te di mi palabra, y tú y tu madre habéis depositado vuestra confianza en mí; jamás jugaría con algo tan sagrado.

—Las mellizas son muy especiales para ti.

—Lo son —sonrió—. Yo...

—Lamento interrumpirlos, señor; pero... —Clarence no pudo continuar.

—Andrew, querido... ¿Ebba?

El vizconde y la enfermera se miraron antes de volver a centrar toda su atención en la visita inesperada.

—Geraldine, no la esperaba —logró reaccionar.

La condesa Candford lo besó en la mejilla. Acto seguido, hizo lo propio con Ebba.

—He venido a ver a Elinor.

—Me temo que no...

—No me marcharé sin hacerlo —dejó clara su postura—. Y tú... ¿qué haces aquí?

—Yo... Verá... Resulta que...

—Lo sabías todo y te has callado —fue rotunda.

—Le permití asistir a mi madre a cambio de mantenerlo en secreto, Geraldine. Ebba tan solo ha cumplido su palabra y no le ha resultado nada fácil.

—No te culpo —se dirigió a la enfermera—. ¿Cómo está? —Miró a Andrew.

—Mal.

—¿Por qué te lo has callado?

—No quiero que nadie se apiade de mí.

—Yo te aprecio, siempre lo he hecho; y también a Elinor. Nos distanciamos cuando mi esposo falleció y cuando mis hijas dejaron de querer venir a esta casa, pero siempre ha contado con mi afecto; como tú —añadió.

—Lo sé, Geraldine. En cuanto a mi madre, no hay nada que se pueda hacer, salvo esperar un triste desenlace.

—No me digas eso. —Se llevó ambas manos a la boca.

—Resulta más fácil decirlo sin rodeos —suspiró—. La presencia de Ebba, aparte de estar haciéndole bien físicamente, también lo está haciendo en el plano mental y moral. Le sienta bien conversar con ella.

—No te he juzgado en ningún momento, jovencita —le dijo Geraldine—; y, por una parte, me alegra verte aquí y saber que no estás pasando por esto tú solo.

—Cuento con el apoyo de mis hermanos.

—De esos cuatro que tampoco sueltan prenda, y mira que Abbi puede ser persuasiva, pero a Elijah no le ha arrancado una sola palabra.

—Dudo que sus hijas estén preocupadas por el devenir de mi madre o por el mío —habló sin rodeos.

—Te equivocas. Abbi lo manifiesta de manera abierta, Ebba puede confirmarlo. En cuanto a Caroline..., esa es otra historia de la que ya hablaremos. —Lo miró con intensidad—. Quiero ver a Elinor.

—No sé si...

—No me marcharé sin verla, Andrew; así que envía al ama de llaves a decirle que estoy aquí o infórmala tú mismo; pero de aquí no me muevo. —Se acomodó en un sofá.

—Os voy a dejar, que tengo trabajo en el Saint Thomas —les dijo Ebba—. Geraldine, ¿puede...?

—No te preocupes, no les diré una sola palabra.

—Gracias. —Apretó una sonrisa—. Te veo mañana, Andrew.

El vizconde le hizo un leve gesto con la cabeza, que guardaba mucha gratitud, y, en cuanto abandonó el salón, él se dirigió a la planta noble.

***

Caroline encontró a Reginald en los jardines. Era usual que practicara esgrima varios días a la semana, en la mansión. Aún impartía clases en la escuela de la que era propietario, situada cerca de los almacenes Harrods. Esa mañana, sabiendo que su esposa se ausentaría, se tomó una licencia.

—Sigues en forma.

—Por supuesto, jovencita... ¿No quieres practicar conmigo? —Le ofreció su florete.

—No creo que se me dé bien.

—No lo sabrás si no pruebas.

—¿Otro día?

—Te tomo la palabra —le sonrió y la melliza le devolvió el gesto.

—¿Has visto a mi madre?

—Ha salido.

—¿Adónde?

—De compras.

—Mientes fatal, Reginald.

—Y tú eres demasiado avispada, jovencita.

—¿Me lo vas a contar?

—No sé si debo; aunque, a decir verdad, tarde o temprano te acabarás enterando —reconoció—. Tu madre...

—¿Tan grave es?

—Ha ido a la mansión de los Montgomery —respondió con cierta inquietud.

—¿Lo dices en serio? ¡No me lo puedo creer! ¿Se puede saber por qué lo ha hecho? —No daba crédito.

—Todo parece indicar que Elinor está muy enferma.

—Solo son habladurías.

—Pronto saldremos de dudas, Caroline. —Reginald caminó hacia ella y posó ambas manos sobre sus hombros—. No culpes a tu

madre por preocuparse por otra mujer y por un hijo que sufre.

—Yo... —Agachó la mirada. —No sabemos si...

—Andrew no está bien, todos lo sabemos, y tú no eres una excepción.

—Eso no implica que se trate de Elinor y de su salud.

—¿Qué otra cosa podría tenerlo tan triste y demacrado? Sé que no has querido que te informen acerca de lo que se habló en esa mesa; pero la condesa de Drake dejó entrever que la situación de Elinor reviste gravedad.

En ese momento, entendió la pregunta de Abbi.

—¿Tanta como para que su vida corra peligro? —Hizo a un lado esa indiferencia impostada y se atrevió a preguntarlo.

—Es posible... Pronto lo sabremos. ¿Sigues molesta con tu madre?

—Yo... no sé cómo me siento, Reginald. Lo único que quiero es marcharme muy lejos de aquí, y cuanto antes.

***

Andrew llamó a la puerta antes de entrar. Ethel ocupaba una silla que estaba situada junto a la cama de Elinor, quien tenía los ojos cerrados.

—¿Duerme? —le preguntó al ama de llaves.

—No, hijo.

—¿Nunca descansa, madre?

—Me apetece salir a los jardines.

—Lo hará, se lo prometo; pero...

—¿Qué pasa?

—Geraldine está en el salón.

—¿La condesa Candford ha venido a casa?

—Sí, madre, y desea verla. Yo... no creo que sea lo más prudente.

—Porque no quieres que nadie relacionado con Caroline me vea en este estado —afirmó.

—No es eso.

—¿Entonces...? —Lo observó con súplica.

—Necesita descansar, eso es todo.

—Geraldine y yo fuimos muy buenas amigas, es justo que la reciba, ¿no crees?

—No es una obligación.

—Lo sé, hijo... Me gustaría verla —añadió.

—¿Y si no te hace bien?

—¿Por qué me iba a hacer mal? Sé que estás muy preocupado por mí, cariño; pero esta visita no me hará empeorar.

—¿Quiere que la deje subir? —terminó por resignarse.

—Sí.

—Está bien —suspiró—. Ethel, ¿puede bajar y acompañarla hasta aquí?

—Por supuesto.

Andrew cerró los ojos y pensó que era una idea nefasta. Su madre tenía razón: no deseaba que nadie del mundo de Caroline conociera el alcance de su enfermedad. Ya era demasiado tarde y empezaba a sentir cómo esa barrera que había elevado entre ellos y el resto de las personas que formaban parte de su vida se iba desmoronando más y más con el paso de los días.

Capítulo 11

Geraldine esperaba con la emoción corriendo a raudales por todo su organismo. Apenas podía controlar los movimientos frenéticos de sus piernas. Estaba intranquila. Los rumores eran ciertos: la salud de Elinor se había debilitado; y, por el momento, no había rastro alguno de Ferdinand Montgomery. No quiso ser indiscreta. No preguntó. El verdadero y noble motivo que la había llevado hasta allí era poder reunirse con la condesa de Berkeley. El resto poco o nada podía importar.

—Señora Candford, ¿me acompaña?

—Sí, sí... Claro.

Se puso en pie con torpeza.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, no se preocupe... Solo son los nervios.

—Hacía mucho que no venía por casa.

—Demasiado, Ethel, demasiado —se lamentó.

El ama de llaves se detuvo frente a la puerta de la recámara. Geraldine respiró muy profundo.

—¿Está preparada?

—He venido a verla. —Le dedicó una sonrisilla nerviosa—.

Adelante.

Ethel dio unos leves toques con los nudillos y Andrew les dio paso.

El corazón de Geraldine comenzó a latir muy deprisa y, al toparse con la figura demacrada y frágil de la condesa, le fallaron las piernas.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí... No es nada —trató de reponerse—. Hola, Elinor.

—Hola, Geraldine.

En cambio, reconoció la misma voz melódica, vital y segura de siempre.

—Ethel y yo nos marchamos —les hizo saber Andrew—. Si necesitan cualquier cosa, por favor, tire de la cuerda y subiré enseguida. —Clavó sus ojos turquesa en la visitante.

Aunque el sonido de la campanilla solo se escuchaba en la cocina y en el pasillo de servicio, todo el personal de la mansión sabía que, si este procedía de la recámara de la condesa, debían avisarle de inmediato.

—Ve tranquilo. —Lo miró con ternura.

Sin tenerlas todas consigo, y temiendo que los ecos de esa conversación llegaran a los oídos equivocados, las dejó a solas.

***

—Geraldine no debería estar con ella —afirmó.

—Todo tiene un porqué, jovencito; y si ella está aquí es porque una fuerza superior, que está muy por encima de usted o de mí, así lo ha estimado.

—Sigue sin convencerme.

—Intente relajarse.

—¿Cree que podré?

—Lo dudo, pero tenía que decírselo.

En silencio, alcanzaron la planta baja. Ethel se dirigió a la cocina, donde también esperaría en un estado de calma tensa, mientras que Andrew regresó al salón, se sirvió una copa de brandi, aún era temprano para comenzar a tomar whisky, y se acomodó en uno de los sillones.

—Deja la mente en blanco, no pienses, y que esa fuerza superior nos dé fuerza y nos guie —susurró.

***

Geraldine tomó la silla que acostumbraba a ocupar Ethel y la acercó a la cama. Miró a Elinor a los ojos y sostuvo sus manos.

—Disculpa mi ausencia.

—Oh, querida, no me tienes que pedir perdón por nada.

—Me alejé.

—Las dos lo hicimos.

—¿Por qué lo permitimos?

—No lo sé, supongo que el distanciamiento de nuestros hijos nos llevó por el mismo camino.

—Tú y yo nos conocíamos antes de que Andrew naciera, mucho antes de que mis hijas vinieran al mundo... No debimos distanciarnos tanto.

—Perdiste a tu esposo. —Elinor no tenía reproche alguno para ella.

—Eras mi mejor amiga.

—Tú eras esa hermana que nunca tuve, Geraldine.

—Lo siento. —Se le nubló la mirada.

—Mi único sufrimiento es mi hijo, pensar en cómo será su vida cuando yo ya no esté... Andrew es un gran hombre.

—Nunca lo he puesto en duda.

—¿Por qué dejaron de verse? Él no habla conmigo. Cuando intento aludir al tema me responde con evasivas...

—En su comportamiento veo el de Caroline.

—¿No te lo ha contado? Sé que Ebba me ha asegurado que ni Abbi ni tú sabéis nada, pero me cuesta tanto creer que no se haya desahogado con su hermana o con su madre... Siempre habéis tenido un vínculo afectivo muy grande; y, ya sabes, los hombres acostumbran a callar lo que sienten, no así nosotras. No sé si por la educación que hemos recibido o porque la sociedad nos hace creer que somos débiles o sensibles.

—Tú nunca fuiste débil, Elinor. ¿Te recuerdo cómo te llamaban?

—Nooooo.

—La Incansable Condesa de Berkeley, y Elinor Montgomery, la Benevolente —pasó por alto su negativa.

—Aún me hace sonrojar. —Se revolvió.

—¿Estás incómoda?

—No por la compañía, que me es tan grata. ¿Puedes...?

No necesitó añadir nada más. Geraldine se puso de pie, se acercó al cabecero de la cama y colocó bien uno de los almohadones.

—¿Mejor así?

—Mucho mejor.

La condesa Candford volvió a sentarse.

—No quiero pecar de entrometida, pero no he visto a Ferdinand.

—Mi esposo es un cobarde, siempre lo ha sido —añadió.

—Entonces, ¿es cierto?

—¿Qué has escuchado?

—Bueno, se dice que os ha abandonado y que se ha recluido en una de las casas de campo de Essex —habló con franqueza, como siempre lo había hecho con aquella mujer a quien apenas podía

reconocer físicamente.

—No se trata de una patraña. —No dejó entrever tristeza alguna —. Y no me duele por mí, sé que nunca me ha querido, ¿pero Andrew? ¡Es su hijo, por el amor de Dios!

—De haber sabido por lo que estabais pasando...

—No te martirices, Geraldine; no es tu responsabilidad.

—Aun así...

—¿Sabes? —no la dejó continuar. Elinor no deseaba hacerla sentir mal—. Ahora, más que nunca, lamento no haberle dado un hermano o una hermana a mi hijo.

—Era algo que deseabas.

—Con todas mis fuerzas, pero no fue posible... Al menos, en este momento, no cargaría él solo con tanto sufrimiento. Disimula ante mí, una madre sabe cuándo la sonrisa o la entereza de un hijo son impostadas, por mucho que se esfuerce en hacer ver todo lo contrario. Un día, un solo día, lo he visto desmoronarse ante mí, y mi alma se hizo añicos.

—Te entiendo tan bien... Caroline sufre y, bueno, ella... me ha pedido, o más bien exigido, marcharse a Inverness con mi hermana.

—No puedes permitirlo.

A Geraldine le sorprendió la vehemencia con la que Elinor se hizo acompañar.

—Mi esposo y yo...

—Oh, es cierto, pero qué desconsiderada he sido, no te he dado la enhorabuena.

—Estás excusada —sonrió antes de adquirir un semblante más adusto—. Lo que quería decirte es que no estamos jugando limpio con ella.

—¿Estás haciendo una de las tuyas? Abbi y Caroline tienen a quien parecerse.

—Mis hijas desconocen que también fui una jovencita rebelde, a pesar de haberme casado por imposición y sin amor.

—La vida te ha dado una segunda oportunidad.

—Y mi agradecimiento es infinito. Reginald me hace sentir tan especial..., pero no nos desviemos... Caroline le envió una misiva a mi hermana y él la interceptó antes de que saliera de la oficina de correos. Yo misma la destruí.

—Habéis hecho lo correcto —aseguró Elinor.

—¿De verdad lo piensas? Porque me siento un ser detestable.

—En tu lugar, habría actuado del mismo modo... Dime, Geraldine, ¿por qué se quiere marchar tan lejos? Antes te hice una pregunta a la que aún no has respondido: ¿qué los llevó a dejarse de ver? ¿Por qué lo odia?

—Soy incapaz de responder a tus interrogantes.

—¿A ninguno de ellos?

—Lamento decirte que no. —Cerró los ojos antes de continuar—. Le he preguntado en tantas ocasiones...

—Como yo a mi hijo —suspiró—. Estoy convencida de que él la ama.

—Y yo de que Caroline lo ama, por mucho que se le llene la boca clamando que lo odia.

—Es lo que más deseo —musitó Elinor—. ¿Cómo actúan cuando están juntos? No he tenido el placer de poder contemplarlo por mí misma —se lamentó y la condesa Candford pudo apreciar su pesar.

—No sé muy bien cómo explicártelo...

—Inténtalo, por favor... Estoy enferma, sé que no me queda mucho tiempo...

—No digas eso, Elinor —se vio en la necesidad de interrumpirla tras sentir un pinchazo en el estómago.

—Lo he aceptado, créeme. Lo único que me preocupa es el

devenir de mi hijo. Sé que sufre por mí, pero también por amor.

—¡Ay, querida! ¿Qué vamos a hacer con nuestros retoños? —Respiró muy profundo—. Siempre procuran mantener las distancias, y la tensión que se crea a su alrededor es más que evidente. Él la mira cuando cree que nadie lo observa; ella evita cualquier tipo de acercamiento, ya sea físico o visual. Todos estamos pendientes de ellos, y eso tampoco ayuda —admitió.

—Entiendo.

—Tienes que saber que, pese a la animadversión que Caroline siente hacia Andrew...

—Dime algo, Geraldine, ese hastío... ¿es real o impostado?

—Es posible que se trate de una mezcla entre ambos. Mi pequeña quiere odiarlo y es muy probable que lo haya hecho o que aún lo haga, a su manera o por momentos; pero también hay afecto en su interior... Puedo verlo, Elinor; lo puedo sentir.

—Quiero verla.

—¿A mi hija? —preguntó muy sorprendida.

—Sí.

—No sé si...

—Por favor, Geraldine.

—Caroline es terca y está encerrada en sí misma... En este momento, si Reginald le ha revelado dónde estoy, debe estar hecha una furia. ¿Cómo le voy a decir que quieres verla?

—Igual que estás hablando conmigo... Se trata de una de mis últimas voluntades —añadió.

—Yo... —le tembló la voz—, veré qué puedo hacer.

—Tú has venido, ¿no? Ella también lo hará.

—Pareces muy segura.

—Una vez, fue como una hija para mí, y sé que ella también me tenía estima. Prométele que Andrew no tiene nada que ver con todo

esto y que no se cruzará con él.

—No puedes asegurarlo.

—No, pero es lo que tenemos que hacerle creer.

—Elinor y Geraldine vuelven a ser un tándem y pretenden mover los hilos del destino de sus hijos.

—Suena a la síntesis de una novela, a una con final feliz, espero.

—Y yo.

Aquellas dos mujeres pasarían aún una larga hora recordando y conversando sobre un pasado que fue más benévolo con la condesa de Berkeley. Antes de abandonar su recámara, Geraldine le prometió hacer todo lo que estuviera en sus manos para convencer a Caroline y volver a visitarla.

***

—¿Cómo ha ido? —la sorprendió Andrew en el *hall*.

Le dio la impresión de que quería marcharse cuanto antes y sin despedirse de él.

—Quiere ver a Caroline —supo que debía decírselo.

—Rotundamente, no.

—Dice que es una de sus últimas voluntades.

—Le quitaré esa absurda idea de la cabeza.

—Lo necesita, Andrew; y voy a hablar con mi hija.

La condesa Candford lo besó en la mejilla, lo rebasó y abandonó la mansión. Él se quedó paralizado. La sola idea de tener a Caroline entre esas cuatro paredes le aterraba. Era imprevisible. ¿Y si pensaba que era una treta orquestada por él? Lo menos que deseaba era continuar ganándose su antipatía, en cuyo ranking era el caballero más avezado.

Agachó la mirada y resopló. Estaba aterrado; aterrado y muy

confuso.

Capítulo 12

El vizconde de Berkeley anduvo de un extremo a otro del pasillo de manera errática y distraída. Quería entrar, deseaba ver a su madre y comprobar el efecto que el reencuentro con Geraldine le había provocado. En cambio, no podía hablar con ella sin reprocharle semejante despropósito.

Cuando la puerta de la recámara se abrió, se detuvo de súbito y se giró lentamente.

—Su madre se pregunta si se va a pasar lo que resta de día en el corredor, jovencito —le dijo Ethel haciéndose acompañar de cierto tono jocoso.

—Acabo de llegar.

—Lo hemos estado escuchando desde que... giró aquella esquina. —Señaló el final del pasillo.

—Estoy un tanto... ¿desconcertado?

Ni tan siquiera el propio Andrew era capaz de definir el estado en que se encontraba. Su interior era como una tela de araña en la que los sentimientos se entrelazaban o se superponían unos a otros.

—Estoy convencida de que toda esa turbación desaparecerá en cuanto hable con ella.

—¿Trata de convencerme?

—Puede ser... ¿Pasa?

Sus gestos respondieron por él. Andrew caminó hacia aquella puerta de madera labrada y, sin vacilar, la rebasó.

—Cariño, me gustaría poder salir a los jardines.

—Claro, madre. —Se acercó a la cama y la besó en la frente—. Ethel, dígale a Hubert que prepare la silla de ruedas, a los pies de la escalinata, como siempre.

El ama de llaves, diligente, los dejó a solas.

—Ethel me ha dicho que hace un día precioso.

—Es cierto, luce un sol espléndido —le dio la razón mientras la sostenía entre sus brazos.

Madre e hijo se mantuvieron en silencio. Elinor apoyaba la cabeza sobre su pecho y podía sentir cómo los latidos de su corazón no eran tan armoniosos. Enseguida entendió que Geraldine le había hablado de su deseo, de ahí que pasara varios minutos recorriendo el pasillo —nunca antes se había pensado tanto acceder a aquella recámara— y de ese descontrol interno.

Una vez en el exterior de la mansión, la sentó con la misma ternura de siempre sobre la silla de ruedas y miró al ama de llaves, quien entendió que debía dejarlos a solas.

—¿No crees que el cielo luce un azul especial esta mañana?

—Es posible.

—Yo sé el porqué.

—¿Y lo quiere compartir conmigo, madre?

—Por supuesto, cariño... —Elinor se detuvo un instante, tal vez en un intento por hallar las palabras correctas—. La visita de Geraldine me ha hecho mucho bien...

—Me alegra escucharlo.

—Sé que no deseabas que ningún miembro de la familia Candford

conociera el alcance de mi enfermedad, pero ha sido inevitable.

—Ya... —musitó.

—¿Te lo ha contado?

—Sí.

—No lo apruebas, ¿verdad?

—¿Usted qué cree, madre? No entiendo qué tiene que ver Caroline en todo esto.

—Es la mujer que amas.

—Eso no es...

—A mí no me puedes engañar, por mucho que te empeñes en llevar a cabo ese cometido.

—En el caso remoto de que estuviera en lo cierto, tampoco le veo sentido —su voz sonó a desesperanza.

—No me quiero marchar sin...

—Madre, se lo suplico. —Andrew se detuvo y se situó justo delante de ella. Se agachó y la miró directo a los ojos—. No se puede forzar un imposible.

—Geraldine cree con fe ciega que Caroline te ama.

—No es verdad.

—No lo sabes.

—Oh, ya lo creo... Tal vez hubo un tiempo en que sí tuvo esa clase de sentimientos hacia mí, pero se acabó.

—¿Por qué?

—El paso de los años, la diferencia de edad...

—¡Ja!

—¿Esto le divierte?

—He de reconocer que me está dando mucha vida, hijo... Te guste o no, voy a verla.

—Dudo que acepte.

—Lo hará, tratándose de mí.

—No la conoce.

—Geraldine me ha asegurado que su hija también sufre.

—No por mí, eso está claro —se apresuró Andrew.

—No puedes darlo por bueno... ¿Sabes? Desea marcharse a Escocia.

—¿Con Marion? —Elinor asintió—. ¿Cuándo?

—Cuanto antes —afirmó—. He sabido que ya ha enviado una misiva a Inverness.

—Vaya...

—¿Te supone algún problema, hijo?

—En absoluto.

Andrew desvió la mirada antes de volver a erguirse. Estaba claro que aquella información lo había contrariado, y ese fue el objetivo perseguido por Elinor. No deseaba boicotear a su hijo, tan solo quería removerlo por dentro, buscar una reacción en él, que luchara por la mujer de la que llevaba tantos años enamorado a pesar de haberse estado enredando en otras sábanas.

***

A su regreso a la mansión Candford, Geraldine no esperó encontrarse con Abbi y Elijah. Los duques de Warrington estaban acompañados por Reginald. Caroline, acompañada por Mildred y Sally, había salido a pasear por Hyde Park en un intento por alejarse de allí y por ahuyentar unos demonios del pasado que parecían estar más vivos que nunca.

—Yo mismo los he hecho venir. Bueno, en realidad, requería la presencia de Abbi por lo que pudiera suceder a tu regreso —le explicó su esposo.

—¿Y... dónde está Caroline?

—Paseando.

—¿En los jardines?

—En los que rodean al Serpentine, madre.

—Lo sabe —afirmó la condesa.

—¿De qué habría servido ocultárselo? —inquirió su esposo.

—De nada —admitió.

—¿Ha podido ver a Elinor? —quiso saber Elijah.

—Sí.

—A juzgar por su cara, no ha debido ser agradable —declaró Abbi.

—Oh, no, la conversación ha sido muy gratificante; en cambio...

—¿Es cierto, madre? ¿Se va a morir? —Necesitó apoyarse sobre el pecho de su esposo, quien la rodeó entre sus brazos.

—No está bien. Yo... me temo que está en la recta final de su vida.

—Andrew fue bastante claro con nosotros —declaró Elijah—. Entiendan que no podía decir nada.

—No tienes que excusarte —le dijo Reginald—. No se traiciona a un amigo.

—A un hermano —sollozó Abbi para sorpresa y agrado del duque.

Su esposa siempre había empleado esa palabra con un connotación negativa.

—Elinor me ha pedido ver a Caroline.

—¿Cómo?

—Lo que has escuchado, hija.

—¿Qué motivo le ha dado?

—Piensa, y es algo en lo que ambas coincidimos, que Andrew y Caroline están enamorados.

—Ya somos tres —manifestó el maestro esgrimista.

—Cuatro —declaró Elijah.

—Cinco —susurró Abbi—, por eso se quiere marchar. Me prometió

que no lo haría, pero no las tengo todas conmigo.

—Le envió una misiva a mi hermana...

—Será...

—Pero no llegará a su destino —intervino Reginald.

—Me alegra escucharlo, pero... como se entere os va a odiar el resto de su vida.

—No es necesario que seas tan sincera, hija; ¿crees que no sufro por mi modo de proceder?

—En este momento, Caroline no lo podría ver, pero tan solo ha hecho lo mejor para ella.

—Me consuela escuchártelo decir, querido. —Miró al duque con gratitud.

—¿Cómo lo ha visto a él?

—No está bien, Elijah. Sufre, sufre muchísimo.

—Lo sé... Quise contratar a uno de los mejores especialistas, pero Andrew no lo vio claro, y Elinor se negó en rotundo.

—No hay nada que se pueda hacer. Tan solo esperar un desenlace que puede llegar en cualquier momento —dijo Geraldine antes de añadir—: Tan solo Ebba consuela parte del dolor que padece.

—¿Ha dicho... Ebba?

—Sí, hija. Visita la mansión contigua a esta cada mañana, desde que Andrew os contó lo que sucedía. —Miró a su yerno—. Thaddeus no pudo callárselo. Sabía que los cuidados de su esposa podían paliar parte de su dolor.

—No...

—Abbi, hija, no podía decírtelo. Les dio su palabra. Tienes que entenderla —abogó por la enfermera.

—Yo... lo hago, madre. Entonces, ¿nos vamos a quedar de brazos cruzados?

—Ya te lo he dicho: no hay cura posible para ella.

—Tu madre dice la verdad, mi amor.

—Es muy triste —musitó—. Andrew no es la persona que mejor me cae del mundo, del mundo que conozco —su aclaración arrancó más de una tímida sonrisa—, pero no quiero que pase por esto él solo.

—Nos tiene a sus hermanos —señaló Elijah—, y también a Ethel, quien es como una segunda madre para él.

—Sin olvidaros de mí —declaró Geraldine—. Visitaré a Elinor a menudo y también procuraré pasar algo de tiempo con Andrew.

—Nunca dejó de tenerle cariño.

—Jamás, Abbi; no a pesar de... lo que quiera que pasara entre Caroline y él.

—A mí no me mire... En este asunto, sé lo mismo que Abbi, y entiendo que mi esposa está al tanto de lo mismo que usted, suegra.

—Eso creo.

—No me ofenda, madre.

—No es mi intención... —Apretó una sonrisa—. Le he prometido a Elinor que hablaré con Caroline.

—¿Y si se niega a ir? —preguntó Abbi.

—Elinor le guarda el mismo afecto de antaño. Ella me ha dicho... —necesitó aclararse la voz—, me ha dicho que es una de sus últimas voluntades.

—Oh, Dios mío, qué triste. —La mayor de las mellizas Candford necesitó sentarse.

Elijah se acomodó a su lado y tomó su mano.

—¿Cómo tienes pensado abordar el tema? Porque se ha marchado muy enojada —Reginald, como siempre, le habló con total franqueza.

—Pienso que lo mejor es ser directa. Le diré que la vida de Elinor

expira y que no se quiere marchar sin volverla a ver, pues esa es toda la verdad. —No pudo evitar romper a llorar.

Su esposo la cobijó entre sus brazos.

—Iré.

—¿Hermanita?

—¿Hija?

—Iré —volvió a repetir Caroline.

Capítulo 13

Caroline apenas había disfrutado de su salida. Se marchó en un arrebato, arrastrando con ella a las dos doncellas. Al pasar junto a la entrada que daba acceso a la propiedad de los Montgomery, estuvo tentada a trepar y sacar a rastras —de ser necesario— a su madre. No se detuvo. Continuó adelante, seguida por jovencitas que no entendían nada de cuanto estaba sucediendo.

Cuando Melvin apostó por Milfred, en detrimento de Sally, estuvieron algo más distantes. La segunda necesitó un tiempo para entender y aceptar. Un mes y unos días más tarde, y gracias a aquel que le había roto el corazón, conoció a Cyril, el mozo de cuadras de la mansión contigua, y una nueva ilusión volvió a brotar en su interior. Cualquier rencilla personal quedó en el pasado.

La menor de las mellizas Candford paseó a orillas del Serpentine. Lo hizo con recogimiento. Pensaba en su madre. No la culpaba por querer ver a una vieja amiga, a una mujer que había sido importante en su vida. El problema estaba en ella misma, en nadie más. La batalla que llevaba más de un año librando, en silencio, en la más estricta soledad, amenazaba con devorarla. De ahí su necesidad de huir. Abbi tenía razón: lo suyo era una huida en toda regla. No

deseaba abandonar a su familia, sufría al imaginarse tan alejada de Jane, sabía que extrañaría a Ebba... y le daba pavor comenzar de cero con dieciocho años, edad en la que se esperaba que tuviera un proyecto de vida. Se marcharía con una maleta repleta de vestidos caros y con el corazón hecho pedazos. La suya sería la historia de una derrota. Aun así, su decisión era firme. Hizo un juramento que no pensaba quebrantar.

A su regreso a casa, Melvin le hizo saber que su hermana y el duque estaban reunidos con la condesa y su esposo. Entró a hurtadillas en la vivienda y pudo escuchar el final de aquella conversación. Reaccionó al sentir a su madre y a su hermana tan derrotadas. En un impulso, dejó de esconderse tras aquella pesada puerta y se presentó ante ellos.

—¿Cuándo has llegado?

—Eso no importa, madre —le respondió con mesura.

—¿No estás molesta conmigo?

—No —se limitó a responderle.

—¿Has dicho que quieres ir a ver a Elinor?

—Sí, Abbi.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión, hermanita? —continuaba tratándola, a veces, como a una cría pequeña.

—Vuestra tristeza y... saber que una gran mujer está en la recta final de su vida.

—¿No tiene nada que ver con Andrew?

—Bien sabes que no.

—No te encontrarás con él, hija mía; Elinor me ha dado su palabra... En cuanto a Andrew...

—No me interesa, madre —necesitó transmitir seguridad—. Mañana me personaré en la mansión de los Montgomery.

Caroline les dio la espalda y abandonó el salón.

—Esto es bueno, ¿verdad? —Abbi necesitaba que alguien le ofreciera certezas.

—Lo es, mi amor —le sonrió Elijah.

—No le diremos nada a nadie, y eso incluye a Andrew —convino Geraldine y lo hizo mirando al duque.

—¿Con qué propósito, madre?

—Con la esperanza de que se encuentren y se den la oportunidad de hablar de ese pasado que tanto mal le hizo a nuestra Caroline.

—Lo odia —recordó Abbi.

—Y lo ama a partes iguales —afirmó la condesa.

—Estoy de acuerdo —convino Elijah.

—Es la realidad —sentenció Reginald.

***

A la mañana siguiente

Caroline se hallaba a los pies de la escalinata que daba acceso a la mansión de los Montgomery. No quiso que nadie la acompañara. Tampoco volvió a hablar del asunto. Pasó el resto del día entre su recámara y el invernadero. Abbi supo que debía dejarla tranquila después de que Elijah se lo repitiera incansablemente. Acabó cediendo y marchándose a casa. Geraldine, por su parte, no hizo ni tan siquiera la tentativa de sacar el tema cuando se sentó junto a ella y a Reginald en la hora del almuerzo o en la cena. El maestro esgrimista también le dio un respiro. Todos ellos sabían que no estaba atravesando un buen momento, que miles de emociones se agolpaban en su alma, y el esfuerzo que le supondría enfrentarse a un momento como aquel que estaba a punto de vivir. El hundimiento anímico le sobrevendría al término de esa visita, o con el paso de las

horas, bien lo sabía su madre.

Clarence, el mayordomo, la recibió entre palabras de agradecimientos. La noticia de la petición que había hecho Elinor había corrido por esos pasillos y había sido acogida con asombro y nostalgia. El personal de mayor edad recordaba a las mellizas correteando por los jardines, dándole vida a un hogar que quedó algo huérfano sin ellas.

—Sígame.

Caroline caminó tras él con constricción. Quería estar allí. Había sido una decisión consciente y madura. Pese a ello, jamás deseó la llegada de ese día. Cuando deambulaba por la senda que llevaba hasta la vivienda, no pudo evitar verse asaltada por miles de emociones que se había estado obligando a mantener silenciadas. Ya estaba removida por dentro antes incluso de poner un pie en el interior y dirigirse a la planta noble.

El mayordomo llamó a la puerta de la recámara y el ama de llaves no tardó en salir.

—Señorita Candford... —Se le llenó la mirada de lágrimas.

—Hola, Ethel. Yo... he venido a ver a Elinor —intentó que su voz sonara segura. En cambio, no se lo pareció.

—Pase, por favor. —Se tomó esa licencia sin consultarlo con la condesa.

Caroline accedió con la cabeza gacha. Sabía que la imagen que se iba a encontrar quedaría grabada para siempre en su corazón. Tampoco sabía el porqué de ese llamamiento, de tanta insistencia en querer verla a ella, que no era nadie. Por más vueltas que le había dado, no había llegado a una conclusión que le resultase satisfactoria. Al elevar la mirada, se topó con esos ojos turquesa en los que jamás se quiso volver a ver reflejada. Por un momento, pensó que podía escuchar la cadencia del corazón de Andrew

enfervorizada, ¿o era la suya?

—Yo... no... no te esperaba tan pronto, Caroline. —Ella sentía un pellizco en el estómago cada vez que lo escuchaba pronunciar su nombre—. Ya... ya me voy. Os... os dejo a solas —continuaba balbuceando.

Besó a su madre en la mejilla y, antes de dejarlas a solas, se detuvo justo al lado de la melliza Candford. De repente, era como si su cuerpo se hubiese tornado pesado y le costara avanzar.

—No he tenido nada que ver en todo esto.

—No lo he pensado.

—Lamento haberte incomodado, una vez más.

—No lo has hecho.

Mientras él trataba de excusarse por todo, la urgencia de ella era transmitirle indiferencia.

—Tenemos que salir, jovencito —le dijo Ethel al tiempo que le daba un sutil empujón en la espalda, suficiente para hacerlo chocar con el cuerpo de Caroline.

—Yo... lo siento.

Movido por un instinto de protección ineludible, la sostuvo por ambos brazos.

—¿Qué... qué haces? —Sus ojos violetas lo miraron con estupor.

—Caroline... yo... ¡Joder!

—Esa boca, cariño —le llamó la atención su madre, quien podía ver con claridad cómo los gestos —pese a esforzarse por ocultar afecto alguno— se alzaban por encima y en contra de las palabras.

Andrew no tenía nada más que añadir. Salió de la recámara y se detuvo a mitad del pasillo.

—Lo has hecho a propósito.

—No te lo voy a negar —fue sincera Ethel—. ¿Bajas?

—No.

—¿En qué estás pensando?

—En algo que no debería hacer.

—Pero...

—Lo necesito. —Apretó una sonrisa.

***

Caroline estaba aún más confusa que cuando llegó. Andrew se empeñaba en complicarle la vida. Alzó la mirada y la detuvo sobre el rostro demacrado de la condesa. En la faz de su hijo también se apreciaba el desgaste emocional y moral que ambos compartían.

—Hola, Elinor.

—Hola, mi dulce Caroline —se esforzó por sonreírle—. No te quedes ahí parada, acércate, siéntate a mi lado.

—¿Estará bien?

—¿Contigo a mi lado? ¿Tú qué crees, jovencita?

En ese momento, la melliza tomó consciencia de que sus piernas temblaban. Le costó alcanzar el lecho, a pesar de la poca distancia que la separaba de él, y se acomodó con torpeza.

—Lamento...

—Oh, no, querida, no te he hecho venir para que te sientas mal o te compadezcas de mí.

—No quería decir eso. —Agachó la mirada.

—Shhhhh... Tranquila —trató de encontrar su mano.

Fue Caroline quien la estrechó.

—No quería venir.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de parecer?

—Usted. Y mi madre.

—¿Te ha obligado?

—No, claro que no... Ni tan siquiera me lo ha tenido que pedir. La

escuché hablar con Abbi, Elijah y Reginald, y supe que tenía que hacerlo.

—Me negaba a creer que ya no eras la Caroline que conocí y quise tanto.

—¿Le han dicho que soy un demonio?

—Oh, no, claro que no... ¿Quién podría llamarte así?

—Su hijo.

—¿Andrew? —se mostró muy sorprendida.

—No tiene otro —se atrevió a sonreír.

—Es cierto, qué tonta.

—No diga eso, Elinor. Siempre la he admirado.

—Y yo a ti, jovencita de grandes valores y corazón enorme.

—No soy tan buena como cree, pero no he venido para que hablemos de mí. Dígame, ¿cómo se encuentra?

—¿Quieres escuchar la verdad? —Caroline asintió—. Mal, cada día es una lucha contra el reloj. Necesito que esto acabe.

—¿Desea morir? —La miró con desconsuelo.

—Deseo descansar, y eso solo me lo dará la muerte. No hay remedio para este mal. Créeme cuando te digo que, de existir, me aferraría a él con uñas y dientes, no me daría por vencida..., no.

—No es justo —susurró.

—Tampoco lo es que tú estés sufriendo por negarte a sentir.

—¿Cómo ha dicho? —Su corazón comenzó a latir muy deprisa.

—Él te ama.

—¿Él?, ¿quién?

—Sabes que te hablo de Andrew.

—Discúlpeme, Elinor, pero no he venido hasta aquí para hablar de su hijo.

—Te equivocas, Caroline; ese es el motivo que te ha traído a esta casa.

—Nooooo. —Comenzó a sentirse incómoda.

—Tal vez no me haya expresado bien. —La miró con un cariño que pudo sentir—. Lo que quiero decirte es que te he hecho venir por él.

—No la entiendo. Andrew y yo...

—¿Qué?, ¿Andrew y tú, qué?

—No tenemos nada que ver. Fuimos amigos, pero eso se acabó hace años.

—¿Por qué?

—El paso de los años, la diferencia de edad...

—Vaya, tienes el mismo discurso que mi hijo —se sintió decepcionada—. ¿Qué te hizo para que le guardes tanto rencor?

—Yo no...

—Vamos, Caroline, dime qué he de hacer para que os reconciliéis.

—Eso no es posible, Elinor. Me marcharé en unos días —dijo con seguridad.

—¿Huyes de él?

—No.

—¿De tus sentimientos hacia él?

—Nooooo —volvió a negar con más vehemencia.

—Sé que lo amas.

—No es verdad.

—Y él te ama a ti, pero eso es algo que ya sabes. —Pasó por alto sus palabras.

—Yo no sé nada.

—Caroline —apretó su mano tan fuerte como le fue posible—, no quiero que mi hijo se quede solo cuando yo ya no esté.

—Estoy segura de que no le faltarán candidatas con las que desposarse.

—Su corazón te pertenece.

—Elinor, no se empeñe en un imposible, por favor, no le hará bien.

—¿Tan grave fue?

—No puedo perdonarlo, no puedo —repitió.

—¿Aunque lo ames?

—Aunque... No puedo —reculó—, pero eso es algo que no debe atormentarla. Andrew es un joven apuesto y adinerado, que la adora y...

Caroline empezó a caer en la cuenta de lo frívola que podía haber resultado a veces tanto en su comportamiento como en la elección de sus palabras. Él sufría, era más que evidente. Siempre había estado al amparo de su madre, a quien adoraba.

—Dale una oportunidad.

—No me la ha pedido —dijo sin detenerse a pensar.

—¿Te gustaría que lo hiciera?

—Le he expresado mi deseo de marcharme a Inverness. Mi misiva ya debe estar en manos de la tía Marion y, si todo sale como espero, en unos días estaré lejos de aquí.

—¿Por no afrontar tus sentimientos?

—Yo no...

—Escúchame, Caroline... El mío fue un matrimonio concertado y, aun así, traté de ser una buena esposa. Ferdinand nunca me ha amado, ni tan siquiera parece importarle nuestro hijo. En lugar de estar apoyándolo, se ha alejado de él. A mí no me afecta, siempre lo he considerado un cobarde, pero que no tenga misericordia de su propio hijo es muy triste.

—Lo es —musitó.

—Andrew sufre por mí, por ese padre inhumano y por ti.

—Está confundida, Elinor. Andrew no tiene esa clase de sentimientos hacia mí, sus palabras tan solo reflejan su deseo.

—¿Tratas de engañarte a ti misma? Porque conmigo no vas a poder. Te ama y lo amas, y esa es una verdad irrefutable, queráis

admitirlo o no, pasara lo que pasase en ese pasado del que ninguno os atrevéis a hablar. ¿Tan grave fue? —preguntó una vez más.

—Me rompió el corazón.

—¿Y no hay nada que pueda hacer para recomponerlo?

—Me temo que no.

—¿Te gustaría?

—Sí... No... No, claro que no. —Sacudió la cabeza—. No me líe.

Elinor sonrió. Sintió que no todo estaba perdido para ellos dos.

—¿Te puedo pedir algo?

—Sí —respondió sin demasiado convencimiento; ¿cómo le iba a negar algo a una mujer cuya vida expiraba?

—Pospón tu marcha a Escocia hasta mi muerte y trata de ser un apoyo para mi hijo durante este tiempo... No será demasiado. Cada día que pasa, me siento más debilitada; pero necesitaba hablar contigo para pedirte que cuides de mi Andrew.

Elinor rompió a llorar y Caroline, envuelta en lágrimas también, la estrechó con sumo cuidado entre sus brazos.

—Yo... —gimoteaba.

—Prométemelo, por favor.

—Me pide...

—Te lo suplico en nombre del amor que un día le tuviste y del afecto que sentiste hacia mí.

—Elinor, yo... se lo prometo —terminó diciendo en un susurro.

***

Al otro lado de la puerta lateral de aquella recámara, Andrew, que había escuchado toda la conversación, también lloraba.

Capítulo 14

Dos días después

El cuerpo de Elinor yacía sobre un ataúd de madera forrado de terciopelo rojo adornado con decenas de flores blancas, como lilas, rosas o acónitos, en el gran salón de la mansión Montgomery. A su alrededor, se disponían dos hileras de cirios encendidos.

***

Tras la visita de Caroline y una vez que la supo fuera de la propiedad, Andrew se volvió a dejar ver por la recámara de su madre.

—¿Cómo está?

—Más tranquila que nunca, hijo mío. Ahora, sí me puedo marchar en paz.

—Por favor...

—Lo siento, es lo que mi alma grita y necesita... Estarás bien.

—No sin usted, madre. —Tomó su mano.

—Caroline te ama.

—No es cierto.

—No seas testarudo, cariño... Dime, ¿la amas?

Andrew respiró muy profundo y se tomó un tiempo antes de responder.

—Sí. —Pensó que debía serle sincero.

Elinor se había tomado demasiadas molestias por él. Tras escucharlas hablar, sus sospechas se habían confirmado: su madre deseaba más que nada en el mundo que el destino de Caroline y el suyo se cruzaran de nuevo y que lo hiciera para que ambos miraran en la misma dirección.

—Al fin lo dices.

—Ya no tiene más sentido negárselo y negármelo, madre. Siempre ha sido ella, a pesar de...

—Continúa.

—Iba a decir a pesar de mis escarceos —admitió.

—No me lo vas a contar, ¿verdad?

—Jamás haría algo que pudiera perturbar su paz. —Apretó una sonrisa—. Trate de descansar. Los dos últimos días está viviendo demasiadas emociones.

—Me eran muy necesarias.

—Lo sé... Descanse —repitió.

Andrew la besó en la frente, dejó atrás la mansión y se internó en el camino que llevaba hasta la salida de la propiedad.

***

Caroline, con el pecho palpitante y los ojos enrojecidos, se encerró en su recámara, se arrojó sobre la cama y se hizo un ovillo.

—Hija... —Geraldine dio unos toques sobre la puerta.

—Ahora no, madre.

—Pero... —Reginald posó una mano sobre su hombro—. Al menos,

dime cómo te sientes.

—Mal, madre..., mal —rompió a llorar.

—Tengo que entrar.

—No, mi amor, Caroline necesita tiempo y espacio para procesarlo, y nosotros se lo vamos a dar. Vendrá a ti en el momento adecuado. Vamos. —La miró con ternura al tiempo que le ofrecía un brazo, que ella, vacilante, tomó.

La melliza se sentía vacía por dentro. Ver a Elinor, escucharla, ser consciente del modo tan heroico en que trataba de disimular el dolor, y saber que no podría cumplir la promesa que le había hecho, la estaban matando. Deseó hacer la maleta y salir corriendo de allí, no volver la vista atrás, desaparecer para siempre.

Había estado a nada de reconocer en voz alta que amaba a Andrew. ¿Acaso era cierto? ¿Huía de unos sentimientos que se había estado negando durante años? No, era inaceptable.

Unos aldabonazos sobre la puerta de su alcoba la llevaron a estremecerse.

—Madre, le he dicho que...

—Soy Milfred, señorita. —Se quedó en silencio—. Vengo a decirle que tiene visita.

—¿Visita?, ¿yo?

—La esperan en el salón principal.

—¿Quién? ¿Milfred? ¡Milfred!

La doncella había desaparecido tan pronto como le entregó el recado.

Caroline no tenía ánimo para recibir a nadie. Su rostro era la viva imagen de la desolación. Pese a ello, hizo el esfuerzo de ponerse en pie, se atusó el cabello con ambas manos y se dirigió al lugar indicado.

Al rebasar la puerta de aquella pieza, su corazón comenzó a latir

muy deprisa.

—¿An... drew? —Necesitó un instante para procesarlo.

—Hola, Caroline.

—¿Puedo saber qué haces aquí?

—He venido a verte.

—¿A mí?

—A ti.

—¿Por qué?

—Quería agradecerte en persona lo que has hecho por mi madre.

—Siempre la quise —musitó—. No sé cómo lo aguantas.

—Mal, muy mal... Es desolador ver cómo se le escapa la vida sin poder hacer nada.

Caroline no pudo evitar romper a llorar. Por el rostro del vizconde también resbalaban lágrimas de dolor.

—Lo siento tanto —dijo entre sollozos.

—Caroline, yo... —Andrew se fue acercando a ella—. Quiero decirte que no tienes que cumplir la promesa que le has hecho.

—¿Cómo lo sabes?

—Estaba deseosa de contármelo, no se lo tengas en cuenta —mintió—. Le diré que las rencillas del pasado han quedado atrás y que ya no nos tratamos con hostilidad, que ha habido un acercamiento, y así estará tranquila.

—¿La vas a engañar?

—Si con ello la veo en paz, sí. No quiero que continúe sufriendo, no por mí, o por lo que ella piensa que me daña... En este momento, solo me importa su salud.

—Te entiendo.

—Gracias por venir a casa. —Le dedicó una triste sonrisa—. Nunca lo olvidaré.

Andrew acortó la poca distancia que los separaba, la besó en la

mejilla y se marchó.

Caroline llevó su mano hasta su rostro y lo acarició. El vecino acababa de besarla... y lo había permitido. Sus ojos violetas lloraban una vez más, por Elinor, por ella misma... y por él.

***

Andrew, ataviado con levita negra, ocupaba el lugar central, frente al féretro. Ethel aún se ocupaba de los últimos preparativos junto a Clarence y el resto del personal de servicio.

La mente del vizconde viajó justo al instante en que supo que su madre se había marchado.

***

El día anterior, había estado más inquieta de lo habitual. Ebba le había aplicado los ungüentos y dado un masaje que no la reconfortó como en jornadas anteriores. Andrew la estuvo paseando por los jardines. Estuvieron conversando animadamente hasta que Elinor comenzó a sentir frío. En la noche, no acababa de adoptar una postura que le resultase cómoda y su mirada lucía más debilitada.

—Me quedaré velando su sueño, madre.

—No, hijo... Márchate a descansar.

—Me quedo —sonó tajante.

—Dime algo, cariño mío, ¿has visto a Caroline?

—Oh, sí... La vi ayer en la tarde, en mi salida a la mansión Cromwell, ¿lo recuerda?

—Apenas estuviste una hora fuera de casa.

—Tiempo más que suficiente —convino—. Estuvimos junto a Jane,

nuestra ahijada, y por primera vez en años sentí que volvíamos a ser la Caroline y el Andrew de antes. Fue bonito... y especial. Oh, no, madre, no llore.

—Es la emoción —sollozó—. Yo... estoy muy cansada, pero feliz.

—Duerma, yo estaré a su lado; siempre estaré con usted. —Limpió sus lágrimas, la besó en la frente, estrechó su mano y permaneció en aquella silla.

Fue bien entrada la madrugada cuando el vizconde despertó y no sintió el contacto de la piel de su madre. Al buscarlo, la notó fría. Su pecho comenzó a latir muy deprisa. Trató de mantener la calma y le tomó el pulso. No había.

—Madre, madre..., despierte... ¿Me oye? ¡Madre! ¡Madreeeeeee! —gritó con desgarro mientras se abrazaba por última vez a su cuerpo, ya inerte.

***

—Andrew, querido...

—Geraldine —dijo en un susurro.

La condesa Candford lo estrechó con fuerza.

—No esperábamos que ocurriese tan pronto.

—Ya descansa, mi ángel descansa... —se le quebró la voz.

Reginald también le presentó sus respetos.

—Lo siento.

—Gracias, Caroline.

La joven lo miró directo a los ojos y, sin previo aviso, lo rodeó con sus brazos. En ese momento, siéndole inevitable, rompió a llorar.

—Shhhhh... Tranquilo, no estás solo... No estás solo —le repitió.

Ella no quería. Se habría pasado el resto del día abrazándolo, pero tuvo que retirarse. Sus hermanos aguardaban para demostrarle que

esa afirmación era cierta.

—Lo lamento tanto —le dijo Abbi entre sollozos—. Era una gran mujer.

—La mejor de todas. —Apretó los labios.

El salón comenzó a llenarse. Cada persona que entraba se presentaba ante él y le mostraba sus condolencias. A continuación, se detenían frente al féretro y se santiguaban. Comenzaba a ser agotador para un Andrew cuya vida había saltado por los aires. No por ser un momento esperado resultaba menos doloroso y aterrador.

—¿Dónde está?, ¿dónde tenéis a mi Elinor?

Ferdinand accedió al salón haciendo aspavientos. En el rostro de Clarence se podía percibir un sentimiento de culpabilidad por no haber podido detenerlo que no le correspondía.

—¿Qué haces aquí?

—Me dice el hijo pródigo. —Lo miró con desprecio—. He venido a despedirme de mi esposa.

—¿De tu esposa? ¿Ahora caes en la cuenta de que tenías una?

—Apártate.

—No te vas a acercar a ella... Apestas a alcohol. ¡Fuera! ¡He dicho que salgas!

Andrew comenzaba a perder los papeles. Caroline lo observaba con tristeza. Los latidos de su corazón también se habían descompasado.

—¿Quién te has creído que eres?

Ferdinand trató de hacerlo a un lado y él no pudo soportarlo más. Lleno de dolor, de rabia y de vergüenza, le asestó un puñetazo en la cara.

—Andrew, para —lo detuvo Elijah.

—Que se vaya, que salga, no lo quiero cerca de ella —decía fuera de sí.

Cameron y Hugh se encargaron de sacar al conde de Berkeley de aquel salón. Su hijo, sabiéndose el objeto de todas las miradas y cuchicheos, necesitó salir.

Su grito descarnado se pudo escuchar en buena parte de la propiedad y Caroline tomó consciencia de que estaba llorando.

***

Una lluvia fina caía sobre los cristales emplomados de la capilla, como si el cielo también guardara luto. En el interior, el perfume de las lilas blancas se mezclaba con la cera derretida de los cirios, proyectando sombras titubeantes sobre las piedras de la pared.

Lady Elinor Montgomey, condesa de Berkeley, yacía sobre aquel féretro. En su pecho, unas manos delicadamente cruzadas sostenían un pequeño misal encuadernado en cuero gastado: el mismo que había leído noche tras noche antes de que su salud comenzara a empeorar.

Andrew permanecía de pie junto al ataúd. Sus ojos estaban enrojecidos, no tanto por el llanto —que apenas había permitido brotar durante esa larga jornada—, sino por la lucha de mantener algo de hálito en su alma.

El reverendo entonó un réquiem mientras los primeros acordes del órgano llenaban la capilla. Las damas —entre las que se encontraban las Candford, Ebba y Christine— murmuraban oraciones desde los bancos laterales, ocultas tras sus velos.

Andrew bajó la vista cuando los palafreneros comenzaron a cerrar el féretro. Hubo un sonido sordo: el golpe seco de la tapa contra la madera. No volvería a contemplar el rostro de su madre y no veía modo alguno de poder aceptarlo. Cuando percibió el contacto de una piel suave sobre su mano, se sobresaltó. Al mirar hacia su

derecha, se encontró con la faz de Caroline. No había odio en su mirada. El vizconde entrelazó sus dedos con los suyos y sintió que no todo estaba perdido para él.

Minutos más tarde, el cortejo fúnebre avanzó lentamente hacia el panteón familiar, más allá de los jardines por los que tanto habían paseado. Las ruedas del carruaje chirriaban en la grava mojada.

Frente al sepulcro de piedra tallada, Andrew se adelantó y depositó sobre el ataúd una sola rosa blanca. No dijo nada. Tan solo cerró los ojos.

—Lo era todo para mí, madre. Hoy, buena parte de lo que soy se va con usted —susurró.

Como marcaba la tradición, retrocedió tres pasos —sin darle la espalda al féretro— y permaneció frente a él, tomado de la mano de Caroline, en riguroso silencio, hasta que cayó la última paletada de tierra.

Bajo el peso lacerante de su duelo, Andrew sabía que debía continuar, no por deber ni por título, sino por honor a la gran mujer que acababa de dejarlo huérfano.

Capítulo 15

Mediados de junio

Andrew bajó al salón después de pasar dos largas horas en su despacho firmando documentos.

—¿Todavía estás aquí?

—Y no pienso marcharme hasta que...

—¿Hasta cuándo, Cameron?, ¿no tienes asuntos que atender?

—Ninguno más importante que acompañar a un hermano en su duelo —convino el marqués de Huntly.

Un día después del fallecimiento de Elinor, el escocés se presentó en la mansión Montgomery con un sinfín de maletas y baúles. La sorpresa del vizconde fue mayúscula. Le reiteró su agradecimiento ante tan noble gesto, también lo innecesario de este; pero no cedió.

—¿Has desayunado? —Entendió que volver a tener la misma conversación era de lo más absurdo.

—Te esperaba. —Lo miró directo a los ojos—. ¿Ha habido noticias de tu padre?

—Nada, de momento.

—¿Y de Caroline?

—No la veo desde el día del funeral, ya lo sabes.

—¿Se ha marchado a Escocia?

—Lo desconozco.

—No lo entiendo, hermano... Ese día se mostró tan cercana a ti.

—Lo hizo por mi madre, Cameron.

—Discrepo.

—Os he reconocido, a los cuatro, que la amo. —Andrew torció una sonrisa—. Y nos ha quedado más que claro que su acercamiento tan solo fue un espejismo.

—Abbi asegura que Caroline te ama.

—Déjalo estar, hermano..., y desayunemos antes de que seamos cinco —añadió.

—Nos veremos en la tarde —le recordó.

—Te aseguro que vendrán.

—Conociéndolos...

—Dice el que se ha colado en mi casa y no se quiere marchar.

—¿Tan ingrata te es mi presencia?

—Ya sabes que no.

Cada día, desde que la condesa fuera enterrada, Elijah, Thaddeus y Hugh lo habían ido a visitar. Cameron se había convertido en un inquilino más. Pasaban largas horas conversando acerca de negocios, política, filosofía o de sus mujeres —momento en que siempre salía a relucir el nombre de la menor de las mellizas Candford—, practicando esgrima, jugando al ajedrez o montado a caballo. En Andrew todo era gratitud. Un día se prometieron estar siempre los unos para los otros y esa promesa, su promesa, era inquebrantable.

Geraldine también se había acercado con asiduidad a la mansión contigua. Con ella sí rechazaba hablar de Caroline, y la condesa no pudo sino respetar su decisión. Jamás sacó a relucir el nombre de su hija.

***

Reginald se acercó al invernadero. Sabía que la encontraría allí. En las últimas dos semanas se había mostrado algo distante y callada. Apenas sonreía y tan solo abandonaba la mansión para ir a ver a la pequeña Jane.

—¿Cómo estás hoy?

—Espléndida. —Forzó una enorme sonrisa.

—Ya...

—¿No me crees?

—Me cuesta hacerlo.

—Debería llevar alrededor de dos semanas en Inverness, Reginald. He enviado tres misivas, ¡tres! —enfatizó—, y no obtengo respuesta de la tía Marion. ¿Crees que, si le pido a mi madre que me deje partir en un carruaje, en compañía de Sally o de Milfred, me lo permitirá?

—Rotundamente, no.

—Tan oportuna como siempre, madre.

Cada carta que Caroline hacía llegar a la oficina de correos iba de vuelta a la mansión, donde era destruida.

—Como sabes, querida —pasó por alto su comentario—, tu hermana ha organizado una fiesta del té en la tarde.

—No lo he olvidado.

—Me alegra escucharlo... Por cierto, acaban de traerte dos vestidos nuevos.

—No necesito más vestidos. —La observó con el ceño fruncido.

—Nunca son suficientes —sonrió—. Querido, ¿me acompañas?

—Madre, un momento.

—¿Sí, hija? —Se giró.

—¿Cómo se encuentra?

—¿Quién?

—Sabe muy bien por quién le pregunto.

—No lo sé... ¿Y tú? —Reginald se encogió de hombros.

—Hablo de Andrew —le dijo con enojo.

—Quería que te atrevieras a pronunciar su nombre.

—Aaaaaargh, es odiosa... Tú también. —Tuvo recado para el maestro esgrimista—. ¿Cómo está?

—Triste, delgado, a ratos ausente... Sus hermanos no lo dejan a solas, sobre todo...

Geraldine también se había acostumbrado a llamarlos así.

—Cameron... —la ayudó—. Me dijo que se había instalado por él.

—Dime algo, cariño, ¿por eso no has ido a verlo?

—Noooooo.

—Sé que estás preocupada por él, Caroline, no sigas fingiendo ante nosotros. De no haber estado acompañado por el marqués, ¿lo habrías hecho?

—Tal vez... Sí... No... Es muy posible. —Necesitó ser sincera con ellos y consigo misma.

***

Abbi se encontraba en la recámara junto a su esposo. Acababan de tomar el almuerzo y descansaban antes de que comenzaran a llegar los invitados. Era una fiesta en *petit comité*, aunque la duquesa se había empeñado en invitar a las hermanas de Thaddeus, a Ellen y al pequeño de los Archer. Esto último había sido una petición expresa de Kate.

—¿Vendrá?

—Me ha asegurado que sí, ¿y Caroline?

—Mi madre me ha confirmado su asistencia esta misma mañana,

espero que no cambie de parecer.

—¿Por qué ha vuelto a tomar distancias tras aquel acercamiento? —quiso saber Elijah.

—Supongo que se niega a aceptarlo.

—¿Por lo que quiera que sucediera entre ellos? —Abbi asintió—. ¿Qué demonios pudo ser?

—Me temo que esos dos se llevarán el secreto a la tumba.

—Pues están muy vivos, deberían dejar de perder el tiempo.

—Estoy de acuerdo contigo, mi amor; y, hablando de aprovechar el tiempo, se me está ocurriendo...

Abbi se dejó caer sobre la cama y Elijah no tardó en vencerse sobre ella. La besó en el cuello provocando que se le erizase el vello. Era el efecto que siempre lograba cuando posaba su cuello, o su lengua, sobre esa zona de su cuerpo.

—¿Mi esposa desea que le haga el amor?

—Fervientemente. —Se mordió el labio inferior.

—Y me incita... —resopló antes de besarla con delirio.

***

Hugh, acompañado por Christine, quien ya lucía una incipiente tripa, y de Robert, fueron de los últimos en llegar a la mansión Cromwell. En cuanto el joven Archer vio a Kate —el corazón de ambos se desbordó—, se dirigió a su encuentro. Su hermano y Thaddeus lo observaban muy de cerca.

—Mi adorada Kate —le dijo al tiempo que tomaba su mano y la besaba.

—Ayyyyy..., estaba desando verte.

—Y yo a ti.

Tanta correspondencia los había llevado a tutearse.

—¿Paseamos por los jardines?

—Claro, pero Amy y Ellen nos tienen que acompañar.

—Lo sé... Señoritas —se dirigió a las jóvenes Campbell y Parsons —, caminen a nuestro lado; pero, en cuanto los perdamos de vista, déjennos cierto espacio, ¿sí?

Ambas asintieron entre risillas nerviosas.

***

—¿Se lo vas a permitir?

—Se lo debemos, Thaddeus —le recordó Hugh.

—Aaaaargh, odio cuando tienes razón —se resignó.

***

Geraldine se había armado de paciencia con una Caroline que había postergado el momento de subirse al carruaje todo cuanto había podido. No le apetecía asistir a esa reunión por mucho que la anfitriona fuera su hermana. ¿Podía saberse el motivo? No se celebraba nada en especial, y no había pasado ni un mes desde que Elinor falleciera. ¿A qué venía esa fiesta del té? La menor de las mellizas Candford comenzaba a aborrecerlas.

Suspiró muy profundo cuando Clifford abrió la puerta ante la escalinata de acceso a la mansión Cromwell. Al menos, le alegró saber que había vuelto a erigirse aquella pérgola y que la reunión sería en los jardines.

No supo que también asistirían hombres hasta que vio a Reginald subido en el coche de caballos, al lado de su esposa, sonriéndole. Optó por guardar silencio. No quería molestar aún más a su madre.

***

—Ya está aquí —musitó Abbi—. Ya sabéis cuál es nuestra misión.

—¿Y si él no viene?

—No seas agorera, Ebba.

—La muerte de Elinor está demasiado reciente y...

—Vendrá —afirmó Elijah.

—Pareces muy seguro —le dijo Christine.

—Si el duque dice que viene, viene —sonrió Hugh.

—Cierto —convino Thaddeus.

—Tengo mis reservas —intervino Cameron—. ¿Por qué no ha venido conmigo? Literalmente, me ha echado de la casa.

—Tenías que haberte quedado con él y obligado a subirse al carruaje.

—No te pongas nerviosa, mi amor... Ya os he dicho que vendrá. —Elijah rodeó su cintura y la besó a la altura de la sien.

—¿Amélie está en su sitio? —inquirió Abbi.

—Sí.

—¿Y tu madre?

—También.

—En ese caso, que los jovenzuelos despejen la zona derecha de los jardines; y... ¡acción!

No pudieron evitar sonreír ante la ocurrencia de la duquesa de Warrington.

***

Caroline fue recibida entre arrumacos por Abbi, Ebba y Christine. Lady Marguerite se ocupó de reclamar la atención de Geraldine —ambas eran cómplices del plan maestro orquestado por la mayor de

las hermanas Candford en connivencia con Elijah— y Reginald se acercó al corrillo formado por los varones.

—Supongo que querrás ver a Jane —le sonrió su hermana.

—Sí —le devolvió el gesto—. No me malinterpretéis, vuestra compañía me es muy grata, pero me gustaría ir con la pequeña.

—Estás más que excusada —le dijo la enfermera.

—Te entendemos y te apoyamos. —Christine sonó algo forzada.

Abbi y Ebba cuadraron una sonrisa. Caroline, por su parte, las miró con reticencias. ¿Estaban un tanto raritas o era cosa suya?

—Jane está con Amélie en los jardines, junto a tu roble favorito.

—No tengo ningún roble favorito.

—Me refiero a... ese en el que gritaste que odiabas a Andrew..., hermanita. —Apretó los labios en curvatura ascendente.

—¿Se puede saber qué os pasa?

—¿A nosotras? ¡Naaaada! Anda, ve a ver a Jane, te está esperando.

Sacudiendo la cabeza y con el gesto torcido, Caroline se fue alejando de ella.

—Somos una actrices pésimas —afirmó Christine.

—Ha sido lamentable —estuvo de acuerdo Ebba.

—Lo único que importa es que la jugada salga bien, así que... nada de pesimismo, ¿me habéis oído?

Asintieron y las dos pensaron que la determinación de Abbi era envidiable y digna de admiración.

***

Cuando apenas llevaba alrededor de quince minutos con ellas, Amélie se excusó y la dejó a solas con la pequeña.

Caroline la mecía entre sus brazos y se sentía en paz. Solo Jane la

hacía olvidar todo aquello que no deseaba recordar. El resto del tiempo, los recuerdos de un pasado algo lejano, y de ese otro más próximo, la aplastaban, la estrangulaban, la consumían.

—Cuánto te voy a echar de menos, mi niñita —susurró.

—Pensaba que ya no querías irte.

La melliza se fue dando la vuelta muy despacio y, cuando sus ojos violetas se encontraron con aquellos otros turquesa, su corazón se aceleró y en su vientre se arremolinaron decenas de mariposas.

—Andrew... —bisbiseó.

—Caroline... —se hizo acompañar de una sonrisa que la desarmó por completo.

Capítulo 16

Andrew alcanzó la mansión Cromwell a pie. Le pareció buena idea darse un paseo por las calles de Londres. Ese mes de junio no se estaba presentando demasiado caluroso, por lo que recorrer Mayfair a plena luz del día no le resultó tan descabellado. La mayor parte de las personas se hallaría en los parques, por lo que no tendría que irse topando con unos y con otros y recibiendo sus condolencias, que no habían cesado de llegarle en todo ese tiempo.

Elijah fue el encargado de recibirlo. Enseguida se le sumaron Thaddeus, Hugh y Cameron.

—No la vas a encontrar aquí, está en los jardines —le dijo el marqués.

—No he preguntado por nadie.

—Tus gestos te han delatado, hermano. —El vizconde de Drake le dio una palmadita en la espalda.

—¿Habláis de Caroline? Pero... ¿ha venido?

—Muy mordaz, Thaddeus. —Sacudió la cabeza—. ¿Habéis orquestado todo esto para que ella y yo nos encontremos?

—En las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad... —bromeó el duque—. Amélie acaba de dejarlas a solas, ahora es

cuando entra en escena el príncipe azul.

Andrew pensó que en aquella historia él, más bien, sería el sapo; o, tal vez, un ogro pestilente.

—Sois increíbles —resopló.

—¡Vamos!, ¿se puede saber a qué esperas?

Sin previo aviso, Abbi lo sostuvo por la manga de la chaqueta y comenzó a tirar de él.

—¿Qué haces?

—Ve a por ella, idiota; lucha por nuestro ángel.

Sin pleno convencimiento, provocado por el constante rechazo de Caroline, siguió las directrices que la joven duquesa le había marcado.

***

Andrew se fue acercando muy despacio y, sin que la llegara a rozar, pudo sentirlo. La pequeña comenzó a revolverse y a mover las manos.

—Te reconoce —dijo Caroline.

—¿Eso crees?

—A juzgar por su reacción... Quiere que la cojas.

—¿No te molesta?

—Claro que no.

—Oh, vaya, eso es algo novedoso para mí.

—No bromees conmigo.

—Lo... lo siento.

—Jane, ahora vas a pasar a los brazos de tu padrino, ¿te parece bien? —le habló con voz melosa. La pequeña balbuceó—. Dice que lo está deseando.

Andrew no pudo evitar sonreír. Se acercó aún más a Caroline,

quien le entregó a la niña. En esa ocasión, fue ella quien propició el contacto de su piel con la del vizconde. Él pudo notar cómo se estremecía. Enseguida, se apartó unos pasos y lo miró directo a los ojos por primera vez en esa tarde de junio.

—¿Cómo te encuentras? —intervino de nuevo.

—A días, a ratos... Lo esperaba, pero no lo hace menos doloroso. —Necesitó apartar la mirada—. Hola, princesita, ¿cómo está la niña más bonita de todo el reino?

Caroline sintió mucha ternura. Se dio cuenta de que lo observaba en calma. Hacía años desde que no lo veía así: con quietud, sin hastío, sin demonios de por medio. Era extraño a la par que reconfortante.

—Es normal, era tu madre. La mía es irritante, a veces, y me exaspera; pero no me imagino la vida sin ella —añadió.

—Pienso que las madres deberían ser eternas.

—Y lo son, Andrew —suspiró—. Viven por siempre en nuestros corazones y en nuestros recuerdos.

—Tienes razón. —Apretó una sonrisa—. Hablando de recuerdos..., aquí te escuché decir por última vez que me odias. Dime algo, Caroline, ¿lo sigues haciendo?

—¿Odiarte? —Él asintió—. Es posible que... un poco menos.

—Vaya, me siento todo un privilegiado. —La melliza no pudo evitar soltar unas carcajadas. Enseguida, se obligó a parar.

—Hacía tiempo que no te escuchaba reír. Es... reconfortante.

—G-gracias —vaciló antes de desviar su atención.

Amélie caminaba hacia ellos.

—Me van a tener que disculpar, pero me tengo que llevar a Jane, una deliciosa papilla la está esperando.

Andrew se la entregó sin hacer comentario alguno. Caroline también guardó silencio.

—Deberíamos...

—¿Tú también crees que lo han planeado? —la interrumpió.

—¿A qué te refieres?

—Vamos, Caroline, lo sabes muy bien.

—Yo no sé nada.

—No, no te vayas —le pidió cuando le dio la espalda.

El vizconde, por primera vez en años, se imprimió valor, caminó hacia ella y se colocó justo delante.

—Quítate de ahí.

—Mírame.

—No.

—Te lo suplico. —Caroline elevó la cabeza muy despacio. Sus ojos violetas estaban enrojecidos. —¿Qué nos pasó?

—No seas cínico, Andrew.

—No lo soy... Ayúdame a entenderlo.

—Renegaste de mí.

—Así que es cierto, lo escuchasteis... Tienes que saber que tan solo eran las palabras de un joven estúpido y arrogante, envalentonado delante de sus amigos.

—Bruja, demonio, nunca te fijarías en alguien como yo...

—No sentía nada de eso, Caroline; pero sé que hay algo más.

—Elucubras.

—Hoy es el día —dijo con mesura.

—¿Qué día? —Lo miró con escepticismo.

—En el que dejamos el pasado atrás.

—El pasado, y tú con él, no existe para mí.

—Tomaste mi mano en el funeral de mi madre, no dejaste que me derrumbara. Tiene que significar algo.

—Lo hice por Elinor.

—Y por mí, Caroline; también por mí.

—Deja de pronunciar mi nombre.

—¿Por qué?

—Me desagrada cómo suena en tus labios... No te acerques más. —Extendió ambos brazos para detener su aproximación.

—Caroline —susurró.

—¿Por qué te empeñas en torturarme?

—Pretendo todo lo contrario. Yo... te amo.

Caroline se atrevió a elevar la mirada y a encontrarse son esos ojos turquesa que tanto había admirado.

—No me tomes por idiota.

—Sé que me amas.

—¿Ahora... deliras?

—Ahora, te suplico que me des una oportunidad.

—Me marcho a Inverness en unos días —mintió.

—¿Huyes de mí, de lo que te hago sentir?

—No.

—No ha sonado nada convincente.

—Vuelves a sacar a relucir tu vanidad.

—No, sabes que no soy un arrogante, tú me conoces mejor que nadie.

—Te conocía —rectificó.

—Soy el mismo que te amaba cuando tan solo eras una niña y nuestros sentimientos, algo prohibido.

—No me hagas reír.

—Daría todo cuanto tengo por volver a provocar carcajadas en ti. ¿Por qué no eres sincera contigo misma y aceptas que me amas? —le rogó con la mirada.

—Se me empiezan a cansar los brazos, ¿puedes apartarte?

—No pienso moverme.

—En ese caso...

Caroline dio un par de pasos hacia atrás.

—Para.

—Para tú, vecino.

—No me molesta que me llames así.

—Vecino infame.

—Eso ya no me hace tanta gracia —le dijo haciéndose acompañar de una sonrisa.

—No lo hagas.

—¿Te pongo nerviosa?

—Bastante, pero sin acepción positiva.

—Ya... Te molesta que te sonría —afirmó.

—Mucho.

—En cambio, hubo una época en la que te encantaba todo de mí: mis abrazos, mis besos...

—No sigas.

—Recuerdo que tenías once años cuando nos besamos por primera vez...

—He dicho que pares, Andrew.

—Siempre he sabido que eras la mujer de mi vida.

—¿Por qué me haces esto?

—¿Declararte mi amor abiertamente?

—Tratar de desestabilizarme.

—Porque estás sintiendo lo mismo que yo —afirmó Andrew—. Y porque tengo que impedir que te marches a Escocia.

—Un día me prometí a mí misma que jamás volvería a acercarme a ti. He sido feliz estos años en los que no has existido para mí, pero mi hermana se tuvo que enamorar de uno de tus hermanos —dijo con desagrado.

—Jane es fruto de su amor, no lo olvides.

—No trates de darme lecciones de nada, tú menos que nadie

tienes ese derecho. —Lo miró con hastío.

—Caroline, por favor, ayúdame a entender qué pasó.

—Me prometiste amor y lealtad, y tus correrías son conocidas en todo Londres.

—Te habría esperado toda una vida.

—Mientes.

—¡Desapareciste! —gritó movido por la desesperación.

—Te vi con ella...

—¿De qué demonios me hablas?

—De la doncella de cabello pelirrojo. Os vi en las cuadras, vi cómo la besabas, cómo metías tu mano debajo de su falda, cómo os desnudabais y... —Se le quebró la voz.

—Caroline, yo...

La melliza cayó al suelo, de rodillas, envuelta en llanto. Él se postró delante de ella y la estrechó entre sus brazos.

—Fue un momento de debilidad.

—Me hablabas de amor y te acostabas con otra.

—Solo fue una vez..., esa vez. Después le pedí a mi padre que la echara.

—¿Por miedo a la tentación?

—Porque me recordaba mi deslealtad... Perdóname, Caroline.

—No puedo, me partiste el corazón.

—Déjame recomponer los pedazos que aún están rotos.

—No... —negó entre lágrimas.

—He dormido con muchas mujeres, pero jamás he amado a una sola. Mi corazón siempre te ha pertenecido, Caroline Candford.

—Te odio, Andrew Montgomery.

—No es verdad... Mírame, mi ángel.

—¿No era un demonio?

—Ángel, demonio... A veces, confundo los términos.

—Serás idiota.

—Pero has sonreído.

—No me vas a convencer. —Se atrevió a mirarlo a los ojos—. Me lo prometí.

—¿Nos vas a condenar por una torpeza?

—Yo lo llamo traición.

—Odio esa palabra.

—Y yo te odio a ti.

—Por más que te lo escuche decir, no me vas a convencer... Estoy pensando en algo.

—¿Qué tramas ahora? Porque para conspiradores ya tenemos a mi hermana y compañía —sonrió con timidez.

—Tan solo quieren lo mejor para nosotros.

—No viven dentro de mí, Andrew... Todos estos años han sido una auténtica pesadilla para mí. Cuando mi madre nos obligó a asistir a aquel baile y te vi, quise desaparecer de la faz de la tierra.

—Te diste cuenta de que por mucho tiempo que pase no puedes olvidarme, y no, no es vanidad —añadió.

—Sí —admitió—, por eso he de marcharme.

—Escucha mi propuesta, al menos.

—Lo hago si dejas de abrazarme.

—Lo echaba de menos. —La miró con amor.

—Ya ha sido suficiente.

Andrew dejó de rodearla entre sus brazos, pero no la soltó. Tomó sus manos y se perdió en el violeta de sus ojos.

—¿Mejor así?

—Preferiría que...

—Lo que quiero proponerte —la interrumpió y ella sonrió— es que volvamos a ser la Caroline y el Andrew de entonces, que nos volvamos a descubrir, que busquemos revivir esos momentos que

tanta dicha nos reportaban a los dos.

—No...

—Hola, mi nombre es Andrew Montgomery y soy tu vecino.

—Yo... Bueno, verás, yo... Me llamo Caroline Candford y en unos días...

—Noooooo —se lamentó—. Con lo bien que ibas.

—¿Y soy un demonio... está mejor?

—Mucho mejor —sonrió—. ¿Puedo besarte?

—Noooooo.

—Quiero hacerlo.

—Es del todo inapropiado, acabamos de conocernos.

Andrew volvió a mirarla con ese amor que había decidido cercar —como hiciera ella—, pero que ni el tiempo, ni la distancia, ni un odio lícito habían logrado condenar a muerte.

Capítulo 17

Pasados tres días...

Caroline había dejado atrás los jardines. Se dirigía al muro de piedras que separaba la propiedad Candford de aquella perteneciente a los Montgomery. Dominique acababa de entregarle una misiva. La enviaba Andrew y en ella le confirmaba que había llegado el momento.

Se le dibujó una sonrisa al verlo apoyado sobre el marco derecho de la puerta que, desde ese día en adelante, comunicaba directamente ambas mansiones, sin necesidad de salir, sin ser vistos por nadie.

—Hola, vecino —lo saludó con entusiasmo.

—Hola, vecina. —Se enderezó antes de inclinarse y besarla en la mejilla.

—Veo que has cumplido tu palabra.

—Lástima que no estuviera al día siguiente de nuestro... ¿reencuentro?

—Me gusta.

—¿Más que yo?

—Ummmm, es posible.

—No te creo... ¿Paseamos?

—¿Por tu casa o por la mía?

—Por la mía, por supuesto. No olvides que era aquí donde pasábamos el tiempo —dijo mientras daba un par de pasos hacia atrás y le ofrecía su mano.

—¿No crees que vamos demasiado rápido?

—¿Por una mano? ¡Vamos, Caroline! Si hasta la metía debajo de tu vestido cuando me dejabas.

—Shhhhhhh... Calla, idiota.

Le tapó la boca y él aprovechó para rodear su cintura.

—Te amo.

—Sé que soy irresistible —dijo en tono jocoso—, pero no me extrañaría que mi madre estuviera escondida detrás de algún árbol, así que suéltame.

—Si Geraldine nos viera besarnos, sería la mujer más feliz del mundo, como lo habría sido mi madre.

—Ay, no, no te pongas triste. —Llevó ambas manos hasta su rostro.

—¿Entonces..., me dejas besarte?

—Nooooo, no corras tanto. Mejor, andemos —le sonrió y él se sintió el hombre más afortunado del mundo.

Caroline sí aceptó que sus dedos se entrelazaran y caminar muy cerca el uno del otro.

—¿Crees que se han recuperado ya del susto? —rompió el silencio Andrew.

—Abbi sigue sin hablarme.

—Siempre ha sido tremenda.

—Sí, pero es que nosotros...

—Se lo merecían —sonrió con malicia y a ella le encantó.

***

Después de que Caroline le negase aquel beso que habría sellado su reconciliación, como lo llamara el vizconde —ella prefería ser más cautelosa y no ponerle nombre a nada—, pensaron que aquel grupo de confabuladores habían hecho méritos para ganarse un escarmiento.

La menor de las mellizas Candford salió de la zona de los jardines como alma que lleva el diablo. Andrew iba tras ella.

—Te he dicho que no me sigas.

—Caroline, por favor.

—¡Déjame en paz!

Enseguida, lograron su cometido: convertirse en el centro de atención de todos los congregados en la maravillosa fiesta del té organizada por los encantadores duques de Warrington.

Los rostros de Abbi y de Geraldine, por encima de cualquier otro, eran la viva imagen del espanto; y a Caroline le agradó sobremanera.

—Tienes que escucharme, te lo suplico.

El vizconde de Berkeley la rebasó y le cortó el paso. Ella se detuvo y lo miró con más odio que nunca. Él pensó que bien se podía ganar la vida como actriz de teatro.

—No tengo que hacer nada, no respecto a ti. Mañana mismo cojo el primer tren que salga hacia Inverness y desaparezco para siempre de aquí.

—No lo hagas.

—¿Es que no lo vas a entender nunca? No quiero tener nada que ver con alguien como tú, Andrew Montgomery.

—Te pediré perdón las veces que sea necesario, pero dame una oportunidad.

—¿Oportunidad? Antes me desposaría con el monstruo del lago Ness.

—¿Eso no está en... Inverness? —Tuvo que esforzarse para no soltar una carcajada.

—Esto... Sí, ahí mismo —vaciló ella también—. Donde yo estaré en unos días.

—No, Caroline... No te vayas.

—¿Acaso crees que me voy a quedar... por ti?

—Es lo que más quiero.

Andrew se aceró a ella y tomó sus manos.

Abbi, Geraldine y los demás contuvieron la respiración.

La menor de las mellizas Candford se soltó, a medias; y, después de sonreírse, se giraron ante tan ilustres espectadores.

—Y, hasta aquí, la función *Caroline odia a Andrew, el vecino... ¿idiota?*

—Mucho mejor que infame —convino él.

—¿No tienes sed?

—Mucha.

—¿Me sirves una limonada?

—Por supuesto, señorita; y, de paso, me pongo un whisky.

Se acercaron a la mesa de las bebidas, el vizconde tomó dos copas, que fue rellenando con lo que ambos habían elegido beber, le ofreció una a Caroline, le guiñó un ojo, ella le sonrió y se apartaron. No volvieron a coincidir el resto de la tarde, como habían acordado. En pie estaba la propuesta de volver a empezar y de construir una puerta que conectara las dos propiedades.

—Aaaaaaaaargh..., los odio, ¡a los dos! —Escucharon cómo Abbi renegaba de ambos.

***

—Se lo merecían. ¿Sigues conservando ese columpio?

—Jamás me podría haber deshecho de tan grato recuerdo. Si supieras todas las veces que me he sentado en él y he pensado en ti.

—Me gustaría verlo.

—Conoces el camino, así que ve, siempre ha sido tuyo.

—Pero no sueltes mi mano —susurró Caroline.

—Nunca más.

Caminaron por un sendero de grava, que poco a poco se iba desvaneciendo, hasta que, entremezclado con el musgo, llegaba a desaparecer. En la rama de un grueso roble, un columpio de madera, cuyas cuerdas se habían ennegrecido por el paso de los años, la había estado esperando.

La melliza dejó de sentir el tacto de la piel de Andrew y se dirigió hacia él. Lo observó con detenimiento. Eran muchos los recuerdos que tenía de ese rinconcito escondido de la mansión Montgomery. Solo lo compartió con el joven que también la acompañaba en ese atardecer. Se tomó un tiempo antes de sentarse y comenzar a mecerse. El vizconde la miraba ensimismado. Caroline estaba de vuelta en su vida. No había trucos, ni ausencias, ni odios. Era real, tanto que la sentía suya de nuevo.

—Entonces, ¿venías a menudo por aquí?

—Más de lo que podría recordar —le respondió—. A veces, tan solo me sentaba en la hierba o me apoyaba en el tronco del árbol y pasaba las horas imaginándote ahí, justo donde estás sentada.

—¿Te hacía feliz ese recuerdo?

—Sí y no... Te traía de vuelta a mí, había días en los que no parecía una fantasía, creía tenerte de nuevo a mi lado; en cambio, en otros momentos dolía tanto que me costaba respirar.

—Así me he estado sintiendo todos estos años. —Apretó los labios

—. Tan cerca y tan lejos.

—Tan cerca y tan lejos —repitió con un hilo de voz al tiempo que se iba acercando a ella—. Este instante estaba escrito en las estrellas, o en el cosmos. No se puede burlar al destino.

—¿Hemos cambiado mucho? —lo interpeló también con la mirada.

—Veo a la misma Caroline de siempre, aunque antes no te quedabas quieta en este columpio. Gritabas, reías, me retabas a ver quién de los dos subía más alto. —Su rostro se vio iluminado por tan reparadoras remembranzas y por la enorme sonrisa con la que se hizo acompañar.

—He estado perdida mucho tiempo, aparentando que todo estaba bien, pero mi corazón...

—Shhhhhh... Todo eso ya pasó. —Andrew, situado detrás de ella, sostuvo la cuerda—. Nos hemos reencontrado y vamos a hacer que esa memorable.

—¿Vamos a ser memorables? —Lo miró de soslayo.

—¡Vamos a ser memorables! —gritó.

El vizconde comenzó a balancearla, como hiciera años atrás.

—Más fuerte —le pidió.

—¿Así?

—¡Máááááás!

Caroline comenzó a reír y el moño que lucía se le fue desbaratando poco a poco hasta que su melena castaña cobriza quedó mecida al viento.

El corazón de Andrew —al igual que el de aquella jovencita— latía muy deprisa. No había losas pesadas ejerciendo presión sobre ellos. Ese momento les venía a revelar que la magia existía: eran los mismos que un día se perdieron, que erraron en el camino.

Pasaron largos minutos así: él balanceándola, escudriñándola con unos emocionados ojos turquesa y sabiéndose irremediablemente

enamorado; y ella sintiéndose libre, dejando atrás tantos miedos y fantasmas, permitiéndose disfrutar, sin pensar en el mañana, tan solo viviendo su presente y aceptando que su corazón siempre había estado al otro lado del muro.

***

El sol comenzaba a ocultarse y aquella pareja de enamorados no deseaba separarse. Caroline, exhausta de tanto reír, se había dejado caer sobre el césped, y Andrew no había tardado en tumbarse a su lado. La envolvió entre sus brazos y ella apoyó la cabeza sobre su pecho.

—Si mi madre nos viera...

—Nos ve. Y nos sonríe —musitó ella.

—Habría dado cualquier cosa porque nos viera entrar en la mansión tomados de la mano.

—Yo... L-lo siento —balbuceó.

—Oh, no, no tienes por qué sentirte mal. Fui yo quien te fallé —le recordó.

—Le hice una promesa que no pensaba cumplir —reconoció.

—Actuaste del modo correcto, mi dulce Caroline. Tan solo quisiste templar su alma.

—Le mentí.

—Por una causa noble, así que no irás al infierno por eso.

—Eso espero... También les he fallado a mi madre y a Abbi; su amor no me era suficiente como para querer quedarme.

—Estabas perdida, tú misma lo has dicho, así que no te martirices por ello.

—¿Y Violet?

—¿Qué pasa con tu prima?

—Abbi y yo nos prometimos ayudarla.

—¿Está en apuros?

—El tío Harold la tiene secuestrada.

—Eso es un delito.

—Bueno, en realidad, es lo que sospechamos... Violet jamás se habría alejado de nosotras por voluntad propia. Tú conoces el vínculo tan fuerte que nos une a las tres, o nos unía —acabó diciendo en un susurro.

—¿Qué podemos hacer?

—¿Me crees?

—Por supuesto... Te prometo que no lo voy a dejar estar.

—G-gracias. —Estiró el cuello y le dio un sutil beso en la mejilla.

—¿Ahora... me besas en los labios?

—Apenas nos conocemos, vecino —sonrió con picardía—; pero, si me sorprendes un día de estos, igual hago los remilgos a un lado.

—¿Me estás haciendo una proposición... indecente?

Andrew se apartó un instante e hizo descansar su cuerpo sobre el de ella.

—Estamos demasiado cerca —se revolvió.

—No pienso moverse un ápice.

—No me mires así.

—¿Así... cómo?

—Parece que me quieras comer —dijo con inocencia.

—Te quiero comer, Caroline Candford.

—Hazlo, pero... solo un poquito.

Andrew sonrió antes de hacer que sus labios se rozaran. Podía sentir los latidos de corazón de Caroline y también sus ganas. Se acercó y se alejó; y, cuando ella emitió un gemido, enloqueció. La besó con delirio en un intercambio de saliva exquisito, en una placentera lucha entre sus lenguas por enredarse una vez y otra

más.

Ese anochecer, con la luna como único testigo, el calor de la mujer a la que siempre había amado recaló en su alma en forma de absolución.

Capítulo 18

Caroline miró a través del ventanal. Estaba inquieta. Andrew le había enviado una misiva en la mañana. La citaba a las nueve de la noche en su mansión. Le pedía que luciera sus mejores galas.

***

Antes de verse en el espejo una última vez y abandonar su recámara, volvió a rememorar el peso del cuerpo del vizconde sobre el suyo, aquellos besos tan húmedos y tan voraces, sus respiraciones entrecortadas y cómo debieron parar cuando una mano se coló por debajo de su falda.

Una vez que sus respiraciones recuperaron la calma, Caroline le hizo una petición.

Debieron atravesar buena parte de la propiedad para alcanzar el mausoleo. Tomados de la mano, y en el más estricto silencio, accedieron.

Caroline se arrodilló ante la tumba de la condesa de Berkeley. Andrew optó por permanecer de pie.

—Elinor, venía a pedirle perdón por mentirle, pues mi corazón

siempre estuvo junto a Andrew. Bien sabía cuánto lo amaba, solo quería escuchármelo decir y hasta eso le negué. Hoy, sí tengo el valor de hablar con esa verdad que me ha sido revelada: quiero a su hijo, no ha habido un solo día, en años, que lo haya dejado de hacer. Estaba dolida y empeñada en abrazar al odio en detrimento del amor, pero mi lucha ha terminado. Me he rendido ante la evidencia. Elijo vivir. Lo elijo a él.

Andrew tragó saliva antes de intervenir.

—Madre, yo también se lo negué durante mucho tiempo y siempre me decía que no podía engañarla. Hoy, después de tanta soledad y de tratar de buscar una falsa felicidad o un falso afecto en otros lugares, al fin he vuelto al que siempre pertenecí. Tiene nombre de mujer y los ojos más hermosos que jamás he tenido la fortuna de contemplar. Hoy, ha venido a mí en forma de absolución. Ahora no me siento tan perdido sin usted, porque la tengo a ella. Cuídenos, madre. Abogue por nosotros.

Esa visita terminó con Andrew y Caroline abrazados y secándose las lágrimas el uno al otro.

***

En la tarde de ese día, antes de su cita con Andrew, Caroline visitó la mansión Cromwell en compañía de su madre y de Reginald.

—¿Sigues enfadada conmigo?

—¿Tú qué crees? —le puso morritos Abbi.

—Solo fue una gracia.

—No la tuvo.

—A mi favor, diré que fue idea de Andrew.

—¿Echándole la culpa a mi hermano? —intervino Elijah.

—No he faltado a la verdad.

—Pues tu interpretación fue mejor que la suya.

—Estoy de acuerdo con tu hermana —la secundó Geraldine.

—Dime algo, mi alma gemela, ¿ya no quieres marcharte a Inverness?

—¿Podría hacerlo de desearlo? —Miró tanto a su madre como a Reginald.

—La pregunta es si quieres, Caroline, no te andes por las ramas —le dijo Abbi.

—No, ya no —admitió.

—Alabado sea el Señor. —La condesa Candford se desinfló sobre el sillón que ocupaba.

—¿Se siente mejor por haber estado actuando sibilinamente a mis espaldas, madre?

—No digas eso, hija.

—Es la verdad.

—Tu madre tan solo quería lo mejor para ti.

—En connivencia contigo, por supuesto.

—Por supuesto —admitió Reginald—. Todos sabíamos que era cuestión de tiempo que aceptaras tus sentimientos hacia Andrew.

—¿Sois novios? —preguntó Abbi.

—Bueno, digamos que nos estamos conociendo.

—No seas ridícula, hermanita, que os conocéis desde que eras una mocosa y él un jovencito larguirucho e imberbe.

—Sucedieron algunas cosas que... De las que no quiero hablar —se rectificó— y, bueno, es nuestra manera de hacerlo más bonito.

—¿Sois novios? —insistió.

—Diría que... sí —sonrió.

—¡Alabado sea el Señor! —Geraldine volvió a espachurrarse en el sillón.

—¿Sabes que he sabido yo siempre? —Caroline miró a su melliza

con expectación—. Que te veías a escondidas con él.

—¿No te lo conté?

—Bien sabes que no, *demonio* —enfatizó esa última palabra y los hizo sonreír.

—Te dije que una vez lo amé.

—¿Con diez u once años? Madre, ¿no tiene nada que decirle?

—Yo... bendigo esa unión, hijas mías.

—Y yo me alegro muchísimo por ti, hermanita. —Abbi caminó hacia ella y la rodeó con sus brazos—. Pronto sabrás lo que es tener un pene erecto dentro de ti y... —susurró.

—Calla —se ruborizó.

—No te sentirás del todo viva hasta que hagas el amor con él; créeme..., no querrás parar.

—Aaaaaaaabbi, ya.

—Te quiero, hermanita. —La dedicó una espléndida sonrisa.

***

—¿Vas a verlo?

Caroline se giró en mitad del pasillo. No le sorprendió saber a su madre en la zona destinada al servicio. Siempre habían sido tratados con familiaridad. Cuando se escapaba a la mansión Montgomery, le gustaba hacerlo por la puerta que, desde la cocina, daba a la parte trasera de la propiedad. Así lo habían hecho Abbi y ella de niñas; y, en esos días, pretendía repetir aquellos patrones que tanta dicha le habían reportado.

—Sí.

—¿Pasarás la noche con él?

—No es mi intención, madre. Andrew y yo...

—Os amáis y lleváis mucho tiempo esperando a estar juntos.

—Aun así...

—Mi dulce Caroline, solo tenemos esta vida y tú has estado penando muchos años. Busca tu felicidad y no dejes de hacer nada que sientas. Bastante reprimidas estamos las mujeres.

—Madre...

—Te hablo por experiencia, cariño. —La miró con amor—. Andrew no me pidió permiso para construir esa puerta, pero eso os da la intimidad que necesitáis. Él cuenta con la lealtad del servicio, lo adoran —sonrió—, y eso es una gran ventaja.

—Madre, ¿me espolea para que me meta en su cama?

—Bueno, dicho así suena regular... Lo que quiero transmitirte es que te dejes llevar, que no te cohíbas, que os merecéis ser el uno del otro; y... anda, vete ya, no lo hagas esperar.

Geraldine la besó en la mejilla y la vio alejarse.

***

Andrew esperaba junto a la puerta del muro. Estaba ansioso por contemplar su figura acercándose a él. Y, cuando ese momento llegó, en su estómago se formó el más sublime de los hormigueos. El mundo pareció detenerse por un instante.

—Estás... Oh, Dios mío, eres lo más bello que jamás he visto.

Caroline llevaba un vestido de muselina azul cielo, ceñido a la cintura con una cinta de raso blanco. Las mangas abullonadas caían delicadamente hasta los codos, y el escote cuadrado dejaba ver la clavícula con una elegancia sencilla. Su cabello, recogido en un moño bajo, estaba salpicado de pequeñas flores silvestres, y un par de mechones enmarcaban su rostro.

—Y soy tuya —dijo con determinación.

—¿Lo eres?

—En alma y corazón. —Lo miró con amor.

—En alma y corazón —repitió con un hilo de voz—. ¿Me acompañas?

El vizconde le ofreció su mano y sus dedos quedaron entrelazados.

El sol, ya a punto de ocultarse tras los lejanos robles, teñía el cielo de tonos lavanda y ámbar mientras una brisa cálida agitaba suavemente los rosales en flor. En los caminos de grava, una hilera de antorchas encendidas marcaba el sendero hasta una glorieta de hierro forjado, adornada con guirnaldas de farolillos de papel, que colgaban entre los arbustos recortados y los árboles centenarios.

Andrew había organizado aquella cena apenas con un día de antelación y ella agradeció el esfuerzo y la belleza con la que había engalanado ese rincón de los jardines.

—¿Lo has preparado... para mí?

—¿Pero qué pregunta es esa, mi amor?

—¿Mi... amor?

—Oh, discúlpame, voy demasiado deprisa y acabamos de conocernos. —Hizo suyo el mantra que ella acostumbraba a emplear para pararle los pies y frenar su ímpetu.

—No, no es eso... Esas palabras me han emocionado. —Agachó la mirada.

—No, no te ocultes ante mí. Quiero ver cada una de tus reacciones.

—¿Te parezco una santurrona?

—¿Una santurrona?, ¿a mí? Pero si hasta hace poco te llamaba demonio —bromeó.

Andrew logró su propósito: hacerla sonreír, templar sus nervios, demostrarle que la amaba por encima de todo.

—Te he echado mucho de menos.

—Las ausencias han terminado. Nunca más nos volveremos a

separar.

—¿Me lo prometes?

—Con todo lo que soy. —La besó con suavidad en los labios.

Se sentaron alrededor de una mesa redonda vestida con lino blanco, bajo un rosal trepador en flor. Sobre la mesa prendían velas en candelabros de cristal, que proyectaban reflejos muy dispares en las copas. El cielo, ya oscurecido, mostraba las primeras estrellas titilando entre las ramas. La luna, una vez más, no quiso perderse ese encuentro.

Esa noche, Ethel y Clarence se encargarían de servirles la cena: cordero asado con romero, acompañado de verduras glaseadas y pan de centeno caliente.

Caroline estaba tranquila en su presencia. Las palabras de su madre eran ciertas. La lealtad de su personal de servicio estaba fuera de toda duda. Amaban y admiraban a Andrew del mismo modo en que lo habían hecho con Elinor.

—No sé si tengo cabida para el postre.

—Pero hay *spotted dick*, tu favorito.

—¿Cómo...?

—No he olvidado nada de ti.

—Abbi lo mandó preparar en aquella fiesta del té en la que querían sonsacarle información a la madre de Hugh, y no lo probé.

—Sé que no participaste de esa reunión conspiratoria, hecho que te agradezco; y también sé que este sí lo vas a tomar.

Ethel le sirvió una porción bastante generosa. También a él. Y, entre miradas y gestos de afecto, no dejaron ni las migajas.

—¿Más vino, señorita?

—Oh, no —declinó el ofrecimiento de Clarence—. Me temo que como tome más moscatel se me acabará subiendo a la cabeza.

—En ese caso, los dejamos a solas.

Andrew le hizo un gesto de asentimiento. Antes de marcharse, recibió la sonrisa sincera y emocionada de Ethel. Su muchacho lo había logrado y ella brindaba por ese amor que jamás debió sucumbir a las miserias del ser humano.

—Me habría derrumbado si no hubieses apretado fuerte mi mano ese día.

—Sentí que debía hacerlo.

—Fuiste mi ancla, mi faro... Eres mi estrella guía, Caroline.

—Me vas a hacer llorar...

—No, no es lo que pretendo. —Andrew se puso de pie y le ofreció su mano, que ella aceptó—. Rechazaste bailar conmigo en el enlace de Abbi y Elijah.

—Aún me pregunto cómo tuviste el valor de proponérmelo.

—Me moría por hacerlo.

—Puede que yo también, pero en ese momento era incapaz de pensarlo, y mucho menos aceptarlo. —Se detuvo un instante—. No olvides que, a pesar de todo, una vez intercedí por ti.

—Lo recuerdo muy bien... Fue después de que excarcelaran a Thaddeus. Abbi volvió a atacarme y tú le pediste parar.

—No sé por qué lo hice.

—Es muy sencillo: porque me amabas.

—Tal vez.

Las estrellas centelleaban, lejanas y calladas, al amparo de la luna llena, como si contemplaran también aquel instante suspendido.

En medio del claro, entre la floresta que parecía alzarse a su alrededor como una cortina de terciopelo, estaban ellos. No había músicos ni invitados. Eran Caroline y Andrew, sin apellidos, sin posiciones, sin nada que pudiera empañar el momento y el murmullo del viento entre los árboles.

Sus cuerpos se acercaron, se encontraron y comenzaron a

moverse en una danza que no pertenecía a ningún salón ni respondía a compás alguno. Bailaban sin música, pero no en silencio: los latidos de sus corazones, el roce de sus ropas, el crujido leve de las hojas bajo sus pies... componían su propia melodía, una distinta a todas las demás.

Se deslizaban entre las sombras, con sutileza, girando lentamente. Él apoyó su mano en la cintura de ella, con una delicadeza reverente, y acarició su cabello. Sabía que al fin había hallado un lugar donde pertenecer. Siempre había sido ella.

Allí, en los jardines de la mansión Montgomery, entre los árboles que susurraban secretos antiguos, entre las flores que se mecían al ritmo de la noche, ellos danzaron como si fueran los únicos seres en la tierra. No era un vals ni un minueto, sino un acto de entrega. De deseo callado. De ternura sin nombre. Un baile de almas bajo la luna, sin testigos ni partitura. Solo dos corazones latiendo al unísono bajo el manto estrellado del cielo de Londres.

Epílogo

Caroline sentía cómo su corazón golpeaba con sutileza sobre la tela de aquel corsé. No era miedo. Era vértigo ante una decisión tomada en un momento de vulnerabilidad absoluta.

***

Al finalizar aquel baile, volvieron a viajar a ese pasado en el que ambos fueron felices. Andrew tapó los ojos de Caroline con una tela de seda blanca y ella se dejó guiar. Supo que habían dejado atrás los jardines, que había subido escaleras dos veces y que sus pasos la habían llevado a un angosto pasillo. Todo en total recogimiento. Sintió un cosquilleo en el vientre cuando escuchó el sutil chirrido de una puerta al abrirse. El vizconde, que no había soltado su mano un solo instante, la orientó hacia el interior y cerró. Al dejar de sentir su piel, la joven Candford tomó conciencia de que estaba temblando.

—No tienes nada que temer, soy yo, el irresistible vecino —bromeó y, una vez más, la hizo reír.

Andrew se colocó detrás de ella y besó su cuello antes de dejar libre su mirada.

—Esta es tu...

—Mi recámara —la ayudó.

—Eran las cuadras el lugar en que solíamos recalar —recordó.

—Este me parece más apropiado. —La rebasó y se situó delante de ella—. Caroline, yo...

No pudo continuar. Sostuvo su mentón y la besó con vehemencia. La joven posó las manos sobre su pecho y el vizconde la rodeó por la cintura.

—No sé si... —le dijo con voz entrecortada, obligándose a apartarse de él.

—No tenemos por qué hacerlo si no quieres —suspiró.

—Quiero, pero...

—Entiendo tus dudas, nos hemos conocido hace poco.

—Eres el Andrew que me enamoró. —Tomó su rostro entre sus manos y le sonrió—. Si eres capaz de desabrochar los botones de este vestido, y el corsé, seré irremediablemente tuya.

Caroline recordó las palabras de su madre, incitándola de un modo bastante directo a entregarse a él sin pensar en el pecado. También evocó las de Abbi. Las dos personas a quienes más quería no la juzgarían por un acto de amor.

—Lo lograré aunque me vaya la vida en ello.

—Exagerado. —Lo miró con arrebato.

—Pero, antes, seré yo quien me despoje de toda esta ropa.

Andrew se fue desnudando con prisa, sin pausa alguna, frente a la arrobada mirada de aquella jovencita trémula. Cuando no quedaba un solo atributo por destapar, ella tragó saliva y se ruborizó.

—Me muestro ante ti sin nada, solo soy carne y piel, y tuyo por siempre. —Hizo desaparecer la poca distancia que los separaba—. Mírame, tócame, deséame...

Caroline acarició su torso desnudo y sintió cómo una especie de

electricidad nacía en su sexo y se extendía por todo su organismo.

—Necesito que me quites esta ropa —susurró.

—No te haré esperar —musitó en su oído.

El vizconde se afanó en deshacerse de todas esas prendas —le resultaron una exageración— y, cuando su cuerpo le fue revelado, supo que la perfección existía y lo hacía en forma de mujer.

Tras mantener su mirada, no pudo evitar que sus ojos turquesa se desviaran hacia la zona de su pecho.

—Te deseo tanto —le susurró antes de volver a besar su cuello.

A Caroline se le erizó todo el vello de su piel.

—Andrew, yo... No quiero decepcionarte —musitó.

—¿Decepcionarme? Tú te has visto... Eres insuperable, en todos los aspectos. No pienses en nada, tan solo relájate y déjate llevar. Quiero que sea placentero para ti —le dijo Andrew.

—Confío en ti.

El vizconde tomó su mano y la fue acercando a la cama, la rodeó con sus brazos y la dejó caer con delicadeza. Al sentir el contacto de sus pieles, ambos se excitaron. Andrew se venció sobre ella y la besó en los labios con una suavidad que se tornó en delirio. Comenzó a acariciar aquel inmaculado cuerpo, que besaría y lamería, centrándose sobre sus senos, que también apretaría. Caroline se vio en la necesidad de ahogar un gemido.

—No, mi ángel... No te reprimas —le pidió.

—No sé cómo...

—Ya te lo he dicho, tú tan solo déjate llevar y permíteme hacer a mí. Somos solo tú y yo, al fin, después de tantos años de espera.

—Yo...

El vizconde la silenció con un beso. Sus lenguas volvieron a encontrarse e intercambiaron sus salivas. Sus respiraciones comenzaban a entrecortarse, pero aquel acto de amor no había

hecho nada más que empezar. Caroline sintió cómo los dedos de Andrew se detenían sobre su sexo.

—Ahora tan solo disfruta, disfruta, mi pequeño demonio.

Caroline no pudo evitar retorcerse de placer y comenzar a jadear cuando él comenzó a dibujar círculos concéntricos sobre su vulva. De esta, pasaría a estimular su clítoris, de arriba abajo, con determinación. La pelvis de la joven había comenzado a moverse y era incapaz de controlarla. Gimió al sentir cómo la lengua de Andrew tomaba el relevo de sus dedos. Aplicando una presión y un ritmo que no decrecerían, la melliza pronto se vio sacudida por un espasmo que nació en su sexo y que la llevó a humedecerse.

—Oh, Andrew, ha sido... Aún tiemblo —acertó a decir con la voz entrecortada.

Andrew le sonrió y buscó sus labios una vez más.

—Se llama placer, amor mío... Ahora, te voy a penetrar... Puede ser doloroso, pero intenta estar relajada.

—No te pediré parar. —Lo miró con arrobo—. Sé que, después del dolor, tan solo habrá placer.

Abbi se lo había repetido hasta la saciedad.

Aquella pareja de enamorados volvió a besarse. Cuando lograron separarse, Andrew le pidió que se abriera de piernas. Él tomó su pene y lo llevó hasta la vagina. Lo introdujo con cuidado, pero con determinación. Ambos gimieron.

—¿Te encuentras bien? —Buscó su mirada.

—Estoy muy... excitada. N-no te detengas, por favor.

Caroline se aferró con fuerza a su espalda y él comenzó a embestirla. Sus envites fueron lentos en un principio, pero enseguida cobrarían vigor. Sin pausa, a pesar de los jadeos de la joven, se afanó en ir abriéndose paso a través de la pureza de su vagina.

—¿Estás...?

—No, Andrew... No te detengas.

El vizconde retomó el ritmo y Caroline no tardó en sentir cómo algo se rompía dentro de ella. Fue doloroso. Sin embargo, reprimió un quejido que se iría transformando en excitación y en placer. La acometió una y otra vez. Sus jadeos se entremezclaban y sus caderas se buscaban, confluían y se entregaban a ese amor que siempre había estado latente en sus corazones, a pesar del tiempo, de la distancia, del dolor.

Una última embestida, certera, profunda, los llevó a alcanzar el clímax. Andrew se vació dentro de ella, y la espalda de Caroline se arqueó. Un intenso y revelador deleite recorrió todo su organismo. El vizconde se abrazó a ella con todas sus fuerzas. Era un gesto que nacía de esa necesidad que lo había estado devorando, que lo había martirizado, que lo había mantenido con la soga al cuello.

—Hoy, en esta noche de amor, Andrew Montgomery, yo te absuelvo de tus pecados.

El joven no pudo evitar sonreír ante tan ocurrentes palabras. Sabía que eran ciertas. El pasado ya no los atormentaría, había quedado atrás, ya no dolía. Se inclinó sobre ella y la besó con ímpetu.

—Caroline Candford, ¿quieres ser mi esposa?

—Sí —sonrió.

—Mañana.

—¿Mañana... qué?

—Tú y yo seremos marido y mujer.

—Pero...

—Shhhhh... Mañana —repitió en un susurro antes de añadir—: Y, ahora, necesito volver a hacerte el amor.

***

Mientras avanzaba por aquel camino de grava, a solas, pensaba en cuánto había cambiado su vida en el momento en que decidió dejar atrás los rencores y los miedos para dejarse llevar por sus sentimientos.

El enlace no tendría lugar en la capilla, sino en el mausoleo, ante el féretro de Elinor.

Vestida de blanco, con el traje de novia que un día portara su madre en sus primeras nupcias, y que había desempolvado de un viejo baúl, accedió al panteón. De camino, había cogido dos rosas blancas, de esas que Geraldine afirmó recordarle a ella por su pureza e inocencia. En ese momento, no se sentía ni una cosa ni la otra.

Sus ojos violetas tan solo lo veían a él: Andrew Montgomery, aquel que un día había visto como a su némesis, la esperaba frente al altar. En este, se hallaba el mismo sacerdote que oficiara el funeral de su madre.

—Estás preciosa —le dijo al tiempo que le ofrecía su mano y ella la tomaba.

—Tú también estás muy guapo —sonrió.

—Hermanos, estamos aquí para...

—Un momento, padre.

Caroline se giró y se encontró con el rostro feliz y furibundo de Abbi. Solo su hermana era capaz de aunar ambos en un solo gesto.

Junto a ella, se dejaron ver Elijah —que portaba a la pequeña Jane en sus brazos—, Geraldine y Reginald.

—¿Tú...? —Caroline miró a Andrew.

—Esto sí que no nos lo habrían perdonado. Además, quería darte una sorpresa.

—Lo has hecho —sonrió emocionada.

—¿Podemos empezar?

—Aún no, padre —escucharon decir a Thaddeus.

El ayudante de banquero llegó acompañado por Ebba. Junto a ellos, lo hicieron Hugh, Christine y Cameron.

—Ejem, ejem... ¿Estamos todos?

—Aún no —le respondió Andrew y, justo en ese momento, Ethel entró en el mausoleo—. Ahora, sí, proceda.

El vizconde y la joven, que en unos minutos se convertiría en su esposa y en la vizcondesa de Berkeley, se tomaron la licencia de entrelazar sus dedos. Con recogimiento, siguieron las palabras y las directrices del sacerdote. Y, antes de que les diera permiso para besarse, se acercaron a la tumba de Elinor.

—Madre, le presento a mi esposa... Es Caroline, nuestra Caroline —suspiró—. Lo he logrado y ha sido gracias a usted —terminó diciendo en un susurro. Sus ojos se habían llenado de lágrimas.

Tras sellar aquella unión con un beso, salieron de la cripta. Fueron recibidos entre aplausos, besos y arrumacos. No había rencillas para ella por haber querido mantenerlo en secreto. Después de tanta incertidumbre, de largos años de desasosiego y de negarse un amor que nunca dejó de sentir, merecía comprensión y afecto.

En cuanto a Andrew, Geraldine, al fin, podría llamarlo *hijo*, y sus cuatro hermanos, los mismos que siempre habían sabido que estaba locamente enamorado de la joven que afirmaba odiarlo, sintieron esa victoria como propia. Todos habían esperado el momento en que despertara del letargo y luchara por ella. El empuje le vino tras la mayor de las desgracias, cuando el destino y sus caprichos así lo dispusieron.

***

Abbi los veía bailar y sus ojos verdes lloraban. Su alma gemela

estaba allí, no se había marchado, y acababa de casarse con el vecino, a quien había estado odiando sin saber el porqué, solo porque su otra mitad lo hacía, y eso le bastaba.

—Mi amor, ¿por qué lloras? —Elijah tomó su mano.

—Es de felicidad —musitó.

—Se merecían este final.

—Oh, no, te equivocas: este tan solo es su principio —sonrió—. Ahora, hay algo que debemos hacer.

—¿En qué estás pensando?

—En que ha llegado el momento de rescatar a Violet.

Agradecimientos

En una ocasión leí que la familia es como la música, algunas notas son altas y otras bajas, pero siempre es una hermosa canción. Estoy de acuerdo. Desde que aposté por este maravilloso mundo de soñar, de imaginar, de crear, de pasar horas y horas anclada a las teclas de mi ordenador, ellos han estado cerca. No en cuerpo, quizá; sí en alma y corazón.

Mi primera mención especial es para ti, Marisa; para ti, hermana, mi compañera infatigable desde que diera forma a aquel primer capítulo de la saga *Alas y raíces*. Siempre has estado a mi lado. Ya lo estabas antes de que me arrojara al vacío y me sumergiera, de pies a cabeza, en la que siempre fue mi gran pasión. Nunca has permitido que las dudas, que las ha habido, y las habrá, me hagan caer. Siempre has tenido una palabra de ánimo. Siempre has creído en mí, y lo has hecho incluso más que yo misma. Tú eres esa mano que no me permite darme por vencida. Siempre has sido mi gran ejemplo a seguir, ese espejo en el que verme reflejada, por tus valores, por tus convicciones, por tu amor incondicional a la familia; y lo sigues siendo. Hoy, más que nunca, gracias por tanto.

Gracias a mis padres, Antonio y María Luisa. Todo lo que soy, y más aún, todo lo que llegue a ser, os lo debo únicamente a vosotros

dos. Por vuestro constante sacrificio, por vuestro carisma, por vuestra humildad y honradez, por vuestro amor, por unos principios y valores que no os ha hecho falta inculcarnos a través de la palabra. Vuestros gestos, vuestro comportamiento intachable ha hablado siempre por vosotros. Gracias por dedicar vuestros días a hacer de mis hermanos y de mí las personas que hoy somos. Gracias por ser mi timón.

A mi hermana María Luisa, por tu positivismo, por repetirme hasta la saciedad que algo bueno está por venir, por tu cariño, por tu incondicionalidad y por hacerme sentir una seguridad plena en que siempre vas a estar a mi lado; y a Antonio, mi hermano, por estar, también, a tu manera, y por tantos buenos momentos como hemos compartido, y seguimos compartiendo.

Gracias a mis sobrinos, Adrián, Éric, Elsa, Izan y Luka, por ser mi luz, por pintar de color hasta el más emborronado de los días, por su bendita inocencia y por sus constantes, revitalizantes e inspiradoras lecciones de vida.

A mi cuñado, Juan Rodríguez, por estar siempre, por ofrecerte a todo, por tus bromas y por arrancarme tantas y tantas sonrisas.

A Nini, por tantas horas de compañía, de amor y de ronroneos que han templado mi alma. A ti, mi gran compañero de vida. A ti, por haber hecho mi mundo mucho más bonito, por haber sido hogar y refugio. Tu ausencia duele, pero siempre vivirás en mí.

A Juan Eladio Palmis, por tantas conversaciones cargadas de aprendizajes, por tanta sabiduría, por tantas risas y sonrisas, por hacer mi vida más bonita y por creer en mí desde aquella noche en la que me viste y me sentiste recitar; la misma en la que nuestros caminos quedaron unidos para siempre. Gracias, «amigazo».

A María Dolores Rubio de Medina y a Lydia Gil Serrán, por estar siempre, por la preocupación, por el cariño.

Quiero agradecer, también, a las personas que, de un modo u otro, forman parte de mi vida y me complementan.

Un agradecimiento especial, como siempre, y muy merecido, va para Lola Gude, mi editora. Aunque, en esta ocasión cobra aún más importancia. No vinieron buenos tiempos y ahí te tuve, dándome ánimos, sintiendo tu cariño, confiando en el proceso y la vuelta. Varias veces se tuvo que posponer este proyecto, y no te importó. Lo único importante era mi recuperación, así me lo hacías saber. Y llegó, y con ella, lo hace esta saga, *Club de caballeros*. Gracias por hacerme saber que siempre vas a estar ahí. Gracias, de todo corazón.

Gracias, igualmente, a todas las personas que habéis estado trabajando para darle forma a esta novela, haciendo posible, con vuestra generosidad, que llegue a convertirse en una realidad. Gracias, equipo Selecta.

Por último, gracias a ti, mi querida lectora; y a ti, mi querido lector. Si he logrado tocar, un poquito, tu corazón... ¡ya he ganado!

Nota de autora

Adentrarme en el peculiar mundo de estos cinco caballeros vuelve a ser un reto, como ya lo fue con las hermanas Atwood, que supusieron mi primera incursión en la época victoriana y que tantas satisfacciones me han dado y continúan dándome. Como ellas eran cinco hermanas, mis caballeros no podían ser menos... Cosas de escritoras, o muy mías.

Como ya sucedió con la pentalogía Atwood, de nuevo, mi hermana Marisa ha sido luz en esta aventura. Juntas ideamos a los personajes principales, incluso a algunos de los secundarios, y esbozamos sus personalidades. También urdimos parte de la trama de las cinco novelas, previo paso a que yo comenzara a darles vida. En todo el proceso, ella ha estado a mi lado, y su crítica, constructiva, como siempre, me ha ayudado a crear una historia compacta, merecedora de ser leída y disfrutada. ¡O, al menos, ese es mi anhelo!

Absolución es la cuarta entrega de esta saga que, como bien sabéis, gira en torno a cinco hombres con personalidades dispares a los que Eton había unido. Ellos se encargaron de fundar su propio club de caballeros; uno que no se basaba ni en las riquezas ni en las posesiones, sino en la amistad, el respeto, la lealtad y el disfrute... hasta que cinco grandes mujeres van a ir apareciendo en sus vidas,

cambiándolas, haciéndoles experimentar el verdadero amor por primera vez, rompiendo sus esquemas, derrotando muros, robando sus corazones.

Absolución, la novela de Andrew y de Caroline, es una historia que habla de segundas oportunidades, de un amor que nació años atrás y que el destino se encargó de condenar pese a que sus sentimientos jamás perecieron. Andrew está roto. El empeoramiento de su madre, de una mujer extraordinaria, lo mantiene en un estado de angustia constante. Se siente tan perdido... Sabe que no hay cura posible para ella y que un desenlace fatal está próximo en el tiempo. Aun así, se niega a aceptarlo. Su existencia comienza a perder todo el sentido. Que la mujer de la que lleva toda una vida enamorado —aunque se niegue a verbalizarlo— lo odie y lo exprese abiertamente tampoco ayuda.

Absolución es la historia de un perdón: el de Caroline hacia Andrew. Ya sabéis que la melliza Candford llevaba años luchando contra ella misma, contra ese amor que despertó siendo apenas una niña y que la ha estado torturando día tras día. También se siente muy perdida, tanto que desea huir. Un día se hizo una promesa que no piensa quebrantar. En cambio, ¿se puede luchar contra el destino? ¿Acaso hay fuerza más grande que la del amor? Estaba escrito, tenían que reencontrase y volverse a aceptar; tenían que vivir esos sentimientos en plenitud, borrando los fantasmas del pasado, no permitiendo que les ganaran y los condenaran, aceptando que ese sí era su momento... En definitiva, tenían que vivir sin mi miedo a nada.

Queridas lectoras y lectores, gracias por haberos adentrado en la historia de Andrew y de Caroline. Imagino que, para quienes estáis siguiendo la serie, ha sido una entrega muy esperada. Ojalá hayáis disfrutado leyendo esta historia tanto o más de lo que yo lo hice

mientras la escribía; ojalá os haya arrancado alguna que otra sonrisa e incluso os hayáis emocionado; y ojalá creáis un poquito más en ese amor que puede con todo.

El universo de estos cinco caballeros avanza y *Salvación*, su última entrega, os espera para ponerle el broche de oro a esta saga. Lo hará con la historia de Cameron y Violet. Sí, al fin conoceremos a la prima de las mellizas Candford.

¿Me acompañarás? ¿Los acompañarás?

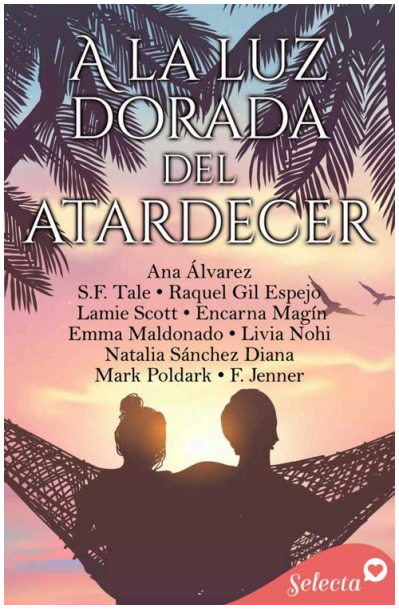
¡Soñad bonito!

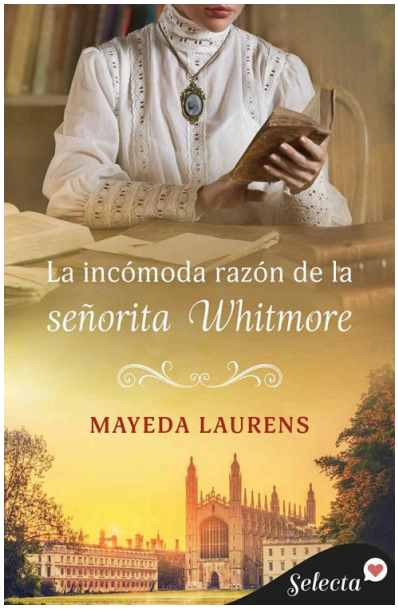
Raquel Gil Espejo,
17 de julio de 2025

Si te ha gustado

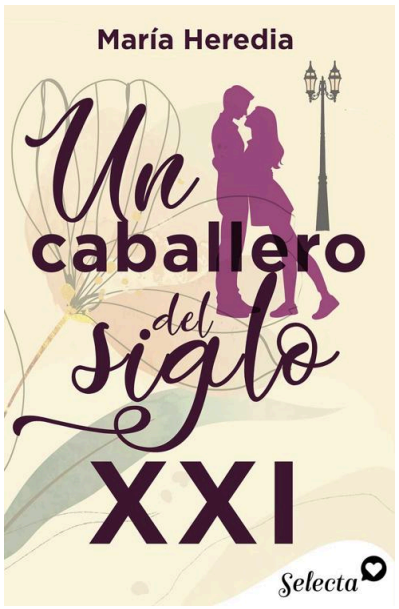
Absolución

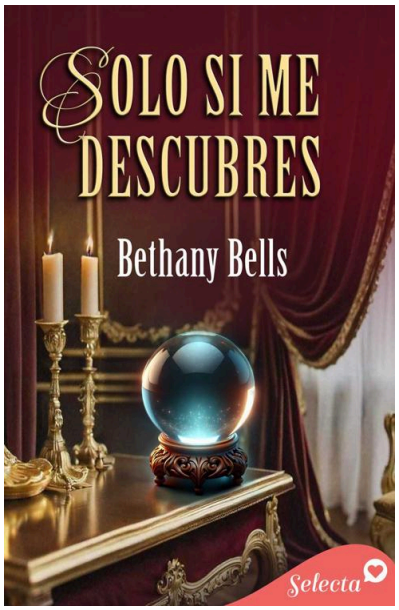
puedes disfrutar de estas

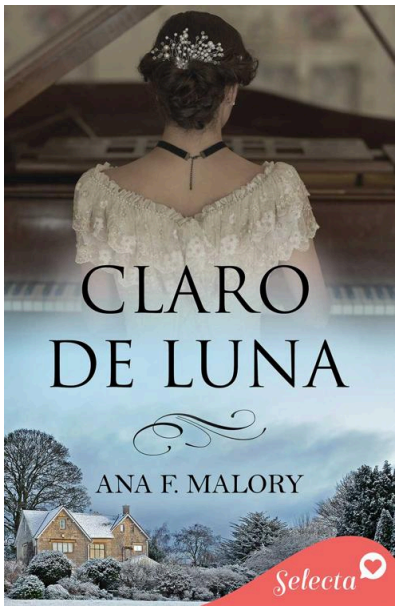




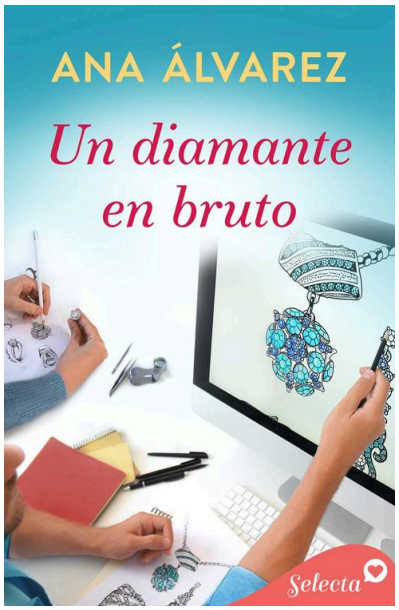

May Bonner
Tenías que ser tú
Selecta


María Heredia
Un caballero del siglo XXI
Selecta


SOLO SI ME DESCUBRES
Bethany Bells
Selecta


CLARO DE LUNA
ANA F. MALORY
Selecta


Elizabeth Bowman
Tuyo es mi corazón
Selecta


ANA ÁLVAREZ
Un diamante en bruto
Selecta

Eton los había unido y ellos se encargaron de fundar su propio club de caballeros; uno que no se basaba ni en las riquezas ni en las posesiones, sino en la amistad, el respeto, la lealtad y el disfrute.



«El amor los encontraría, los arrollaría, redimiría aquello que su pasado no supo perdonar».

Andrew Montgomery, vizconde de Berkeley, está roto. El último año ha sido especialmente duro. Apenas ha confraternizado con el resto de caballeros y sus salidas al club han sido escasas. Se enfrenta a la situación más delicada de toda su vida. Agotado, consumido, con el alma hecha pedazos ante la enfermedad que

aqueja a su madre, quien le ha dado todo el amor del mundo, y por esa otra mujer de la que tan solo obtiene rechazo y hastío.

Caroline Candford lleva años esforzándose por mostrar una seguridad que no es tal, que se tambaleaba, que le muestra su vulnerabilidad. Su única salida es marcharse a Inverness con la tía Marion. Desea hacer su vida en Escocia, huir de ese pasado que debe dejar atrás. Se marcharía con una maleta repleta de vestidos caros y con el corazón hecho pedazos, y la suya sería la historia de una derrota. Lo sabe; aun así, su decisión es firme. Hizo un juramento que no piensa quebrantar.

¿Serán capaces de ahuyentar a esos demonios del pasado que parecen estar más vivos que nunca? ¿Continuará Caroline empeñada en abrazar al odio en detrimento del amor? ¿Qué hacer cuando los gestos —pese a esforzarse por ocultar afecto alguno— se alzan por encima y en contra de las palabras? ¿Lucharán por unos sentimientos que ni el tiempo, ni la distancia, ni un odio lícito han logrado condenar a muerte?

Raquel Gil Espejo vive en Añora, su localidad natal, enclavada en pleno corazón del Valle de Los Pedroches. Es diplomada en Pedagogía Terapéutica. Trabaja como Agente de Igualdad y es la presidenta del Ateneo de Los Pedroches. Como novelista, comenzó a publicar sus manuscritos con Selecta, con quien ha publicado, hasta la fecha, veinte novelas, siendo algunas de ellas: la serie «Inmarcesible», las novelas históricas *Entre la piel y el alma, Bajo el Puente de Rialto, El perfume de los céfiros* o la saga de las «Hermanas Atwood», ambientada en el Londres victoriano. También ha escrito varios libros infantiles y juveniles, inéditos hasta la fecha. Así como la obra de teatro *Boda en Añora*, de la que es coautora, editada por la Diputación de Córdoba, y ha participado en la antología creativa en homenaje a D. Juan Valera en el 200.º aniversario de su nacimiento. Como poeta, forma parte del movimiento internacional Grito de Mujer o del Encuentro Internacional de Poesía Ciudad de Cabra; entre otros. Del mismo modo, participó en el II Encuentro de «Escritores de Los Pedroches» y participa activamente en numerosas antologías poéticas. En el año 2017, publicó su primer poemario, *Te olvidaste de Blancanieves*. En 2023, el segundo, *Sobreviviremos en el país de las caricias*, con la editorial Con M de Mujer. Es jurado del Premio de Poesía «Hilario Ángel Calero» ciudad de Pozoblanco. Raquel es miembro de la Academia Española de Literatura Moderna y pertenece a la Asociación Andaluza Crea para el fomento de la Cultura.



Edición en formato digital: septiembre de 2025

© 2025, Raquel Gil Espejo
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10012-97-4

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Absolución
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Epílogo
Agradecimientos
Nota de autora
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Raquel Gil Espejo
Créditos